

37
DAD
CIÓN

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PQ7297

.F37

Q5

1836

v. 2

1

1

1

1

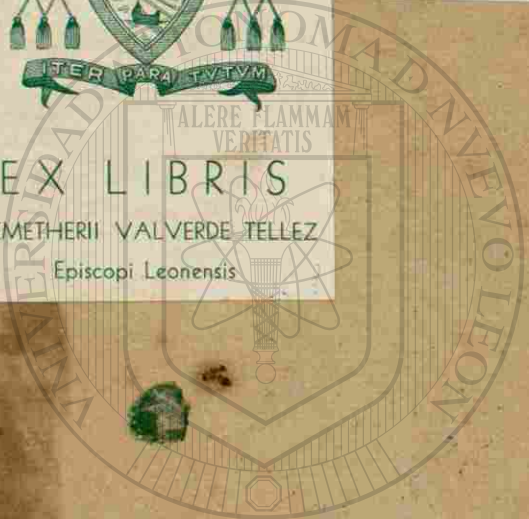


1080024052

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

ALERE FLAMMAM VERITATIS
FONDO EMERITIO
AVARDE Y LENTES

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

T. 2.

P. 73.



*Pero no fue al tan pronto en intentar su lla-
naza, cuanto yo en plantarle una buena
bofetada.*

QUIJOTITA

Y SU PRIMA.

Historia muy cierta con apariencias
de novela,

ESCRITA POR

EL PENSADOR MEGICANO.

TERCERA EDICION.

191506

TOMO SEGUNDO.

MÉGICO.—1836.

Imprenta á cargo de Mariano Arévalo,
Calle de Cadena núm. 2.

Se expende en la librería de Galvan, Portal de Agustinos No. 8.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

Núm. Cl. _____
Núm. A. _____
Núm. _____
Proced. _____
Pr. _____
Fecha _____
Clasific. _____
Catalogo _____



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Propiedad de Mariano Galvan Ri-
vera.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

PQ7297

F37

Q5

V. 2

1836

"ALFONSO REYES"
Año 1625 MONTERREY, MEXICO

**LA QUIJOTITA
Y SU PRIMA.**

CAPITULO I.

En el que se refiere la disputa que trabó el coronel con el licenciado Narices, y la defensa que hizo de las mugeres.

Quando nuestro coronel entró con su familia, ya estaban en disposicion de hacer lo mismo todos los de la casa de D. Dionisio, quienes luego que lo vieron lo saludaron cortesmente, y nos sentamos todos á comer.

Entre las visitas que habia estaba un señor jóven y de narices abultadas, á quien conocerémos con el nombre de licenciado *Narices*, pues así le puso D.^a Eufrosina, que era diestrísima en esto de poner nombres.

Luego que ella tuvo lugar de hablar, dijo al coronel: ¡Ay hermano! gracias á Dios que ha venido V. para que vuelva por nosotras! porque este maldito Narigue-

*
003214

tas nos ha puesto como un suelo; y como no podemos responder á sus argumentos y latines con que nos aturde, está creyendo que nos ha convencido; pero yo confiada en V., le he dicho que nos ha de defender completamente.

¿Pues qué ha sucedido, hermana, que tan empeñada está V. en que la defienda?

¿Cómo qué, decía Eufrosina, le parece á V. poco que nos haya puesto de vuelta y media? Pues oiga V. dice que las mugeres somos locas, vanas, orgullosas, soberbias, falsas, supersticiosas, malagradecidas, inconstantes, vengativas, tontas, presumidas, y qué sé yo que mas. Vaya, si quita de las piedras para poner en nosotras; y esto no solo lo dice, sino que asegura que lo probará con evidencia. Le decimos que eso lo dirá por chanza, y él nos jura que lo dice con todo su corazon y sin que le quede nada dentro. Ya verá V. que esto no puede sufrirse; y así le suplico yo y todas estas niñas, que por lo que tiene de caballero, nos defienda y haga que se confunda este maldito deslenguado.

Si, sí, señor, por vida de V., decian casi á un tiempo todas las señoritas que allí

estaban: es menester que V. nos defienda, y así se lo suplicamos todas.

Ya ve V. hermano, que no se debe V. excusar de darme ese gusto, continuaba Eufrosina, ya que no por mí, siquiera por todas estas señoritas que se lo ruegan. Responda V., sí, responda y confunda á este buen señor que nos ha colmado de favores. ¿No lo ve V. que socarron es y sinvergüenza? todo se le va en engullir la sopa y ya no puede con la risa el condenado.

Pues no me he de reir, mi señora D.^a Escotofina, ó D.^a Eufrosina, ó como se llama, dijo riendo á carcajada suelta el licenciado: ¿no me he de reir, repito, de que quieran ustedes empeñar al señor coronel en que las defienda, cuando si no estan confesas, estan convictas de los cargos de que se hallan acusadas, no solo por mi boca, sino á *todo orbe terrarum*.

Cuando el señor coronel, por no faltar á las leyes caballerescas, admita el improbo cargo de defender á ustedes, lo hará por tratar de divertirse; pero sabiendo muy bien que sus clientes llevan el pleito perdido en el mismo tribunal de Pilato.

Así solemos los abogados defender algunos reos, cuyos delitos son tan claros

que no los defendiera el mismo Ciceron; y sin embargo, revolvemos, interpretamos leyes, acomodamos textos, buscamos excepciones, y peroramos en estrados, únicamente por consuelo de las partes, no porque en derecho tengan defensa alguna; así como el médico que le manda al moribundo agua de la palata por consuelo de sus dolientes, pero él sabe de cierto que no tiene remedio.

Tal vez el señor coronel se encargará de defender á ustedes de ese modo; mas tambien saldrá diciendo despues de la sentencia: Yo defendí á las mugeres. Lo mismo nos sucede á nosotros: hablamos mas que diez cotorras por un reo de estos de remate: los jueces nos oyen con bastante paciencia; pero no nos hacen caso. Atienden á la justicia, y segun ella condenan á muerte á nuestro cliente; y el dia que lo llevan á la horca, se dice por la calle: El licenciado fulano defendió á este hombre.

¿Qué les parece á ustedes? Lo mismo decia aquel médico que iba de duelo tras el cadáver que él habia despachado: *Yo curé á este.* ¿No son graciosas semejantes curaciones y defensas? Pues así ha de ser

la del señor coronel respecto de ustedes. Vaya, no hay que engañarse: usteles estan convictas, y no hay ley que las defienda. Han caido de remate, y cualquier buen médico las ha de desahuciar al punto que conozca su enfermedad mortal.

Ya V. lo oye. hermano, decia Eufrosina. ¿Ya ve V. quién es el señor y cuánto da por medio? Pues considere V. qué hará con nosotras. Vaya, defiéndanos V.

Pues hermana, señoritas, dijo el coronel, yo apreciaria tener luces y capacidad para desempeñar con aire la comision que ustedes me confian, pues en efecto me honra demasiado su eleccion prefiriéndome á los señores que nos acompañan; bien que esto es solo efecto de la confianza con que V. debe tratarme, y de la sencillez con que estas niñas siguen la opinion de V.; pero debo confesar que no tengo mérito para tanto, ni ménos fuerzas para cargarme de semejante peso.

No obstante, si ustedes ponen su pleito en mis manos, yo haré cuanto pueda en su obsequio. En esta virtud, repita V. lo que dijo el señor licenciado contra ustedes, para hacerme cargo.

¿Pues ya no le dije á V., contestó Eu-

frosina, que dice que somos tontas, locas, supersticiosas, altivas, vanas, ingratas, orgullosas, y treinta mil perradas á este modo?

Muy bien, dijo el coronel: siendo eso así, debo decir en obsequio de ustedes y de la verdad, que es lo que mas importa, que las señoras mugeres, exceptuando las que lo merecen, son todo cuanto ha dicho el señor licenciado y un poquito mas que yo me sé.

Viva, viva, dijo á este tiempo el licenciado dando de palmadas en la mesa, viva el defensor de las mugeres. Es menester brindar por su salud. En efecto, se echó un buen vaso de vino á pechos, y prosiguió comiendo con la mayor satisfaccion, la que aumentó la risa general de D. Dionisio y sus camaradas.

Fácil es concebir cuánta seria la indignacion de las señoritas, principalmente de Eufrosina, al verse tan mal defendidas. Es verdad que con una risa fingida procuraban disimular su chasco; pero lo colorado de las orejas manifestaba de á legua su corage.

Qué tal seria este, pues le tocó una buena parte á la candorosa Matilde, quien al

ver á su hermana y á las demas señoritas tan avergonzadas por su marido, no pudo contenerse, y le dijo: ¡Jesus, hombre, qué pesado eres! Aunque fuera ya....

El coronel no le hizo aprecio, siguió tomando la sopa; y D.^a Eufrosina reventando de enojo, dijo á las señoritas: Amigas, ¿qué dirán ustedes? ¿No les sobra razon para echarme á pasear por la especial eleccion que he tenido? ¿Qué tal? ¿No es cierto que mi hermano tiene gracia particular para hacerme quedar bien y sacarme lucida de un empeño? Vaya, digan la verdad. Si, no hay remedio, la peor cuñia es la del propio palo. Otro dia, hermanito, por amor de Dios, por nuestra Señora de Guadalupe, y por vida de Pádena nita, que no se vuelva á tomar el trabajo de defender ni á mí, ni á mis amigas, mas que nos digan hereges, diablos y demonios, y mas que nos harten á injurias, pues segun lo que yo acabo de ver, ménos daño nos hará nuestro mayor enemigo con sus agravios que V. con sus defensas.

Lo ridículo de esta súplica y el tono tan colérico con que la hizo Eufrosina, provocó de nuevo la risa de los concurrentes, y esta risa acabó de rematar á Eu-

frosina, quien estuvo por levantarse de la silla, y lo hubiera hecho si el coronel, conociendo la terrible bola que tenia, no la hubiera sosegado, diciéndole con mucha cachaza: Ni el señor licenciado tiene por que llenarse de satisfaccion, ni V. ni las señoritas que estan presentes tienen motivo porque quejarse de mí, en virtud de que no he comenzado la defensa.

¿Cómo no? dijo el licenciado: pues á mí me parece que no puede haber sido mas concisa, elegante y verdadera.—Pues no señor, se ha equivocado V.; voy á comenzar.

Con esto se serenó Eufrosina y todas sus amigas, y el coronel prosiguió diciendo al licenciado: Supongo que V. está de acuerdo en que las mugeres son inferiores á los hombres solamente en cuanto á su constitucion física que las hace mas débiles que nosotros; pero en cuanto á sus espíritus, no tendrá V. embarazo para confesar que son iguales.

En esta inteligencia... pero asentaremos tres principios para que nos entendamos con mas orden.

Primero. Las pasiones son las semillas de los vicios ó de las virtudes, segun el

uso que se hace de ellas, y estas reconocen su origen en el alma.

Segundo. El alma de la muger es una sustancia espiritual, inmortal é inteligente, igual en todo á la del hombre.

Tercero. La disposicion natural ó accidental del cuerpo influye particularmente sobre el espíritu, y esta disposicion puede hacernos propender á esta ó aquella passion determinada; pero no obligarnos á hacer mal uso de ella y convertirla en vicio, pues contra las malas inclinaciones tenemos el socorro de la razon y el favor de la gracia auxiliante que á nadie falta.

Sentados estos principios, digo: Que si las mugeres incurren en ciertos defectos con mas frecuencia que los hombres, no incurren por ser mugeres, sino porque no estan acostumbradas á vencerse, por no saber hacer buen uso de su razon; y de no saber esto, muchas veces ó las mas, no tienen ellas la culpa.

¿Pues quién la tiene? dijo el licenciado. Los hombres, respondió prontamente el coronel: sí, señor, no se escandalice V.: los hombres que educan mal á las mugeres, ó que las seducen y pervierten, tienen

la mayor parte de la culpa de los defectos en que ellas incurren.

Para probar esto con evidencia, es menester sentar este principio: que el hombre recibe solo una educacion, que es la de sus padres, y la muger casi siempre dos, la de sus padres y la de su marido, y esta ayudada del amor, influye sobre su corazon mas poderosamente que aquella.

El hombre, si quiere, puede siempre conducirse conforme á las máximas que le inspiraron sus padres: la muger, mil veces se ve obligada á olvidarse de estas máximas. . . . He dicho poco: muchas veces se ve obligada á abandonar con dolor á los mismos instrumentos de su existencia, por contemporizar con los caprichos del marido.

Cuando las mugeres han logrado la fortuna de tener unos padres virtuosos que les han inspirado sentimientos de honor y religion, y despues unos maridos juiciosos y prudentes que las saben conservar en ellos, ordinariamente son felices, y jamas son notadas de los defectos de que se acusa al comun de su sexo. ¡Pero qué pocas veces se ven estas combinaciones!

Frecuentemente se verifica el refran que

dice: Que estados mudan costumbres. Apenas varia el estado una muger, cuando varian su educacion y sus modales. La jóven que tuvo unos padres virtuosos y arreglados, es un milagro que no se corrompa casándose con un hombre vicioso y libertino: la que tuvo padres indolentes, ó tal vez extraviados, léjos de reformarse al lado de un marido prudente, las mas veces se empeora, y va á servirle de martirio; y la que tuvo padres perversos y se casa con otro perverso, se convierte en una furia del infierno.

De manera que entre los padres y los maridos se nos pervierten las mugeres. No es esta ficcion de una acalorada fantasía, es una verdad que se hace perceptible á la mas ligera observacion. Una niña criada en la pobre ó moderada fortuna de sus padres, se casa con un hombre de algunas proporciones, y á los ocho dias no se conoce. Los zapatos de cordovan la lastiman; se cansa de andar á pié; se avergüenza de ver la comida en la cazuela; necesita de mas criadas que la sirvan; no se presenta en los paseos ni en las visitas, si no puede competir con las demas en lujo; y finalmente, de la

noche á la mañana se vuelve una marquesa la que se crió en un estado humilde.

Otra jóven que se crió en el mayor recogimiento, que no salia de su casa sino á la iglesia, que frecuentaba los sacramentos, que se escandalizaba de los zapatos de color, que rezaba todos los dias una porcion de novenas, y que era una muchacha enteramente virtuosa, se casa con un señorito alegre, y dentro de cuatro dias se olvida de todas las buenas máximas y entran en su lugar las que le enseña su marido, y ya la tenemos modista, paseadora, altanera, indevota, descuidada, corriente, marcial, y qué sé yo.

Si buscamos de estos y semejantes ejemplares en casadas, no nos será difícil hallar bastantes; pero examínese quién ha sido el origen, quién ha tenido la culpa de que se perviertan tales mugeres, y de que se pierda en ellas la semilla de la virtud que sus padres cultivaron, y hallaremos que la imprudencia ó la nimia condescendencia, ó el mal ejemplo de sus maridos.

No es menester, las mas veces, que las mugeres pasen de un estado á otro para pervertirse. Dentro de sus casas y al lado de sus padres tienen sobradas ocasiones,

cuando estos carecen de la firmeza y juicio necesario para educarlas, especialmente si ellas tienen una carita razonable, un poquito de despejo y algunas habilidades apreciables en su sexo: como son las de tocar, bailar, cantar, representar, &c.

Entónces sin cesar se ven rodeadas de un enjambre de tunantes, de los cuales cada uno aspira á la conquista, no de su corazon, sino de su persona; y para lograrla no perdonan ningun medio, por opuesto que sea á las leyes del honor, y la moral cristiana.

Adulaciones, rendimientos, ofertas, juramentos, palabras, dádivas, requiebros, finezas, súplicas, humillaciones, suspiros, lágrimas, intrigas, y hasta los despechos y bravatas son los obuses y culebrinas con que los soldados de Vénus asestan decididamente, aun las mas inexpugnables fortalezas.

Todos confesamos que la muger es débil, tímida y sensible, y por lo mismo está muy expuesta á ser sorprendida por la artificiosa seducción; pero no nos acordamos de esto cuando exageramos sus defectos, ni queremos cantar la palinodia confesando de buena fe que somos sus

seductores y sus originales en la maldad. Este, á la verdad, es un procedimiento muy injusto.

En faltando á la muger una buena educacion moral desde el principio, un juicio bien formado y algun conocimiento del mundo, aunque sea de oídas, es imposible que deje de corromperse con semejantes maestros, de adherir á sus máximas, de seguir sus ejemplos y de rendirse á sus artificiosos ardidés.

Si fueran pocas las mugeres que pueden con justicia atribuir á los hombres los extravíos de sus conciencias, y quizá de sus personas, yo me guardaria de confundir las excepciones con las reglas; pero por desgracia no hay reino, provincia, ciudad, aldea, y quién sabe si calle, donde no haya algunas ó muchas de estas adoloridas desgraciadas que testifiquen mi verdad.

Dícese que las mugeres son vanas, necias y soberbias. ¿No lo han de ser si sus padres desde chiquitas les fomentan el orgullo y vanidad, y les embotan su talento dedicándolas á fruslerías? Dícese que son altivas, presumidas y altaneras; pero ¿qué han de ser, cuando desde que co-

mienzan á descollar en los estrados, ven que los hombres les doblan las rodillas, les rinden homenaje á su belleza, á cada paso les hacen su apoteosis llamándolas *divinas*, y no dejan de la mano el maldito incensario de la lisonja? Dícese que son falsas, inconstantes y mentirosas; pero ¿cómo no lo serán, cuando no tratan sino con falsos, invariables y embusteros? Dícese que son ingratas; ¿y cómo no lo serán con el que abusa de sus ternezas y olvida sus mas costosos sacrificios? Dícese que son interesables: pero ¿cómo no lo serán, cuando el interes es la primera red que se les tiende, y el primer cebo con se provoca su apetito? Dícese que son locas; ¿pero cómo no lo serán, cuando jamas han tratado con cuerdos? Dícese.... pero se dice tanto y tan sin orden, que yo me espanto, no de que las mugeres sean lo que son, sino de que no sean peores.

Ya ve V. señor licenciado que yo confieso que en el comun de las mugeres se hallan, y en un grado sobresaliente, los defectos de que las acusan los hombres, y al mismo tiempo estoy muy léjos de pretender justificarlas; pero no puedo llevar á bien que se crea ó que se diga que las

mugeres son peores que los hombres y extremadamente viciosas, *solo porque son mugeres*, desentendiéndose los que así las insultan de los principios que deyo establecidos.

Todos saben que los hombres son superiores á las mugeres, y que estas nacen con una dependencia necesaria respecto de nosotros. Esta es una verdad; pero en esta misma verdad se halla envuelta otra de que resulta á ellas una disculpa, y á nosotros un cargo; y es, que si las mugeres son malas, no puede ser por otra causa sino porque los hombres, que son sus superiores, ó les enseñan la maldad, ó se las consienten; y siendo así, ¿no es una injusticia y una ridiculez el declamar tanto contra ellas, despues que los hombres, por la mayor parte, como he dicho, ó son sus seductores ó sus maestros? ¿No es esto lo propio que introducirle leña á un horno, y luego incomodarse porque ardiera? En una palabra, señores, los hombres por la mayor parte somos muy linceos para notar los defectos de las mugeres; pero muy topos para conocer, confesar y corregir los nuestros. Convengamos de buena fe en que todos, así hombres como muge-

res, tenemos vicios y virtudes, y que así unos como otros hacemos mal uso de las pasiones cuando nos desentendemos de la razon. Lo que importa es que cada uno se dedique á reformar el mundo, comenzando por sí y por los suyos, y entónces, habiendo muchos padres y maridos arreglados, veremos como resultan infinitas hijas y esposas ejemplares.

Los caballeritos que asistian á la mesa, fuérase porque se penetraron de las razones que habian oido, ó por adular á las señoras, que seria lo mas cierto, luego que el coronel hizo punto en su discurso, comenzaron á repicar con los cubiertos en los vasos y platos, y á gritar muy alegres: *Vivan, vivan las señoras mugeres y su juicioso defensor.*

En seguida brindaron por última vez á salud del bello sexo, y luego que calmó un poco la bulla, dijo el licenciado Narices: Señor coronel: justamente merece V. estos aplausos, pues ha tomado con demasiado calor la defensa de las damas, y la ha desempeñado con aire. Vamos, si todas las interesadas hubieran escuchado á V., le tributarian mil elegios, y aun deberian erigir un monumento de gratitud á su memoria.

No lisonjearian mi vanidad, respondió el coronel, pues yo no he defendido á las mugeres, sino la razon, de cuya parte me pongo cuando se ofrece.

A mas de que no sé si me habré equivocado en algo de lo que he dicho. Si así fuere, yo me suscribiré gustoso á otra opinion mejor; pero miéntras no se me haga ver, estaré por la que llevo expuesta: ¿qué le parece á V. señor cura?

Asistia á la mesa un respetable eclesiástico como de sesenta años, hombre de muchas luces, muy timorato, y de un genio cortés, afable y jovial.

A este fué á quien el coronel dirigió la palabra, y el dicho eclesiástico la contestó en estos términos.

Ciertamente, señor coronel, que las opiniones de V. me parecen tan antiguas como seguras. Son de aquellas que por sabidas se callan; pero se callan tanto, que infinitos las ignoran, ó afectan ignorarlas, especialmente por lo que toca á hablar mal de las mugeres sin son ni ton, y mil veces despues que los hombres han sido las causas originales de sus vicios.

Ordinariamente á cualquier hombre le gusta una muger bien ataviada, ó como di-

cen, *bien puesta*, cuando la pretende; pero así que la posée como suya, no la quisiera tan modista por lo que le importa. Entónces es el hablar contra el lujo y vanidad de las mugeres.

¿Mas para qué hemos de corroborar con ejemplares una verdad tan comun y visible? Cuando los hombres se desvelan por agradar á una muger, sus defectos les parecen gracias; pero así que las consiguen, se causan de ellas, y aun califican de vicios sus virtudes. Entónces, quiero decir, cuando la pretension no la dirigió un fin honesto, sino un capricho ó un apetito puramente animal, entónces se disminuye á los ojos de tales hombres la hermosura de la muger, se le notan defectos en que ántes no se habia reparado. Pero ¿qué mucho si en tal caso, como dije, las mismas virtudes parecen vicios? Cuando llega esta época fatal, su recogimiento se apellida *hipocondria*: su economía, *mezquindad*: su prudencia, *zonzera*: su cariño, *falsedad*: su fidelidad, *falta de mérito*: su alegría, *locura*: sus atenciones, *livianidades*: su devocion, *hipocresía*: sus generosidades, *desperdicios*: y en una palabra, en tan deplorable situacion quanto

hacen por agradar enfada. ¡Pobres mugeres! nada les es mas comun que verse sujetas á tolerar los caprichos é imprudencias de un hombre sin talento y sin amor.

Cuando oigo declamar á la mayor parte de los hombres contra la facilidad de amar de las mugeres, y los veo tan constantes en seducirlas, me acuerdo de unos versos, que sobre esto escribió con tanto acierto nuestra paisana Sor Juana de la Cruz, monja del convento de S. Gerónimo de esta capital, en los que hace ver, que los hombres, casi siempre, tienen la culpa de la liviandad de que acusan á las mugeres, segun ha dicho V. señor coronel; porque efectivamente, los hombres quisieran á las mugeres de mantequilla para sí, y de pedernal para los demas; y aun algo peor: luego que han logrado seducirlas con los artificios mas vivos, y con los mas astutos fingimientos, se fastidian de ellas (como se fastidia cualquier miserable mortal de todo aquello que consigue temporal y perecedero), y entónces llaman liviandades y coqueterías, lo que ántes sacrificios y favores.

Tal es la suerte de las pobres mugeres

entre los hombres necios y malvados. Toda muger, y especialmente toda hija de familia, aun ántes de llegar a la pubertad, deberia estar impuesta de estas verdades, para no fiarse de los hombres, y precaverse en cualquiera estado de sus torcidas calificaciones y desprecios.

Toda niña deberia crecer en la firme creencia de estos cuatro principios.

1.º Que en esta triste vida todo cansa, todo fastidia; si no es la posesion de Dios por la gracia.

2.º Que los hombres cuando mas finos y rendidos dicen que adoran, que aman é idolatran á las mugeres, entónces es cuando ellos se aman mas á sí mismos, y á lo que aspiran es á sus intereses particulares, de manera que no aprecian sino á las mugeres, en quienes ven ó se presumen que hay alguna cosa que lisonjea su gusto.

3.º Que segun estos principios, es muy fácil que la muger desagrede al hombre luego que este la considere como suya, lo que se verifica mas pronto y casi siempre cuando la solicitud se ha entablado con medios inhonestos ó con miras ilícitas. El antiguo poeta español Quevedo

dice: *Si quieres aborrecer á tu amiga, cástate con ella;* y dice bien, porque en clase de dama tiene la muger la libertad de ser ó no ser de aquel hombre, y este muchas veces se modera en maltratarla, temiendo perderla en virtud de aquella misma libertad; pero casándose, no tiene temor que lo refrene, y entónces la muger sufre todo el yugo del despotismo.

4.º y último. Es prudencia, conforme á lo dicho, que las mugeres desconfíen de sus mas constantes adoradores: que ántes de decidirse, examinen bien el corazon de aquel que las incline, y cuando se miren *suyas*, traten de complacerlos cuanto puedan, para que la posesion no vuelva en desagrado las anteriores finezas, y se conviertan los esclavos en tiranos.

Calló el cura, y el licenciado guiñándole el ojo le dijo: No va mal, señor cura: uno deja la apologia de las mugeres, y otro la toma. No hay que hacer, con cinco pares de abogados como ustedes que ellas tuvieran, infelices de los hombres; ya no podríamos averiguarnos con sus mercedes. Si sin eso son tan endiabladas, ¡qué fuera si á cada paso encontraran quien les alzara por dos carti-

tas? ¡Oh! entónces quisieran ensillarnos.

Cállese V. señor Narices, ó señor tronera, dijo Eufrosina: mi hermano y el señor cura han dicho el evangelio: son ustedes muy falsos, muy maliciosos, muy malagradecidos, muy habladores y muy todo. Primero enredan á una pobre muger, y luego la dejan en la pelaza, y hablan de ella.

Quien los vé cuando estan enamorando á una pobre muchacha, ¡qué finos son! ¡qué atentos, qué rendidos! ¡qué de promesas hacen! ¡qué lágrimas derraman! ¡con qué juramentos no aseguran que serán firmes hasta la muerte! Todo cuanto hacen y dicen parece la mera verdad. Son mas dulces y derretidos que caramelos en boca de muchacho. Vaya, si mienten con tanta viveza, que aun ellos mismos lo creen. Pero ¡infelices de las tontas que tienen la desgracia de rendirse! porque apenas lo hacen, cuando saben ustedes dar la vuelta y dejarlas, y á algunas quien sabe como; y esto es á buen componer, sino es que despues de abandonarlas, hablan de ellas las tres mil leyes, cuentan cuanto ha pasado á sus amigos, dicen que Fulana es una loca, una fea, una zonza y!

una coquetilla comun, riéndose todos alegremente á costa de la desgraciada muger; y mordiendo su honor públicamente en los paseos, tertulias y villares. Bien haya la que no se fia de ustedes como dice el señor cura, pues entre los hombres, apenas habrá bueno uno entre ciento, y creo que me extiende mucho.

Con iguales expresiones acaba sus versos la monjita que cité, dijo el cura, y Eufrosina le suplicó los repitiera, á lo que contestó: Con mucho gusto lo haré, señorita: pero pues ya hemos concluido, y estan alzando los mantelcs, daremos gracias á Dios de que nos ha dado de comer sin merecerlo.

Señor cura, dijo D. Dionisio, V. está en su casa, y hará lo que quisiere; pero ya dias ha que prescribió esa costumbre. Tal vez gestoria solo se queda para la gente ordinaria, ó cuando mucho para los frailes y muchachos colegiales que comen en refectorio; pero en las casas decentes no se estila semejante ceremonia.

Pues yo conozco algunas casas decentes, dijo el cura, donde todavia está en moda dar gracias á Dios cuando se acaba de comer; y ciertamente me hace fuer-

za porqué no resucitará esta costumbre cristiana, cuando todos los dias resucitan otras, acaso gentiles, que ya estaban hechas polvo en el olvido; y me hace mas fuerza cuando considero lo liberales y francos que somos para dar gracias. Por el mínimo favor damos *muchas gracias*; pero ¿qué mas, si hasta por las mentiras declaradas, que llaman cumplimientos, las damos á montones?

Nos ofrece alguno su casa ó su empleo, aunque sea de boca, le damos *muchas gracias*: dicen que nos desean un bien estar ó el alivio de nuestras enfermedades, y pagamos que nos lo digan con *muchas gracias*: nos dan expresiones para algun deuda, y volvemos nosotros *muchas gracias*: nos convidan á alguna parte adonde no queremos ó no podemos asistir, y nos excusamos con *muchas gracias*: nos ofertan alguna cosa que perjudica nuestra bolsa, y lo rehusamos dando *muchas gracias* al oferente. En fin, ya dije, somos liberalísimos para dar gracias por cuanto hay; y no como quiera, sino *muchas, á miles, infinitas*.

Solo para con el Autor de la naturaleza somos en esta materia demasiado econó-

micos, ¡qué digo! somos escasos, mezquinos, miserables. Para todo el mundo tenemos mil gracias en la boca; pero no quedan ningunas que tributar al Hacedor Supremo que cria los manjares que comemos, que nos facilita el tenerlos, y nos conserva la salud y apetito para gustarlos. ¿Si tendrá Dios alguna obligacion de darnos algo? ¿ó si nosotros tendremos tan merecidos todos los beneficios que recibimos de su liberal mano? porque solo así pareceremos ménos culpables ante sus ojos, aunque no le manifestemos nuestra gratitud ni con palabras.

Yo bien sé que en algunas casas se tiene por incivilidad ó payada esto de dar gracias á Dios despues de comer, y algunos se abstienen de hacerlo, aun estando acostumbrados en sus casas, especialmente cuando se hallan en mesas de funcion, que llaman de cumplimiento; porque los demas no lo hacen, y les da vergüenza de parecer cristianos en lo público; pero por lo que toca á mí, digo, que mas quiero pasar entre los muchos por incivil, rústico ó payo, que no entre los sensatos, por Hugonote ó irreligioso cuando méanos, y así procuro dar buen ejemplo por mi parte.

De algo me ha de servir tener sesenta años de edad, y treinta y cuatro de ministro del Dios de los cristianos.

Diciendo esto el cura, sin esperar respuesta, porque no la temia lo que acababa de decir, comenzó á rezar la oracion del Señor, dió gracias, y todos lo acompañaron dócilmente, diciendo yo entre mí: Si en todas las mesas donde asisten sacerdotes hubiera alguno tan celoso como este cura, que se encarga de dar gracias á Dios, y á los seculares buen ejemplo, pronto veriamos restablecida esta loable costumbre de nuestros padres.

Luego que pasó esta religiosa sesion, repitió Eufrosina al cura el encargo que le hizo de que dijera los versos, y el buen eclesiástico cumplió su palabra como se verá en el capítulo que sigue.

CAPITULO II.

Refiere el cura las versos, y se trata sobre la profanidad de las mugeres y el modo con que puede ser lícito en ellas el adorno.

Ciertamente, señores, dijo el cura, que habrá fastidiado á ustedes el sermon; pero como estoy hecho á predicar, se me olvidó

micos, ¡qué digo! somos escasos, mezquinos, miserables. Para todo el mundo tenemos mil gracias en la boca; pero no quedan ningunas que tributar al Hacedor Supremo que cria los manjares que comemos, que nos facilita el tenerlos, y nos conserva la salud y apetito para gustarlos. ¿Si tendrá Dios alguna obligacion de darnos algo? ¿ó si nosotros tendremos tan merecidos todos los beneficios que recibimos de su liberal mano? porque solo así pareceremos ménos culpables ante sus ojos, aunque no le manifestemos nuestra gratitud ni con palabras.

Yo bien sé que en algunas casas se tiene por incivilidad ó payada esto de dar gracias á Dios despues de comer, y algunos se abstienen de hacerlo, aun estando acostumbrados en sus casas, especialmente cuando se hallan en mesas de funcion, que llaman de cumplimiento; porque los demas no lo hacen, y les da vergüenza de parecer cristianos en lo público; pero por lo que toca á mí, digo, que mas quiero pasar entre los muchos por incivil, rústico ó payo, que no entre los sensatos, por Hugonote ó irreligioso cuando méanos, y así procuro dar buen ejemplo por mi parte.

De algo me ha de servir tener sesenta años de edad, y treinta y cuatro de ministro del Dios de los cristianos.

Diciendo esto el cura, sin esperar respuesta, porque no la temia lo que acababa de decir, comenzó á rezar la oracion del Señor, dió gracias, y todos lo acompañaron dócilmente, diciendo yo entre mí: Si en todas las mesas donde asisten sacerdotes hubiera alguno tan celoso como este cura, que se encarga de dar gracias á Dios, y á los seculares buen ejemplo, pronto veriamos restablecida esta loable costumbre de nuestros padres.

Luego que pasó esta religiosa sesion, repitió Eufrosina al cura el encargo que le hizo de que dijera los versos, y el buen eclesiástico cumplió su palabra como se verá en el capítulo que sigue.

CAPITULO II.

Refiere el cura las versos, y se trata sobre la profanidad de las mugeres y el modo con que puede ser lícito en ellas el adorno.

Ciertamente, señores, dijo el cura, que habrá fastidiado á ustedes el sermón; pero como estoy hecho á predicar, se me olvidó

que estaba en una mesa; bien que no me arrepiento de lo dicho, porque como estoy seguro de la religiosidad de ustedes conozco que la omision de dar gracias no es efecto de impiedad, sino por seguir la moda hasta en esto; aunque tambien estoy seguro de que desde hoy será otra cosa; y así, variando de asunto, oiga V. señorita, como se expresó la madre Juana Ines en defensa de su sexo, y con que gracia reprende á los hombres que hablan mal de las mugeres, despues que las seducen. Dice así.

Hombres necios, que acusais
á la muger sin razon,
sin ver que sois la ocasion
de lo mismo que culpais:
Si con ansia sin igual
solicitais su desden,
¿por qué quereis que obren bien
si las incitais al mal?
Combatis su resistencia,
y luego con gravedad
decis que fué liviandad
lo que hizo la diligencia.
Parecer quiere el denuedo
de vuestro parecer loco
al niño que pone el coco,
y luego le tiene miedo.
Quereis con presuncion necia
hallar á la que buscais,

para pretendida, Thais, (1)
y en la posesion, Lucrecia. (2)
¿Qué humor puede ser mas raro
que el que falto de consejo
él mismo empaña el espejo,
y siente que no esté claro?
Con el favor y el desden
teneis condicion igual,
quejándoos si os tratan mal,
burlándoos si os quieren bien.
Opinion, ninguna gana,
pues la que mas se recata,
si no os admite, es ingrata,
y si os admite, es liviana.
Siempre tan necios andais,
que con desigual nivel
á una culpais por cruel,
á otra por fácil culpais.
¿Pues cómo ha de estar templada
la que vuestro amor pretende,
si la que es ingrata ofende,
y la que es fácil enfada?
Mas entre el enfado y pena,
que vuestro gusto refiere,
bien haya la que no os quiere,
y quejaos enhorabuena.
Dan vuestras amantes penas
á sus libertades alas,
y despues de hacerlas malas,
las quereis hallar muy buenas.

- (1) Una pública ramera.
(2) Una romana tan honrada, que se mató por no sufrir su honor ultrajado por la fuerza.

¿Cuál mayor culpa ha tenido
 en una pasión errada,
 la que cae de rogada,
 ó el que ruega de caído?
 ¿O cuál es mas de culpar,
 aunque cualquiera mal haga,
 la que peca por la paga,
 ó el que paga por pecar?
 ¿Pues para qué os espantais
 de la culpa que teneis?
 Queredlas cual las haceis,
 ó hacedlas cual las buscais.
 Dejad de solicitar,
 y despues con mas razon
 acusareis la afición
 de la que fuere á rogar.
 Bien con muchas armas fundo
 que lidia vuestra arrogancia,
 pues en promesa é instancia
 juntais diablo, carne y mundo.

Todos aplaudieron los versos, especialmente las señoras; pero el licenciado en un tono burlesco dijo: No hay duda de que estan buenos los versos que ha dicho el señor cura; pero con su licencia, son mejores unos que yo sé, y dicen así.

Cierto artífice pintó
 una lucha en que valiente
 un hombre tan solamente
 á un horrible Leon venció:
 Otro Leon que el cuadro vió
 sin preguntar por su Autor,

en tono despreciador
 dijo: Bien se echa de ver
 que es pintar como querer,
 y no fué Leon el pintor.

¿Qué tal, no está la fabulita que ni mandada á hacer? ya se vé, como del número del dulce Samaniego.

Bien, dijo D. Dionisio; ¿pero á qué viene aquí la fabulita? Claro está á lo que viene, contestó el licenciado: se echa de ver que no fué hombre sino muger la autora de las estrofas que ha referido el señor cura; y así escribió á su favor, y acaso sin la mayor noticia en la materia, como que era una religiosa enclaustrada en un monasterio, y no una muger del mundo. En atención á esto, no fué mucho que manejara la pluma tan á favor de su sexo, porque no fué Leon el pintor, y así ella pintó á los hombres y disculpó á las mugeres como quiso. Si hubiera sido hombre el autor de los versos, hubieran estos salido á favor de los hombres, y se vieran pintadas las mugeres en ellos con unos colores nada ventajosos.

Efectivamente, en este caso poco trabajo costaria al poeta probar que las mugeres siempre tienen la culpa de que las

seduzcan los hombres. Ellas dan la materia y los hombres disponen la forma. ¿Qué importa que no rueguen descaradamente, que las seduzcan ó enamoren, si lo dan á entender con sobrada claridad?

Ustedes, señores, habrán advertido el modo con que las pateras llaman á los marchantes. *Aquí hay pato grande, dicen, venga V., mi alma: aquí hay pato grande con tortillas con chile. Venga V.* Las almuerceras obran de distinto modo en la apariencia; pero que tienen igual ó mas eficaz virtud en la realidad, pues aunque no llaman con la boca á los que pasan, provocan su apetito con mas arte, poniendo en sus puertas las cazuelas de sus almuerzos ó meriendas, muy olorosas y compostas con ramilletes de rábanos y lechugas.

Así son las mugeres que quieren ó captar la benevolencia de los hombres, ó arrancarles el dinero. Todas llaman: la diferencia está en el modo. Las coquetillas infelices se paran en las puertas de sus accesorias, ó pasean de noche por los portales y lugares acostumbrados, acompañadas de un muchacho ó criada trapientos, con los que van diciendo: *Esta casa se al-*

quila. ¿Quién no advierte el espíritu de estas pobres? Pues estas son las pateras.

Las no infelices no se valen de estos arbitrios vergonzosos, pero sí de otros que no les van en zaga en la sustancia.

Tal es la profanidad en el vestir, la libertad en el hablar, y aquella estudiada afectacion de toda sus operaciones. A qué fin sino para provocar á los hombres, son esas medias color de carne, esas transparencias de los puntos con que se descubren las espaldas, esos desgotes que hacen saltar los pechos desnudos, esos contorneos al andar, esos melindres y monadas al reir, al saludar y al hablar, en una palabra, ese conato tan escrupuloso para parecer bien y hacerse amables de nosotros? ¿No es verdad que estas tales se parecen bien á nuestras almuerceras, que aunque no llaman á los hombres con la boca, los provocan con su diligencia y compostura? En efecto, las mugeres pobres gritan su deseo, y las no pobres lo dan á entender; pero todas *lo venden so pato*, como dicen las indias.

Desengañémonos, señores: siempre los hombres han buscado la disculpa de sus extravíos en las mugeres, y estas en aque-

llos; pero lo cierto es que tan malos son unos como otros; mas por lo que toca al punto de seducción, ellas son peores que ellos, porque si los hombres las seducen, es porque las mugeres se dejan seducir, y no solo les facilitan el camino, sino que los incitan á ello y casi se los ruegan, como lo he probado; y últimamente, si no hubiera tantas mugeres descocadas, no habria tantos hombres atrevidos.

Dejó de hablar el licenciado, y Eufrosina, disimulando mal la incomodidad que tenia, dijo: ¿Qué le parece á V. señor cura, y qué buen concepto debemos las mugeres al maldito Nariguetas! Para él no hay una buena, ni sabe hacer distincion de estados, clases ni condiciones. A todas mide con una misma vara. La casada honrada, la doncella virtuosa, la viuda honesta, la señora decente, son lo mismo que las abandonadas de la calle. Vamos, que esto es una picardia intolerable, y solo V. señor licenciado Narices, se puede producir de esta manera. Si yo no creyera que hablaba de chanza y solo por hacernos enojar, diria que era V. temerario y un malcriado, pues aunque fuera verdad cuanto dice, deberia no decirlo delante

de unas señoras que lo entienden. Esto es falta de política y buena crianza. Ni mi lacayo se produciria de ese modo.

No, no hay que atufarse, caballera, decia con mucha sorna el abogado; yo no barro con todas las mugeres. Sé que las hay muy virtuosas, honestas y ejemplares; pero se pueden perder entre las que no lo son, en fuerza de su escaso número, si se pone en comparacion, hablo solamente de las descaradas, profanas y provocativas. Si aquí no hay ninguna que lo sea, como yo lo creo, no hay para que enojarse, pues yo no cito ejemplares señalados. En una palabra, entren todas, y luego salgan las que yo no he metido; pero estoy seguro que nada he dicho que no lo demuestre la experiencia. ¿Qué dice V. señor cura?

¿Qué he de decir, respondió el cura, sino que, haciendo la distincion debida, y la protesta que V. acaba de hacer de que no habla en general, sino solo de las mugeres que con sus trages ó acciones poco honestas incitan á los hombres, dice muy bien; pero advierta V. que tampoco á estas mugeres defiende la madre Juana Ines en los versos que escribió y yo he

dicho; sino á las timoratas y recatadas, que son seducidas dentro los muros de su misma honestidad. Bien se colige de sus mismas palabras que este fué su espíritu, y no el de defender la liviandad de muchas de su sexo. Oiga V. sus palabras otra vez.

Combatis su *resistencia*,
y luego con gravedad
decís que fué liviandad
lo que hizo la diligencia.

Bien claro está que nuestra monja habló en pro de aquellas que hacen *resistencia* á a seducción, y no de las que convidan á ella. ¿A estas quién las ha de defender cuando se hacen objetos de abominacion para Dios y para los hombres? Hablo especialmente de las mismas que V. ha habido, esto es, de las muy profanas y escandalosas.

El Espíritu Santo aconseja que se huya de las mugeres compuestas con demasiado lujo, y que no se entretengan con ellas, porque han sido muchas veces el escollo de la inocencia. (*)

La verdadera virtud ó el mérito verda-

(*) *Eccl. cap. 9.*

dero, dice un Luterano convertido, saca su lustre de sí mismo, y no busca un realce en el oro y en la plata, que solo es estimado entre las mugeres, los tontos y el vulgo, el cual ordinariamente juzga del individuo por la profanidad ó adorno de su traje.

Pero, señor cura, decia Eufrosina: ¿qué, todas hemos de vertirnos con hábitos de capuchinas ó enaguas de jerguetilla? De ninguna manera, respondió el párroco: en toda sociedad hay variedad de clases, y en cada clase debe guardarse el orden que le toca, pues saliendo de él se hace cualquiera singular.

Tan extraño y ridículo seria en un capitán de milicia traer una capilla de fraile, como en un fraile lampazos de capitán. Esto quiere decir, que cada uno debe vestirse segun su estado y condicion, y por eso dice aquel refran vulgar: *Vístete como te llamas*. No se ha de vestir la secular como la monja, ni la casada como la viuda, ni la jóven como la vieja, ni la señora como la plebeya, ni la ama como su criada, ni nadie con traje que no le pertenece. Entónces seria un desorden y una asombrosa confusion.

En esta inteligencia, yo no estoy mal con la decencia respectiva á cada clase de personas, ni con la misma moda. Declarar contra ella en lo general, mas es un capricho de la ignorancia que un celo por la virtud. Moda no es otra cosa que el uso de esto ú aquello nuevamente introducido entre los hombres. Hay modas útiles, las hay indiferentes y las hay malas. Estas son y deben ser reprobadas por todo hombre sensato: las primeras deben seguirse, y las indiferentes pueden ó no adoptarse, segun el gusto de cada uno. Por ejemplo: ¿quién negará que el túnico en las mugeres, y el pantalon en los hombres, á mas del adorno, proporcionan comodidad y economía? Luego esta moda es útil, y debe admitirse entre las personas de buen gusto sin el menor escrúpulo.

Ahora, que el túnico ataque por detras ó por delante, que el pantalon sea de casimir ó de punto, es una cosa indiferente, porque puede ser ó no ser, segun el gusto de cada uno; y de que sea así ó asado no se sigue ningun reato moral.

Pero si el pantalon es de algun genero trasparente, si está tan ajustado al cuerpo que de á legua se conoce que es hombre

el que lo trae: si el túnico está delgado y estrecho que al dar el paso se deja ver la pierna, si el corpiño es tan pequeño y muy escotado que descubra los brazos, pechos y espalda, entónces ya esta es moda obscena, escandalosa y abominable, y por tanto digna de reprobarse por toda persona de virtud. Lo mismo puede decirse de las modas. No el uso, el abuso que se hace de ellas, es lo que las convierte en pecaminosas é ilícitas. Dije que de *las mas*; y no de todas, porque hay algunas que son malas en sí y no tienen por donde cohonestarse.

Los antiguos corceés que han substituido á las cotillas, son un ejemplo de esta verdad. El uso de ellos es una moda harto perjudicial, y no tienen con que disculpar su maldad. Yo no soy tan temerario que me atreva á decir que se use para elevar los pechos y hacerlos saltar como naturalmente fuera del escote del túnico. Dios me libre de ser tan malicioso. Allá se la hayan las señoras, pues cada una sabrá el santo fin con que se sujeta á esta mortificacion; pero en lo físico es innegable que es tormento demasiado pernicioso á la salud desde que se pone has-

ta que se quita. He observado que algunas señoras, espetadas en estos malditos cinchos, no tienen ni libertad para moverse. . . . poco he dicho, no son árbritas ni de comer á gusto, porque temen, y con razon, que el volúmen del alimento las oprima mas, ó les reviente el corcé; y así el día que se lo ponen, ayunan á su pesar y sin ningun mérito; y ya se ve que esta moda no puede calificarse de buena ni útil de ninguna manera.

El célebre Buffon condena las cotillas, los corceés y todos aquellos vestidos dolorosos, que con el vano pretexto de formar el talle, estorban la respiracion, impiden que la sangre circule con libertad, y causan mas incomodidades y deformidades de las que precaven.

Aun seria ménos perjudicial esta moda si generalmente se usara con mas prudencia; pero me dicen, y no lo dudo mucho, que hay señoras á quienes el cochero ó lacayo atacan el corcé: ya se deja entender que esta diligencia se hace para que esté muy apretado, y siendo esto así no es extraño que muchas se hayan enfermado por este uso, capaz de matar con su continuacion á cualquiera señora delicada.

Bastante conocen esta verdad y temen sofocarse si se quitan de repente los tales corceés, y por esto tienen cuidado de que se los aflojen poco á poco. Muy bien hecho; pero ¿no fuera mejor ahorrarse de esas incomodidades y esos riesgos? Sígame en hora buena la moda cuando sea útil é inocente; mas no nos constituyamos unos partidarios tenaces de todo uso nuevo, solamente porque es nuevo, por mas que estemos convencidos de que puede acarrearlos muchos perjuicios físicos ó morales. Esto no es ser modista, sino esclavos serviles de las modas.

Pues según eso, señor cura, decia Eufrosina, bien puedo yo seguir las modas sin cargo de conciencia.—Las útiles y honestas, sí, señora; las que no lo sean, no.—¿Y con qué regla mediré yo esa utilidad é inocencia?—Oh señora! respondió el cura: allí está toda la dificultad de la materia.

Cuando no queremos sujetar nuestro amor propio á la razon, sino seguir sus naturales impresiones, entónces confundimos facilmente lo útil y honesto con lo agradable. Todo lo que alhaga nuestros sentidos y lisonjea nuestras pasiones, nos

agrada, y tenemos por útil é inocente, á lo ménos en aquellas cosas que no son enormemente criminales ó expresamente prohibidas por la ley; y esta es la causa de que frecuentemente se apelliden á las virtudes vicios. Por esto el espadachin provocativo se tiene por valiente, el avaro por económico, el pródigo por liberal, y la muger profana por inocente partidaria del lujo.

La prudencia, señora, la prudencia es la mejor regla que nos debe servir para conocer cuándo una cosa es útil y honesta, y cuándo sea solamente deleitable, y este conocimiento no es difícil de adquirirse en haciendo á un ladito el amor propio.

Hecha esta diligencia, ¿se le ocultará á ninguna muger que todo exceso degenera en vicio? ¿Ignorará que toda profanidad es un exceso de la moda, ó lo que se llama lujo sobresaliente? ¿Y no sabrá que este exceso no puede ménos que traer funestas consecuencias, ya por el escándalo que ocasiona á los que lo notan, y ya porque en estos gastos superfluos se arruina á los padres ó maridos? Es imposible, porque á nadie se ocultan estas verdades.

Pues ya tiene V. señora, en pocas pa-

labras, la regla con que conocer hasta qué punto puede seguir la moda. Vístase V. conforme á su estado, pero sin disipar lo necesario ni arruinar á su familia: adórnese en hora buena segun su clase, pero sin ser profana ni escandalosa: atávese como una señora decente, pero nunca como las transparentes coquetillas; y entonces puede creer que entra en las modas con seguridad de conciencia.

Oiga V., por último, lo que el sabio Blanchard dice sobre esto, para que viva mas tranquila y para que vea que nuestra religion no es un espantajo aterrador, ni un tirano que nos impide el uso de los bienes que el Criador nos dispensó con tanta liberalidad, sino una buena madre que nos enseña, nos corrige y sujeta para que no abusemos de aquellos mismos bienes con ofensa de Dios, con perjuicio del prójimo y daño nuestro.

„¿Cuántos pesares, dice Blanchard, se prepara uno cuando no quiere aprender el secreto de medir su gasto con su persona! La causa mas ordinaria de la ruina de muchas personas es, que arreglan su gasto segun su estado y no segun sus medios; segun su ambicion, y no segun sus rique-

zas. El lujo, hijo del deleite y de la vanidad, conduce á la pobreza por unos caminos brillantes y agradables; pero son solamente los locos los que lo siguen."

"Una especie de lujo moderado entra en las miras de la naturaleza que ha deramado, así en la tierra como en los cielos, una magnificencia igual á su grandeza, pues no ha prodigado tantos beneficios á los hombres para prohibirles su uso. Pero lo que la razon nos prohíbe, es un lujo excesivo ó dañoso, es todo goce superfluo que no está prescrito ni por lo que es justo conceder á su calidad, ni por lo que exige el uso legítimo de la nacion en donde se vive, y cuya modificacion no puede dejar de merecer la aprobacion de las gentes sensatas...."

"¿De qué sirve á las mugeres el exceso ridículo de adornos, la loca pasion de modas y novedades, que cuestan tan caras y pasan tan pronto?"

"Yo sé que la sabiduría permite seguir las modas que no son sino indiferentes, y que no ofenden las costumbres ni desarreglan la hacienda. Aunque las modas no sean lo mas frecuentemente, sino hijas de la inconstancia y del capricho, las perso-

nas mas sábias se ven algunas veces obligadas á conformarse y someterse á ellas por no parecer ridículas."

"La moda es un tirano peligroso, del cual nada nos libra, y es forzoso á su gusto y capricho acomodarse. Pero siendo preciso sujetarse á las leyes que impone locamente, el sabio como piensa rectamente nunca el primero es para seguirlas, ni el último en dejarlas ú omitirlas."

"Si es permitido á ciertas condiciones el llevar vestidos ricos y magníficos, es mas glorioso y estimable el quedarse un poco inferior á su estado. La modestia y el pudor serán siempre para la mugeres el mas bello ornamento y el mas noble adorno."

De lo dicho inferirá V., señora, la diferencia que hay entre una moda racional y la profanidad escandalosa, entre la decencia correspondiente á cada persona y el excesivo lujo, y segun este conocimiento tomará el camino mas seguro.

Dejó de hablar el eclesiástico, y tomando la palabra el coronel, añadió: Cierto que el señor cura se ha explicado con

bastante solidez, y su doctrina no deja que desear en la materia; pero yo quisiera que las señoras mugeres que son tan aficionadas á la excesiva compostura, advirtieran que prescindiendo, si es que se puede prescindir, de los fundamentos morales que condenan el demasiado lujo, hay aun otra razon muy suficiente para contenerlas en los límites de lo honesto, y obligarlas á no singularizarse ni en el traje, ni en el andar, bailar, conversar, &c.

Saben muy bien que es un axioma incontestable el que dijo el señor licenciado, de que si no hubiera tanta muger liviana, no habria tanto hombre atrevido; pero tambien saben que no es ménos cierto que no siempre basta á las mugeres su honestidad y recato para dejar de ser conducidas.

Hay hombres tan atrevidos y procaces, que cuando tratan de llevar al cabo su passion ó su capricho, atropellan fácilmente con la autoridad de los padres, con los respetos del marido y aun se atreven mil veces á atacar la inocencia en los mismos santuarios de la virtud. ¡Cuántas niñas han salido de las clausuras á prostituirse por no haber podido impedir las paredes

de los conventos y colegios la seduccion del insolente malicioso!

Para esta clase de hombres no basta á las mugeres ser honestas, es necesario que manifiesten su recato en su traje y en sus acciones en todas partes, si no quieren poner su honor en equilibrio.

Con solo que uno de estos vea á una joven demasidamente compuesta, afectando el paso, haciendo muecas y trayendo el abanico en continuo movimiento, tiene cuanto su temeridad necesita para confundirla con la muger liviana, aunque sea la doncella mas juiciosa ó la casada mas honesta.

Lo peor es que muchas veces no pára en esto todo el mal, quiero decir, no se contentan con tenerlas por coquetas, sino que lo aseguran así á sus amigos, jactándose falsamente de haber conseguido de ellas muchos triunfos. ¿Qué se sigue de aquí? Que aquella pobre niña pierde el crédito entre las demas, porque de boca en boca pasa por una fácil; y por esta mala fama, si es doncella, tal vez pierde un ventajoso casamiento, y si es casada, acaso se turba la paz del matrimonio por una inesperada casualidad. Bien conocen las

mugeres que esto no es una ponderacion, sino una verdad innegable; saben que abunda esta clase de hombres habladores, á quienes distinguen con el vulgar adjetivo de *alabanciosos*.

Ellos hacen mal, ¿quién lo duda? Pero si las señoritas se vistieran con ménos profanidad, ellos no se atreverian tan fácilmente á difamarlas, pues es cierto que la muger honesta casi siempre enfrena la lengua y el arrojio del hombre libertino.

Conque cuando el temor de Dios y el amor del prójimo no estimularan á cualquiera muger á presentarse con modestia en el público, su amor propio la debia persuadir á ello, considerando que los hombres de que hablamos, por el traje inferen la conducta de la muger, y sin mas datos despedazan su honor alegremente.

„Nada se debe temer tanto en las mugeres como la vanidad, dice un autor muy respetable. (*) Los caminos que conducen á los hombres á la gloria (**) y au-

(*) El señor Fenelon en su educacion de las hijas.
(**) A la gloria mundana que consiste en el poder, autoridad ó fama. Esta advertencia es inútil para los sensatos; pero como los libros andan en manos de todos, no queremos que algun ignorante crea que á las

toridad les estan cerrados, y así aspiran á distinguirse por las gracias del cuerpo y ciertas exterioridades del espíritu. De aquí nace aquella conversacion dulce y atractiva, aquel grande aprecio de hermosura y gracias exteriores, y la demasiada aficion á los vestidos y demas adornos del cuerpo. Una peineta, un lazo, un túnico, (*) la eleccion de un color, un rizo un poco mas alto ó mas bajo, son para ellas negocios importantes.”

„Este exceso va tomando cada dia mas fuerza: el amor mudable de las mugeres, la aficion á los vestidos, la pasion á las modas, juntas con el amor á la novedad, tienen para con ellas tanto poder, que llegan á trastornar las clases y á corromper las costumbres. Desde que se vive sin regla en trages y muebles, se vive tambien casi sin distincion de personas....”

„Este fausto arruina las familias, y á la ruina de las familias se sigue la corrupcion de las costumbres.... Esta es la cau-

mugeres les estan cerrados los caminos que conducen á la gloria ó bienaventuranza eterna.

(*) He substituido esta voz á la de bata que dice el autor, porque sin alterar el sentido, realza la persuasion, por ser el túnico traje del dia.

sa de extinguirse incesantemente el honor, la fe, la probidad y el amor natural, hasta entre los parientes mas cercanos."

"Todos estos males provienen de la autoridad que las mugeres se han tomado, ó que algunos hombres lisonjeros les han dado de decidir sobre las modas."

"Procúrese, pues, dar á entender á las mugeres desde niñas, cuánta mas apreciable es la distincion que se logra por el camino de una buena conducta, que la que se consigue por un buen peinado, un buen vestido, ó cualquiera otro adorno del cuerpo...."

"Yo bien sé que, segun las costumbres de nuestro siglo, seria una ridiculez el persuadir á las mugeres jóvenes que vistiesen el traje de la antigüedad; pero podrán, sin alguna singularidad, tomar el gusto de la simplicidad de vestido siempre noble, agradable y conforme á las costumbres cristianas. De este modo, conformándose en el exterior con los usos de nuestros tiempos, sabrian á lo ménos juzgar con justicia de su ridiculez: ellas se sujetarian á la moda; pero la mirarian como una esclavitud, y solo la seguirian en lo que no pudieran evitar...."

"Sobre todo, es necesario tener un grande horror á la desnudez de pechos, y á todas las demas indecencias del cuerpo. Aun cuando se cometan estas faltas sin alguna intencion ó pasion desordenada, no deja de ser una vanidad culpable y perjudicial, causada de un excesivo deseo de agradar. Esta vanidad, culpable ante Dios y los hombres, es prueba de una conducta escandalosa y contagiosa al prójimo. Este ciego deseo de agradar, de ningun modo conviene á una alma cristiana que debe mirar como una especie de idolatría todo lo que la aleja del amor á su Criador, y del desprecio de las criaturas. ¿Qué se pretende cuando se quiere agradar por estos caminos? ¿No es el excitar las pasiones de los hombres? ¿No pasan demasiado adelante, por poco que se les alumbre? ¿Acaso está en poder de las mugeres el refrenarlos, cuando pasan mas allá de lo justo? ¿A quién, pues, se deben imputar los excesos? Prepara la muger con su indecencia un veneno sutil, y lo vierte sobre los que la miran; ¿cómo se podrá juzgar inocente?"

Hasta aquí este sabio moralista; pero concluyamos esta conversacion que aca-

so ya fastidiará por lo larga, aunque ha sido demasiado interesante. ¡Ojalá y en todas partes se reflexionara con atención sobre estas verdades, tal vez algunas familias se librarian del deshonor y la miseria.

Finalizó su discurso el coronel, y despues de haber hablado cada uno de los concurrentes un poco sobre lo que quiso, se desbarató la asamblea.

CAPITULO III.

En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos, y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado.

Así como no basta que la semilla sea buena para que fructifique si no se siembra en buena tierra, así tampoco aprovechan las mejores maximas morales, si no se reciben en un corazon bien dispuesto. Fácil es concebir que Matilde no solo gustó de la conversacion anterior, sino que se aprovechó de toda ella, como que era naturalmente modesta y enemiga de singularizarse.

No así Eufrosina y sus amigas, que habian estado en un brete durante la plática

de aquellos dos buenos señores, el coronel y el cura.

Inmediatamente que se desbarató la concurrencia y se quedaron solas, comenzaron á murmurar á rienda suelta de los piosos consejeros, sin contenerlas mi presencia; ya se vé que Eufrosina me tenia por un bobon de mas de marca, y á mas de esto le debia yo el buen concepto de que no era chismoso ni enredador; y en esto á la verdad, no se engañaba.

Con esta confianza decia Eufrosina á sus amigas: ¿Qué les parece; niñas? ¿cuándo pensaban venir á mi casa á enojarse ni á convertirse? El pánfilo del Nariguetas nos ha puesto de vuelta y media con sus burlas, y para rematar el cuento el cura y mi cuñado nos han echado tres sermones de lo mejor. Vaya, que han quedado ustedes frescas y convidadas para no volver á semejantes visitas. Yo la verdad estoy demasiado corrida, pero discúlpennme, amigas, que ya ven que no he tenido parte en esto.

No te apures, niña, decia la chatilla de quien se habló en el capítulo primero del primer tomo de esta obrita, no te apures: ¿qué culpa tienes tú de que el maldito Na-

so ya fastidiará por lo larga, aunque ha sido demasiado interesante. ¡Ojalá y en todas partes se reflexionara con atención sobre estas verdades, tal vez algunas familias se librarian del deshonor y la miseria.

Finalizó su discurso el coronel, y después de haber hablado cada uno de los concurrentes un poco sobre lo que quiso, se desbarató la asamblea.

CAPITULO III.

En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos, y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado.

Así como no basta que la semilla sea buena para que fructifique si no se siembra en buena tierra, así tampoco aprovechan las mejores máximas morales, si no se reciben en un corazón bien dispuesto. Fácil es concebir que Matilde no solo gustó de la conversacion anterior, sino que se aprovechó de toda ella, como que era naturalmente modesta y enemiga de singularizarse.

No así Eufrosina y sus amigas, que habían estado en un brete durante la plática

de aquellos dos buenos señores, el coronel y el cura.

Inmediatamente que se desbarató la concurrencia y se quedaron solas, comenzaron á murmurar á rienda suelta de los piosos consejeros, sin contenerlas mi presencia; ya se vé que Eufrosina me tenia por un bobon de mas de marca, y á mas de esto le debia yo el buen concepto de que no era chismoso ni enredador; y en esto á la verdad, no se engañaba.

Con esta confianza decia Eufrosina á sus amigas: ¿Qué les parece; niñas? ¿cuándo pensaban venir á mi casa á enojarse ni á convertirse? El pánfilo del Nariguetas nos ha puesto de vuelta y media con sus burlas, y para rematar el cuento el cura y mi cuñado nos han echado tres sermones de lo mejor. Vaya, que han quedado ustedes frescas y convidadas para no volver á semejantes visitas. Yo la verdad estoy demasiado corrida, pero discúlpennme, amigas, que ya ven que no he tenido parte en esto.

No te apures, niña, decia la chatilla de quien se habló en el capítulo primero del primer tomo de esta obrita, no te apures: ¿qué culpa tienes tú de que el maldito Na-

rignetas sea un bufon malcriado, ni de que el cura y tu cuñado sean unos imprudentes, impolíticos, que quieran convertir los estrados en iglesias ó santas escuelas? Déjalos que hablen mas que un loco, que con no hacerles caso se compone.

Ya se vé que sí, decia Eufrosina, ¿pues qué caso habia yo de hacer de sus sermones? Mi hermano los echa bien seguido, y con tanto fervor como el que han oide; pero yo me rio de él y de sus sermones, y le digo que ha errado la vocacion de medio á medio, pues para misionero no tiene precio; pero aunque me burlo de su sencillez en persuadirme que alguna vez he de acomodarme á sus ideas, no dejo de enfadarme de cuando en cuando con su tenacidad.

Yo no puedo negar que lo quiero, pues á mas de que es un buen hombre, al fin es mi cuñado, y basta que quiera tanto á Matilde: ya se vé que ella le ha cogido el lado del morir, porque mi hermana es el amén de cuanto dice su marido. Yo no he visto muger mas zonza ni mas condescendente. S: D. Rodrigo dice: Sal, sale: si dice: No salgas, no sale: si quiere que se vista así, se viste: si quiere que de otro

modo, tambien; en fin, ella lo obedece con mas puntualidad que una novicia á su prelada; y lo mas célebre es que se conoce que lo hace contenta y no por fuerza. Ya ustedes la conocieron de doncella, y se acuerdan de que era muy alegre, y tan curra como la que mas; y ahora ya la ven hecha una vieja sesentona que apenas sale de casa, y eso vestida como quiera. Toda su diversion es su almohadilla y su clave, y todo su encanto, su hija y su viejo. Yo no sé como Matilde dió tan repentina vuelta.

No te admires, niña, decia Adelaida: si los viejos son el mismo diantre: cera y pabilo vuelven á una pobre muger como la conozcan buena desde el principio. En este caso, los muy pícaros se vuelven unos santos delante de sus mugeres, y á fuerza de sermones y de meterlas en escrúpulos, haciéndolas de todo cargo de conciencia, se salen con cuanto quieren; y así las tienen indecentes, encerradas y hechas unas criadas de honor. No tienen ellas la culpa, sino las bobas que los creen y los obedecen como las niñas á las maestras. ¿No advertiste que cuando predicaba tu cuñado, ni pestañaba Matilde? Pues para que veas qué bien enseñadita la tiene.

Sí, decía Eufrosina, si es mi hermana una pobre tontita: cuanto dice su marido lo cree como si lo dijera un Santo Padre; no envalde él la quiere tanto y está tan contenta con ella, como que no tiene mujer, sino una hija que lo obedece al pensamiento. Yo en parte me alegro, porque no lo he visto reñir ni una vez. Deseo tengo de verlos enfadados siquiera un día, y ya ven ustedes que esto es un milagro, porque casi todas las mugeres andamos á márame y te mataré con nuestros maridos por cualquiera pampiina.

Sí lo es en efecto, decía Rosaura: yo tengo un marido que no lo merezco, porque me quiere en extremo; pero por no dejar de mortificarme, tiene un grandísimo defecto, y es ser mas zeloso que Júdas. ¡Ay, niñas! ya no tengo vida con él: de su sombra se espanta. Siempre he de salir pegada con él hecha llayero: solo acá me deja venir medio sola. Puedes creer, Eufrosinita, que tienes la túnica de Cristo, como dicen; y eso ya ves que no se despegaba de mí Crisantita, que es mas chismosa el diantre de la muchacha que Barrabás: cuanto pasa y no pasa le cuenta á su papá; con esto, él le tiene mandado que no se

separe de mí para nada; y no soy dueña de resollar, porque ya sabes que los muchachos son angelitos de Dios y testigos del diablo.

¡Ay, niña! pues tienes una pension terrible, decía Eufrosina; pero yo pienso que algo ponderas. No creo que D. Fernando sea tan zeloso como dices. ¿No lo crées? contestaba Rosaura, pues aun no he dicho nada: Si entra un perro en casa, dice que aquel animal tiene dueño, y que alguna vez habrá ido acompañado con él á visitarme: si me asomo al balcon y veo por una parte y por otra, dice que si por allí ha de venir el señor: si estoy triste, piensa que es por otro: si estoy alegre, lo mismo; en fin, yo no puedo hacer nada que no lo enzele: de todo teme, todo lo asusta y de toda desconfía, y con esto me da una vida de los perros.

Sí lo creo, decía Adelaida; pero ¿en dónde dejaremos las mugeres de ser infelices? Mi marido peca por el extremo opuesto: él me permite cuanta libertad quiero, y no se mete conmigo para nada; pero no es porque me estima, sino porque ya se ha enfadado de mí y no me hace caso: y eso ¿por qué? Porque de pocos días

á esta parte está embelesado con la maldita tuerta de todos mis pecados; pero me la ha de pagar. Sí, jurada se la tengo; no me la ha de ir á penar por vida de Adelaida.—¿Pero qué tuerta es esa que yo no la conozco? decia Eufrosina.—¿A Dios, no la conozco! como á tus manos la conoces. ¿No te acuerdas de aquella que vive por Santo Domingo?—¿Cuál, la Hipólita?—La misma.—Pues, niña, esa no es tuerta. Es un poco turnita; pero le agracia, porque tiene los ojos dormidos, y es una muchacha muy bonita.—Para mí es mas fea que el mismo diablo, decia Adelaida; será porque no la puedo ver.—¿Pero qué motivo tienes para pensar que tu marido la trata? decia Eufrosina, porque D. Felix es muy hombre de bien, y la Hipólita es una muchacha de mucho juicio: yo sé que frecuenta los sacramentos, y dias pasados estaba pretendiendo en las Brigidas.

¿Ya ves todo eso? pues yo sé mi cuento, decia Adelaida: esa es de las que las conegen á tientas y las matan callando. Con toda su hipocresía no le parece mal Felix.—¿Pero qué le has visto?—Nada; pero ¿que mas he de ver sino que el otro dia en

el paseo se rompió su coche, y Felix la hizo entrar en el nuestro con su madre, y desde entónces dió en visitarme; ya se vé que no por mí, sino por el caballero: á mí no me acomodó nada semejante visita, y así traté de desterrarla de casa, y lo conseguí muy breve, poniéndole mal modo y no visitándola. Santo remedio: con esto se ha desterrado; pero qué importa si él va á su casa, segun me han dicho.

¿Conque tú no lo sabes, decia Eufrosina, ni los has visto juntos?—No, niña, Dios me libre de ver tal cosa, á pesar de que he hecho ya mis buenas diligencias para cogellos, y nada he podido conseguir.

Pues niña, decia Rosaura, yo pienso que tú pasas mala vida por zelosa, y yo porque me zelau sin motivo. Yo sufro á mi marido, y tengo que sentir con su genio zeloso y endiantrado; pero tú á tí misma no te aguantas tus zelos, y no tienes razon para quitarte la vida; porque esa niña que dices la coroces bien, y sabes que es media parienta de tu esposo, y así el haberle ofrecido tu coche estuvo muy en el orden. No podia haberse excusado, el lance no era para ménos; la política y el parentesco lo estrecharon; y así la verdad,

tú no tienes razon de haberte formado tan mal concepto de esa pobre niña; y sobre todo, déjate de ser zelosa, porque te quitarás la vida en cuatro dias.

Muy bien aconsejado, decia Camila: sin eso quién sabe como una la pasa con su marido, porque los hombres son el diablo. El que no peca por un lado, peca por otro, y nunca tiene una gusto completo. A mí no me vale no meterme con mi marido para nada: yo lo dejo, caiga ó levante, y jamas le digo una palabra. Es verdad que yo, con bien lo diga, nada le he visto, y él hasta ahora me trata muy bien; pero en esto de modas me tiene á pan y naranja: en pocas me deja entrar, y eso tales han de ser ellas. Siempre me predica la santa economía, y apénas le hablo sobre esta ó la otra cosita que se usa y yo quiero, cuando me sale con que esta pobre, que no le alcanza el sueldo, que tenemos hijos, que aquellos gastos son superfluos, que mañá nos hará falta, y todas aquellas disculpas que saben ellos dar cuando no quieren aflojar la plata.

Bien hayas tú que has dado en el punto de la dificultad, decia la chata, la mezquindad y la miseria de muchos maridos,

es la que los hace tan considerados y virtuosos, y los convierte en predicadores y misioneros contra las modas, como al cuñado de Eufrosina, á quien acabamos de oir predicar con tanto fervor.

A mí no me hace fuerza que predique contra el lujo mi cuñado, decia Eufrosina; él es algo mezquinillo, y no tiene mayores proporciones. Lo que sí me incomoda demasiado es que todo viejo, gaste ó no gaste, convenga ó no convenga, ha de declamar contra todos los usos nuevos, sin advertir que lo que se usa no se excusa.

¡Ay, niña! ¿No sabes en qué está eso? decia la chata. Pues no está en otra cosa sino en que como ya pasó su tiempo, todo lo del nuestro les enfada. Menosprecian el mundo, no porque no les gusta, sino porque ya el mundo los abandonó á ellos.

No verás viejo que no haga del santurron, que no predique desengaños y reniegue de las modas y las modistas; pero, ya digo, esto es porque no pueden mas. Saben que no hay muchacha que los apetezca, y mas si son pelados; y así se desquitan hablando mal de lo mismo que quisieran. Arredro vayan los vejancones hipócritas, que ya bien los conozco. Se

parecen á la zorra, que no pudiendo alcanzar las uvas de un parral por diligencias que hizo, fingió una santa conformidad, y se marchó diciendo: *Al cabo estan verdes.*

¡Qué mala eres, chata de mis pecados, qué mala eres! decia Eufrosina: mira que juicio tan temerario has formado de los pobres viejos. Pero despues de todo, es necesario confesar que dices bien, porque yo he conocido unos viejecitos verdes y arriscados como los mozos, que delante de las gentes los he oido predicar contra las modas y abominar á las muchachas compuestas; y á solas los he visto mas enamorados que Cupido. Yo pudiera nombrar uno que otro que á mí misma me han echado mis polvillos de cuando en cuando con bastante empeño, y si los oyeras platicar de la virtud y contra las modas y las mugeres, dirias que era la mera verdad, porque hacen unos consejeros, que hasta ellos mismos lo creen.

Sí, sí lo creo, decia la chatilla, á mí me ha pasado lo mismo, y no de ahora, sino desde doncella. Tú conociste á mi madre (Dios la halla perdonado), y ya te acuerdas que era una señora verdaderamente virtuosa.... ¡Ojalá fuera yo como ella!

Pues, niña, iba á mi casa un maldito viejo de mis pecados, á quien mi madre queria mucho, y lo tenia por un santo, porque todas sus pláticas eran del infierno, de la eternidad, de la gracia y de la virtud. Desde que entraba á visita hasta que salia, todo se le iba en contarnos la vida de S. Alejo. Tenia la cabeza llena de oraciones, jaculatorias, ejemplos y milagros, y todo lo vaciaba á presencia de mi madre; y la buena señora estaba encantada con su D. Ciriaco, que así se llamaba el caballero.

Hablar delante de él de modas, ni por pienso. Todas, decia, que eran invenciones del diablo. No se podia decir en casa, cuando estaba él allí, que nos habian ido á convidar para un baile, aunque fuera á la casa mas honrada, porque al instante le ponía á mi madre tanta cabeza, diciéndole que esas eran unas ocasiones muy próximas para que las niñas doncellas perdiesen el recato y el pudor: que en los mejores bailes no faltaban jóvenes libertinos que inquietasen á las niñas: que rara bailadora se lograba: que la demasiada frecuencia á tales diversiones era causa de la deshonra de las casas, y de que se hablase mal de las niñas: que allí aprendian en una noche lo

que habian ignorado en su casa toda la vida: que las madres de familia que llevaban á sus hijas á los bailes, sabiendo lo que son y lo que sucede en ellos, no podian estar excusadas de pecado mortal, siquiera porque las exponian al peligro; y que el que ama el peligro, en él perece; y así que si no queria arder para siempre en los infiernos, que tomara su consejo y no me llevara.

Mi madre, que habia menester poco, porque era una santa, y si me llevaba alguna vez á un baile, era solo á ver bailar y sin despegarse de mí para nada, y eso porque no la tuvieran por desatenta; luego que oia al viejo condenado, resolvia no llevarme, y se disculpaba lo mejor que podia. Con esto me quedaba yo echando sapos y culebras contra el entremetido consejero, y muchas veces estuve por decirle á mi madre lo que pasaba; y si no lo hice fué porque temí que no me creyera, y me echara un buen regaño.

¿Pues qué te sucedió, niña? decia Camila; porque ciertamente que mirándolo despacio, el señor D. Ciriaco decia el Credo, y no podia ménos sino ser un hombre muy cristiano y muy arreglado.

No era sino un pícaro muy hipócrita, decia la chata: como mi madre estaba alucinada, y no solo lo tenia por hombre de bien, sino por un hombre ejemplar, le permitia la entrada franca en mi casa, y muchas veces me dejaba so'a con él en el estrado, cuando tenia que hacer en otra pieza; y entónces se descocia el perro viejo á su salvo.

Primero me empezó á enamorar con las majaderias del tiempo antiguo, dándome muchas perlas, diamantes y rubies.... ¡Hola! dijo Eufrosina: esas no son majaderias, sino un bello modo de enamorar. Si yo hubiera tenido un pretendiente tan rico, sin duda no me caso con Langaruto; porque, mi alma, dádivas quebrantan penas. Tú fuiste una tonta en no haberlo admitido mas que fuera mas viejo que la sarna.

No, no fui tonta en eso, sino muy hábil, respondió la chata tendiéndose de risa: pues ¿qué piensas que las perlas y los diamantes que me daba, eran engastados en oro ó plata en algunas halajitas? No, hermana, me las daba envueltas en papel.... Entiéndelo de una vez; me las daba en verso, y no solo eso, sino soles y estrellas á

millares. Ya verás y qué rica estaria yo con semejantes preseas; pero en fin, este fué su primer ensayo.

Yo lo desprecié como era justo; y viendo él que no me alucinaba con tonteras, apeló á los cariños y ternezas. Si tú lo vieras suspirar y llorar en mi presencia, hincarse delante de mí y querer besarme los piés como si fuera santa, levantarse de repente desesperado, jurar, votar, renegar, y darse de bofetadas, hubieras echado las tripas de risa; porque no hay rato mas divertido que ver á un viejo verde enamorado y despreciado delante de la muchacha que lo burla. Vaya, si estos viejos supieran el ridiculísimo papel que hacen en semejantes lances, y la mofa que hacemos de ellos, sin duda que no se meterian á enamorar.

Yo le decia á este abulo mil claridades; pero él las escuchaba como si fueran requiebros. Es gana, le dije muchas veces: V. se cansa, y pierde el tiempo. No quiero á V., no lo quiero. Yo soy muchacha, y si me caso, ó quiero á alguno, será algun muchacho como yo; no á un tata señor que me espante con su tos. Ya V. es muy viejo y muy baboso, ya tiene un pié

aquí y otro en la sepultura: piense V. en rezar, y en encomendarse á Dios, pues está V. mas para la otra vida que para esta. Váyase V. noramala, ya se lo he dicho.

Todas estas boberas y mas, le decia yo cada rato; pero no me valia: yo no he visto viejo mas sinvergüenza. El viendo que no podia conquistar mi corazon con sus versos y faramallas, se valió de otro arbitrio para seducirme; pero ¡qué arbitrio, niñal! el mas soez, desvergonzado é inicuo que se pudiera imaginar. Ya soy muger casada, y todavia me avergüenzo de acordarme. ¡Qué bien dicen, que los viejos libertinos y relajados son mas indignos que los mozos!

¡Pues cual fué ese arbitrio, niña, preguntó Eufrosina, que yo creo que seria terrible, pues te pones colorada al acordarte? Con razon, contestó la chata: si era de los mas atrevidos. Pues vean ustedes que no pudiendo conseguir nada de mí, como he dicho, trató de provocarme contándome los cuentos mas obscenos que se pueden imaginar, leyéndome unos versos dictados por el mismo Asmodeo, y propasándose á hacer en mi presencia algu-

nas acciones tan feas, que yo no quiero ni acordarme.

¡Ay, niña! dijo Rosaura: esa era una grandísima picardía. Yo creo que eso lo hacia cuando estabas sola con él; pero ¿por qué no lo dejabas con la palabra en la boca, y te ibas adonde estaba tu madre? —Porque mi madre me hubiera regañado, diciéndome que no fuera malcriada, ni dejara sola la visita. —¿Pero por qué no le decias lo que pasaba? —Porque no lo hubiera creído. —¿Y por qué no le decias que te espicara, y escuchara al viejo cuando te quedabas sola con él? —Porque el viejo era muy malicioso, y solo me hablaba de esto cuando estaba bien seguro de que mi madre estaba en parte desde donde no lo podía escuchar. —Pero yo, en ese caso, hubiera procurado tener alguna compañía á mi lado. —Cuando podia, lo hacia así; pero no siempre habia esa proporcion, porque mi familia era muy corta. No se causen, niñas: el viejo era muy malicioso, y mi madre muy cándida. Ahora conozco que es verdad que no conviene que las madres sean tan buenas, esto es, tan sencillas y confiadas, porque cualquiera las engaña.

Bien que, por otra parte, yo no culpo á la pobrecita de mi madre: porque ¿quién no se hubiera engañado con la hipocresía del santurron maldito? La inocente señora, que en paz descanse y mis palabras no le ofendan, solia decirme algunas veces: Hija, ¿qué bueno es el señor D. Ciriaco! toma sus consejos, mira que de estos hombres ya no hay muchos. Cuando yo lo veo sentado platicando contigo, me parece que estoy oyendo á tu difunto padre, y suelo decir entre mi: Ahora en mi casa está la virtud en el estrado. Así se explicaba mi madre.

Consideren ustedes cómo no estaria aturdida, ni cómo yo era capaz de haberla persuadido á que aquel viejo era mi constante y lascivo seductor, cuando muchas veces estaba él diciéndome cosas que por no oirlas hasta me tapaba las orejas; entraba mi madre á ese tiempo, y el perro viejo, al instante bajaba los ojos, mudaba de tono y enredaba la conversacion con ella de este modo: ¿No es verdad, señora, que le digo bien á esta niña, que no hay cosa como el pudor y la honestidad en las doncellas, porque así se hacen amables de todo el mundo, y par-

ticamente de Dios, que es á quien debamos agradar sobre todas las cosas? Pues, porque en todas partes está, y ve hasta nuestros mas escondidos pensamientos.

Otras veces decia: Le digo á esta niña que sea muy recatada con los hombres, y muy devota de S. Luis Gonzaga, para que el santo le alcance la castidad, que es una virtud angelical. Yo le traeré una semanita del santo para que la rece y se le encomiende muy deveras. ¡Ojalá yo viera á mi Vicentita (á mí) de monja! Pero Dios hará lo que convenga.

Así engañaba este malvado á mi madre; y en fuerza de este engaño, ¿qué efecto habia de haber hecho en su corazon ningun aviso mió? El que hizo al fin, y fué el caso, que un dia de los que él sabia aprovechar sacó un papel y me empezó á leer unos versos endemoniados de puercos. No me pude contener, y le dije: Viejo maldito, hipocriton, deshonesto, ó se calla V. la boca, ó le voy á avisar á mi mamá de todo lo que me pasa con V. Esta amenaza que debia haberlo enfrenado, lo desesperó, ó quién sabe qué le sucedió, pues levantándose de su asiento, se acercó á mi, y cogiéndome la cara, me iba á dar un beso;

Pero no fué él tan pronto en intentar su llaneza, cuanto yo en plantarle una buena bofetada.

¡Qué bien hiciste! dijo Eufrosina. Cuando una muger no da margen á que le pierdan el respeto, y tiene guardadas las espaldas contra una villanía, en la mano tiene el freno para contener á semejantes brutos desbocados! ¡Y en que pató este lance?

¡En qué habia de parar? en tragedia. El viejo condenado se volvió un veneno con mi cariño, y enfurecido comenzó á levantar la voz y á maltratarme, llamándome mocosa, atrevida, insolente y qué sé yo, al tiempo que mi mamá entró á la sala y lo halló temblando y con el papel en la mano. ¡Qué es eso, D. Ciriaco? le dijo, ¿qué ha sucedido? ¿Qué ha de suceder, señora, dijo el viejo, qué ha de suceder, lo que le tengo á V. dicho muchas veces. ¡No se lo he dicho á V., no se lo he dicho, que á las muchachas de estos tiempos es menester tenerlas en un puño porque son la deshonor de las madres? Pues eso es lo que ha sucedido. Mire V. qué papel tan escandaloso le he hallado á su niña en la almohadilla. Si teniendo V. tanto cuida-

do con ella, admite esos paneles, que no los admitiera la ramera mas pública de Méjico, ¿qué fuera si V. se descuidara con ella? Siento decirlo; pero ya me parece que á la hora de esta su niña de V. perdió todo lo que tenia que perder. En fin, lea V. el papel y haga lo que quiera, que es su madre, y quien ha de dar cuenta á Dios de ella. Diciendo esto, dió el papel á mi madre, y se marchó para la calle.

Mi mamá tomó el papel, y mientras se puso los anteojos para leerlos, pensaba yo en huir ó disculparme; pero á nada me resolví; y así me quedé como una estatua, temblando mas de cólera que de susto.

Apénas leyó el primer verso, cuando escandalizada y llena de enojo, rompió el papel, me afianzó de los cabellos, me tiró al suelo, y me dió tal tarea de golpes y patadas, que si las criadas no me defienden, me mata allí mismo sin remedio.

Ya yo libre de sus manos, me disculpé como era natural, y le conté cuanto me habia pasado con el viejo. Esto, lejos de serenarla, la irritó de tal modo, que si he estado sola, me vuelve á dar otra tanda de bofetadas. ¿Eso mas? me decia; ¿eso mas, grandísima puerca! tambien eres ha-

bladora y deslenguada? ¿no te basta ser una cuzca disoluta, sino que quieres echar la culpa de tus liviandades y picardias á un hombre tan virtuoso y tan honrado? ¿qué dieras grandísima, perra, por parecerte á la suela de un zapato viejo del señor D. Ciriaco? Pero anda, hija vil y deshonesto, que no me has de volver á poner á otra vergüenza. Has de acabar tus dias en San Lucas (*) ó en la Casa de Pobres.

Consideren ustedes cómo me quedaria yo en este lance, viéndome golpeada y aborrecida de mi madre, y al mismo tiempo con mi honor en opiniones entre las criadas, pues mi madre en lo mas vivo de su cólera se produjo indiscretamente con peores expresiones que las que he dicho.

Yo temia que cumpliera su palabra, porque era muy resuelta, y que de la noche á la mañana me pusiera en unas recogidas; pero ya no sentia yo tanto tan injusto castigo, sino que se quedara riendo el maldito viejo.

¿Y se quedó? preguntó Camila. ¿Cuánto se habia de quedar? dijo la chata. Yo me vengué de un modo muy bonito, y fué es-

(*) Casa de correccion de mugeres. *

te. Andaba en solicitud mia el que ahora es mi marido: á quien yo, la verdad, no queria mucho; pero ¡lo que es el deseo de una venganza! No tenia otro hombre de quien valerme para conseguirla, y así me decidí á casarme con él, con tal de que me vengara pronto.

Apénas mi madre se descuidó tantito conmigo, cuando le mandé razon de cuanto habia pasado, asegurándole ser suya si tomaba una satisfaccion por mí, y se daba traza de que mi honor quedase en su lugar; pero que todo habia de ser muy breve.

No se lo dijo la criada á ningun sordo, porque en la misma noche quedó hecha toda la diligencia á mi satisfaccion. Mi novio solicitó un amigo de su confianza, y entre los dos sorprendieron al viejo en la calle de los Mesones, lo metieron en un coche que para el efecto previnieron, y se lo llevaron al Egido. Allí en aquel campo desierto lo sacaron, lo amarraron á una de las ruedas del mismo coche, le quitaron los calzones, y con la cuarta del cocheró dieron una vuelta tan desahorada, que por poco lo matan. A lo ménos mas de veinte dias estuvo en cama.

No paró en esto. Luego que se acabó

el cruel miserere, lo subieron al coche, encendieron un cerillo, sacó mi novio un pedazo de papel y un tintero, y poniéndole una pistola á los pechos, le juró matarlo allí mismo si no ponía una carta á mi madre restituyéndome mi crédito, contando el pasage como fué, y pidiendo perdon de la calumnia que me habia levantado.

El triste viejo que se vió entre aquellos sayones, que tales le parecerian, sin el menor recurso y bien azotado, creyó de buena fe que cumplirian su palabra si no obedecia en el instante; y así, quiso que no quiso, puso el papel como se lo dictaron, y lo firmó como era regular.

Hecha esta diligencia, le intimaron que cuidado como volvia ni á pasar por mi calle, porque lo habian de hacer tasajos. El infeliz viejo juró y rejuró que ni se volveria á acordar de mí. Con esto, lo llevaron hasta cerca de su casa, adonde el pobre llegaria casi arrastrándose. Ya yo no volvi á saber de él.

Pues niña, ¿qué no volvió á tu casa cuando sanó? dijo Eufrosina; porque era regular que él se quisiera vengar de tu venganza. Pues ya no le quedaron esas garas, decia la chata. Lo cierto es que al otro

dia, cuando mi madre me dijo que me vistiera para llevarme ante el corregidor, ya tenia yo la carta en mi mano, y con esta satisfaccion le dije: Mamá, voy á vestirme, pero no para ir á ver á ese señor, sino para que nos váyamos á misa como siempre. Irá V. adonde yo la llevare, me dijo mi madre muy enojada. Pero yo le dije muy humilde: Sí señora; mas ántes será bueno que lea V. esa carta que le envia el señor D. Ciriaco, á quien no sé como pagarle los favores que le debo.

MI MADRE me echó una mirada muy seria: tomó el papel y se puso los anteojos. Hemos de estar en que su merced conocia muy bien la letra y firma del viejo, como que habia sido su apoderado en cierto negocio; mas con todo eso le cogió tan de sorpresa este papel, que lo leyó mas de cuatro veces: no queria creer á sus ojos. Sacó otras firmas de él, las confrontó, y asegurándose en que la última era de la misma mano, no pudo ménos que llenarse de gusto y de ternura al ver que yo no era como habia dicho D. Ciriaco; y así echándome sus brazos, comenzó á pedirme perdon, y las dos á llorar á un mismo tiempo.

Así que nos serenamos, me preguntó que cómo habia llegado aquel papel á mi poder; y entónces yo le referí sencillamente lo que habia pasado, quién lo habia hecho, por qué interes, y la palabra que yo tenia empeñada, y que cumpliria con su licencia.

MI MADRE me prometió que como el sujeto fuera á mi igual, no habria embarazo, ya porqué con aquella accion habia manifestado que me amaba, y ya porque ella no queria verme expuesta á semejantes lances; pero miéntras, me decia su merced, tendré yo muy buen cuidado de no dejarte sola ni con un anacoreta del desierto, al fin será hombre, y no hay que fiar de nadie en esta materia miéntras vivamos en el mundo. ¡Quién habia de pensar que D. Ciriaco era un hipócrita? ¡Ah! qué bien dicen, que entre santa y santo pared de cal y canto. En fin, mi madre quedó satisfecha, yo contenta, y mi novio mas, porque ya me comenzó á visitar, confrontó con mi madre, se trató de nuestro casamiento, y se verificó muy pronto y muy á gusto.

Bastante es el que nos has dado con la graciosa aventura de tu viejo, dijo Eufro-

sina; y me acuerdo que la contaste para hacernos ver que cuando declaman contra las modas, contra los bailes y contra las mugeres compuestas, no es por virtud, sino de corage de que ellos ya no pueden gozar de estas cosas. Ya se vé, que tú no dirás esto tan en general.

No, ni lo permita Dios, decia la chata; ¿cómo habia yo de ser tan temeraria! Uno es uno, y otro es otro. Una cosa es la chanza, y otra es las veras. ¿Cómo hemos de dejar de conocer y confesar que hay muchos señores mayores muy honrados, y verdaderamente virtuosos, así como hay jóvenes lo mismo, que hablan contra los vicios ó por obligacion, como los padres de familia y los predicadores, ó por caridad y en clase de consejo como ahora el señor cura y tu cuñado? De todo hay, y yo solo hablo de los viejos verdes, hipócritas y mezquinos que quieren hacer de la necesidad virtud, que con los buenos no me meto ni quiero oírlos, porque no me acomoda que me asusten. Yo conozco que dicen bien; pero soy muchacha, y me gusta la moda, los bailes, el coliseo, los toros, la Orilla, la Alameda, y todo cuanto hay, y tengo dinero, y no

me he de enterrar en vida, sino que he de pasear, y me he de divertir bien y á mi gusto, que para eso me casé, y no me quise meter á capuchina.

Bien hayas tú, niña, decia Eufrosina; bien hayas tú que eres de mi modo de pensar. Nos divertiremos ahora que somos muchachas y tenemos con qué, que mañana seremos viejas y tal vez pobres, y no habrá ni quien nos dé la mano si nos caemos. Así se lo suelo decir á mi cuñado; pero no es menester mas para que comience á predicar.

Luego me dice: Sí, todo se puede hacer, pero con orden, sin escándalo, sin profanidad, sin desperdicio; porque ese dinero que se gasta tan superfluamente en modas y bureos, al fin hace falta á la familia. Llegará tiempo en que muchos hijos desearán para carneros lo que sus padres han tirado en toros. . . . De que mi hermano se suelta por este tono, no hay quien lo pueda sufrir, y yo lo que hago es dejarlo y no hacerle caso.

Y eso es lo que debemos hacer, decia la chata, porque los hombres son fatales y amigos siempre de llevar la suya adelante, y así lo mejor es no hacerles caso.

Mi marido es un Juan Lanas que no me mortifica demasiado; sin embargo, por no dejar de tener alguna falta, ha dado en que sus hijos han de ser muy bien criados, y sobre esto cada rato hay en casa campaña, porque él quiere criarlos de un modo, y yo de otro.

Yo dejo que los muchachos corran, griten, traveseen, que coman cuanto hay y á los horas que quieran; y él siempre anda riñendo porque ya uno se rompió la cabeza, porque el otro está empachado, porque aquel es soberbio, porque este es vengativo; y así por todo.

Yo luego le digo: Déjalos, hombre, que hagan lo que quieran; estan en su edad, y es fuerza dar tiempo al tiempo: no pueden ellos comenzar por donde nosotros acabamos, son muchachos, &c.; pero nada me vale: al señor no le entran puntas. Mira tú, que si alguna cosa me desespera, es oír llorar á un muchacho. ¡Caramba! que por no verlos abrir el huacal, era yo capaz de darles mi camisa. y por esto me sucedió el otro dia una mano bien pesada.

No sé como diantres vió Luisillo la repetición de su padre, que se le olvidó so-

bre la mesa. Inmediatamente comenzó á llorar por el tintín: á los principios se lo escondí; pero tanto lloró y tanto me molió, que por fin se lo dí, creyendo que no le habia de hacer nada; pero no fué así. porque en un descuido se le cayó de la manita, y se le hizo pedazos.

Consideren ustedes qué habria en casa luego que vino el señor y supo la avería de su relox, que estimaba sobre las niñas de sus ojos; y tenia razon, porque en efecto era bueno, de música y con mil curiosidades. Un veneno se volvió el hombre contra mí. Esa es mucha indolencia, me decia, y mucho consentimiento. Así se educan los muchachos licenciosos, soberbios y malcriados, enseñándose á salirse con cuanto quieren, sea justo ó injusto. ¿Qué respeto te han de tener tus hijos cuando crezcan, si desde muchachos los enseñas á que tú has de hacer lo que ellos quieran y no lo que tú les mandas? Ahora dices que son chiquitos y no saben lo que hacen; pero lo cierto es, que los muchachos saben mas de lo que tú piensas. Conocen muy bien que con llorar han de conseguir lo que quieren: estan acostumbrados á que por no oírlos les den gusto, y

por eso lloran y mas lloran hasta que lo consiguen.

Semejante modo de consentir y malcriar á los muchachos, mas que amor es tiranía, pues así se hacen soberbios, orgullosos, descontentos, ambiciosos y poco sufridos, con cuyas bellas cualidades no es mucho que sean infelices mientras viven.

La semilla de los hombres pícaros y de las mugeres sin honor, no son sino los muchachos y muchachas malcriados. Consiente á Luis como hasta aquí, que él te dará el pago cuando crezca. Si ahora me rompió el relox, de grande te romperá la cabeza. Aun no tiene malicia, y ya tiene caprichos. Ya te acuerdas del mal rato que te dió el otro dia por los imposibles; conque sigue, sigue malcriándolo, que tú lo llorarás.

Tal fué el sermón que me echó mi buen marido, que los echa largos como el cuñado de Eufrosina, y me fué preciso aguantárselo hasta la bendición, porque estaba el hombre muy enojado por su relox.

Y se enojó con justicia á mi entender, dijo Camila. ¿Qué fué eso de los imposibles?—Cosas de los muchachos, contestó la chata. Mira tú que el otro dia empezó

Luis á llorar porque queria jugar con mi hilo de perlas; y tanto me molió, que hasta que se lo dí, y al dárselo le dije: Toma, que un dia eres tú capaz de querer imposibles. ¿Quién se volvió á acordar de semejante expresion? Pues cádate ahí, que cuando ménos pensé comenzó á llorar otra vez con mas fuerza, y á pedir los tales imposibles. Le dábamos dulces, bizcochos, fruta y cuantas golosinas habia en casa ó pasaban por la calle; pero no habia modo de callarlo, porque como todo lo conoce, no se la podian pegar. Este es dulce, decia, estas son rosquitas, estas son peras; yo quiero imposibles, yo quiero imposibles, denme imposibles. Ya me desesperaba yo, no sabiendo cómo contentar ó qué darle al maldito muchacho para que se callara, hasta que la costurera advirtió darle una cosa que no hubiera comido, y en el aire nos acordamos de esos frijoles gordos que llaman ayacotes, los que él no habia visto en su vida.

Al instante fué una criada á buscarlos á los bodegones, y no paró hasta que los encontró y los trajo. Los peló en el momento, y se los dimos secos y con sal. Como él no los conocia, y le ponderamos que ha-

bia costado mucho trabajo hallarlos, creyó que así era, y pasaron los frijoles por imposibles. Todos los dias se acuerda su padre de este chiste, y me da con esto en la cara.

En verdad que estuvo bien gracioso, y tú te verias harto apurada, dijo Eufrosina. Continuaron aquellas señoras hablando de sus maridos y de sus hijos largamente, hasta que tocaron en el punto de las modas, y comenzaron á disputar sobre cómo sería mejor un túnico de iglesia, si morado ó negro, si con mangotes de punto ó con guantes; y así sobre otras cosas de estas, que no me divertian ni una migaja.

Entónces me levanté con disimulo y me fuí á mi vivienda, donde se continuó por el coronel la última conversacion de la chata, pero con el juicio y solidez que acostumbraba.

CAPITULO IV.

Que trata de la primera educacion de los niños, y de otras cosas que no disgustarán al lector.

Como me dilaté en la vivienda de Eufrosina, me extrañó el coronel y pre-

guntó el motivo. Le contesté que habia estado divertido oyendo platicar á la señora D.^a Eufrosina y sus visitas. Esto excitó su curiosidad, y quiso saber las materias que se trataron en la conversacion, y yo lo satisfice contándole lo que no lo podía agraviar, como fué lo de los imposibles de Luisillo.

Reian grandemente los señores con este cuento, especialmente Matilde, que apenas lo queria creer, hasta que su marido le dijo: No te haga fuerza, hija mia, la tal impertinencia de ese niño, porque todos los consentidos son lo mismo. El Abate Blanchard trae otro caso igual. Tenia una señora un niño de estos enseñado á que le habian de dar cuanto queria. Los criados estaban impuestos á obedecer su gusto, porque el niño no habia de llorar sin que se le complaciese. Engreido con esta costumbre, un dia comenzó á llorar y mas llorar, con tal tenacidad, que lo oyó su madre, y llena de cólera reconvino al criado que lo cuidaba, diciéndole que por qué no le daba al niño lo que queria? El criado respondió: Señora, es imposible que yo le dé lo que quiere, pues me pide que le baje la luna y la ponga en un vaso

bia costado mucho trabajo hallarlos, creyó que así era, y pasaron los frijoles por imposibles. Todos los dias se acuerda su padre de este chiste, y me da con esto en la cara.

En verdad que estuvo bien gracioso, y tú te verias harto apurada, dijo Eufrosina. Continuaron aquellas señoras hablando de sus maridos y de sus hijos largamente, hasta que tocaron en el punto de las modas, y comenzaron á disputar sobre cómo sería mejor un túnico de iglesia, si morado ó negro, si con mangotes de punto ó con guantes; y así sobre otras cosas de estas, que no me divertian ni una migaja.

Entónces me levanté con disimulo y me fuí á mi vivienda, donde se continuó por el coronel la última conversacion de la chata, pero con el juicio y solidez que acostumbraba.

CAPITULO IV.

Que trata de la primera educacion de los niños, y de otras cosas que no disgustarán al lector.

Como me dilaté en la vivienda de Eufrosina, me extrañó el coronel y pre-

guntó el motivo. Le contesté que habia estado divertido oyendo platicar á la señora D.^a Eufrosina y sus visitas. Esto excitó su curiosidad, y quiso saber las materias que se trataron en la conversacion, y yo lo satisfice contándole lo que no lo podía agraviar, como fué lo de los imposibles de Luisillo.

Reian grandemente los señores con este cuento, especialmente Matilde, que apenas lo queria creer, hasta que su marido le dijo: No te haga fuerza, hija mia, la tal impertinencia de ese niño, porque todos los consentidos son lo mismo. El Abate Blanchard trae otro caso igual. Tenia una señora un niño de estos enseñado á que le habian de dar cuanto queria. Los criados estaban impuestos á obedecer su gusto, porque el niño no habia de llorar sin que se le complaciese. Engreido con esta costumbre, un dia comenzó á llorar y mas llorar, con tal tenacidad, que lo oyó su madre, y llena de cólera reconvino al criado que lo cuidaba, diciéndole que por qué no le daba al niño lo que queria? El criado respondió: Señora, es imposible que yo le dé lo que quiere, pues me pide que le baje la luna y la ponga en un vaso

de agua. Bien puede, pues, estar llorando hasta el fin del mundo, que yo no le bajaré la luna. La señora quedó convencida de la impertinencia de su hijo; pero el autor no dice si quedó corregida.

Ninguna cosa contribuye tanto á romper las costumbres de los niños, y á hacerlos orgullosos y malcriados, sino la indiscreta condescendencia de las madres. Conducidas por un amor excesivo y por un imprudente cariño, contemporizan con ellos en cuanto quieren. Por tal que el niño no llore, le dan todo lo que apetece, en el momento que insinúa su voluntad con las lágrimas. De aquí nace que se crían indóciles, orgullosos é impertinentes; pierden el respeto á sus padres y el amor á un mismo tiempo; y enseñados á hacerse obedecer con el llanto, no agradecen los mismos agasajos, creyendo que se les deben de justicia.

Como estamos convencidos, dice Blanchard, de que de los llantos de un hijo bien ó mal comprendidos, y bien ó mal dirigidos por la ternura de las madres, nace casi todo el arte de la primera educacion, añadiremos algunas reflexiones juiciosas que hace á este asunto *Mr. Rousseau* en su

Emilio, en donde entre tan gran número de errores perniciosos, se hallan verdades útiles. „Los primeros llantos de los niños, dice, son ruegos: si no se cuida de ellos, en breve llegan á ser órdenes; comienzan por hacerse asistir, y acaban haciéndose obedecer....”

„Los largos llantos de un niño que no está atado ni enfermo, y que no le falta nada, no son sino llantos de hábito y obstinacion: no son obra de la naturaleza, sino de la que los cria, que por no saber tolerar la importunidad, la multiplica, sin advertir que haciendo callar hoy al niño, lo excita á llorar mañana mucho mas. El único medio de curar ó precaver esta costumbre, es no hacer aprecio de sus llantos, pues nadie quiere tomarse un trabajo inútil, ni aun los niños. Lloran, porque conocen que llorando consiguen lo que quieren; pero si se tiene tanta constancia para negarles, como ellos porfian para pedir, fácilmente ceden, se disgustan de sus llantos, y no vuelven á llorar mas. De este modo se les ahorran las lágrimas, y se les acostumbra á no derramarlas, sino cuando el dolor les fuerza á ello....”

„No necesitan los niños para llorar to-
Tom. II.

do un dia, sino percibir que no se quiere que lloren. Lo peor es que la obstinacion que contraen, sigue por consecuencia en su mayor edad. La misma causa que los hace llorones á los tres años, los hace sediciosos á los doce, díscolos á los veinte, imperiosos á los treinta, é insoportables toda su vida."

Luego que un niño manifiesta las primeras señales de conocimiento (continúa el Abate citado) es necesario precaver en él toda obstinacion é indocilidad. La porfia es el defecto de la mayor parte de los niños; pero se puede decir que lo deben, casi siempre, á la primera educacion, pues se condesciende á todas sus fantasías. Lo que se les ha negado á sus ruegos, se les concede á su importunidad, á sus llantos y á sus violencias; y aun los dejan vengarse y dar golpes. „Yo he visto, dice el autor del *Emilio*, ayas y madres imprudentes animar la porfia de un niño, excitarlo á pegar, dejarse pegar ellas mismas, y reir de sus febles golpes, sin pensar que eran otros tantos homicidios en la intencion del niño furioso, y que aquel que quiere pegar siendo chico, querrá matar siendo grande."

Estas son, querida Matilde, unas verdades tan evidentes, que no necesitaríamos que nos las recordaran los autores, si atendiéramos con reflexion á la experiencia. No son los niños mas consentidos los menos llorones, lo contrario, son los mas impertinentes y enfadosos.

Yo convengo en que es muy tierno y natural el amor á nuestros hijos, que causa pena el verlos afligidos y llorando, y soy de parecer que se les debe dar gusto en cuanto sea inocente y razonable; pero no generalmente en todo, solo porque no lloren y por excusarles un ligero sentimiento. Aquí está todo el daño de la imprudencia. Es lo mismo que querer curar un mal pequeño con uno grave.

No es menester mucha penetracion para conocer los funestos resultados que trae á los hijos y á los padres la ciega condescendencia de estos, ni es tan difícil el poderla reprimir en los principios. Mientras los padres ó las madres amen á sus hijos como deben, les será fácil el desentenderse de sus llantos cuando venga, para hacerlos sumisos y obedientes.

Si un niño llorara por coger con su ma-

nita un alacran, seguro está que la madre mas indolente se lo diera, aunque llorara hasta no mas. ¿Y por qué? Porque conoceria que aquella sabandija era venenosa, y que podia picarlo y acarrearle la muerte, ó un gravísimo daño á su salud. ¿Pues por qué no tiene igual cuidado en no permitirles que logren sus caprichos como que son siempre nocivos y bastantes á envenenarles el espíritu, y á acarrearles unas enfermedades morales de su vida?

Por desgracia, ordinariamente los niños no se ven rodeados sino de un enjambre de mugeres ignorantes, que con muy buena intencion conspiran á hacerlos malcriados insufribles. Las madres, las nodrizas ó chichiguas, las ayas ó pilmanas, las maestras, las parientas, las amigas y hasta las criadas de las casas, ¿qué hacen sino pervertir el espíritu del niño desde los principios, fomentar sus caprichos, inspirarle errores, apoyar sus falsas ideas, defender sus extravagancias y adular sus inclinaciones á diestro y á siniestro?

La ira, la envidia, la venganza, la falsedad, el disimulo y otros defectos como estos, no se notaran tan temprano en las criaturas, si los que estan encargados de

su educacion y asistencia fueran como debian ser, gentes de probidad é instruccion que sofocaran las malas semillas del vicio en sus principios (*); pero sucede lo contrario. Quiere el niño alguna golosina, sea la que fuere á cualquiera hora, y aunque se conozca que le ha de hacer daño y que no tiene hambre, porque acaba de comer, se la dan porque no llore, y así lo enseñan á goloso: ve un juguete en poder de otro niño; lo pide y llora por él, hasta que se lo dan, y así le fomentan la envidia: se tropieza con el perro, se cae y llora, y al momento cogen al perro y se lo presentan para que lo golpee, y así le inspiran la venganza; llora otras veces por lo que se le antoja, y para callarlo le dicen: No, mi alma, no llores: los niños lindos como tú, no lloran: eso se queda para esos muchachos feos como el hijo de la cocinera; y este es un modo muy propio

(*) Todos los hombres nacemos con pasiones, y estas son las semillas del vicio por la prevaricacion del primer padre; pero con el auxilio de la razon, estas mismas pasiones pueden ser semillas de virtudes. El enseñar á los niños á sujetar sus pasiones á la razon, sería el grande arte de acostumbrarlos á sofocar la semilla del vicio y sus principios.

inspirarles soberbia y vanidad, haciéndoles formar un alto concepto de sí mismos, y enseñándoles á abatir y despreciar al infeliz. Si con esta y otras diligencias semejantes, aun no se calla, le hacen un ruido extraño, ó le señalan un cuarto obscuro, diciéndole que por allí ha de salir el viejo, el coco ó la bruja, que se lo ha de comer, y con tan terrible amenaza se logra que no lllore; pero de paso se hace pusilánime, y se dispone su fantasía para admitir en la mayor edad las mas crasas supersticiones. Si quiebra un vaso ó hace otra travesura y lo regañan, no falta quien lo defienda, diciendo que no fué el niño sino el gato, y así aprende á mentir y á disculparse á toda costa.

¿Pero para qué he de insistir en probar con ejemplares una verdad que se nos entra por los ojos? Ello es cierto que hay personas que si estudiaran por principios el arte de malear á los muchachos, no lo habian de hacer con tanta gracia como lo hacen sin ningunos estudios, sino por una mera aficion al niño.

Lo peor es, que mil veces los hijos se educan mal contra las sanas intenciones de sus padres; ya porque no pueden

encargarse de observarlos todo el dia, ó porque las madres son abandonadas y opuestas á su modo de pensar, y entónces tienen los padres que ceder conociendo el perjuicio, por no chocarse, y acaso perder la paz del matrimonio. ¡Felices los casados cuyas voluntades van acordes en un asunto de tanta gravedad; pero mas felices los hijos á quienes cupo en suerte tener tales padres!

Así hablaba el coronel, cuando interrumpió su conversacion una visita. Esta fué la madre de la niña Gertrudis ó Tultitas, como le decian, aquella ahijada del coronel á quien confió el cuidado de Pudenciana siendo muy tierna. Tenia ya Tultitas como diez y seis ó diez y siete años, y era no solo bonita, sino muy hacendosa, humilde y grangeadora. Su madre.... parece que la estoy mirando, era una señora como de cincuenta años, blanca, entrecana, de ojos azules, de una nariz muy afilada, de un cuerpo muy bien proporcionado; y aunque con muchas arrugas y pocos dientes, se conocia que no seria despreciable en sus quince.

Su traje era un túnico azul de indiana con olancito blanco, un rebozo de Sulte-

pec y un pañuelo con que se abrigaba la cabeza. Luego que entró y pasaron las acostumbradas saluciones, se sentó, y dirigiendo la palabra al coronel, le dijo: ¡Qué habrá V. dicho, compadrito, que cuanto ha que no parezco por acá? Pero ya ve V. los trabajos de una pobre muger sola, que le aseguro á V. que no tengo lugar ni de rascarme la cabeza. Todo el dia se me va en hacer la diligencia; y con todo, sabe Dios los trabajos que he pasado; pero ya su Magestad ha querido abrimme camino, y eso es lo que vengo á noticiarle á V. y á mi comadrita, que sé que se han de alegrar de mi bien.

Es verdad que sí, dijo el coronel: no sabe V. cuanto me agrada esa noticia; segun mis cortas facultades siempre he procurado contribuir á sus alivios, lo que manifiesta que me ha debido bastante estimacion. Pero cuénteme V. despacio esa su buena fortuna, á ver si puede participar de ella nuestra Tulitas.

¡Ay! y cómo que sí ha de participar la pobre muchacha, decia la madre. Pues vea V. compadrito, que un señor que se llama D. Gervasio, es muy caritativo, Dios se lo pague: ha dado en visitarme de po-

cos dias á esta parte; y como me ha visto tan sola en mi cuartito y tan pobre, me ha tenido lástima, y me ha preguntado que si no tengo nada seguro, que de qué me mantengo, y otras cosas; y cuando le he dicho que no tengo sino tal cual costura y la caridad que V. me suele hacer, se ha compadecido mucho de mí; pero desde el otro dia que le dije que tenia una niña acá, se compadeció mucho, y me dijo: ¡Valgame Dios! ¡qué lastimas, qué miserias se ven en este Méjico! ¡Estar una madre separada de su hija, y una pobre niña arrimada en casa agena y fuera del abrigo de su madre! ¡Jesus, qué cosas! Pero V. señora, me decia, ¿por qué tiene á esa niña léjos de su lado? ¿No sabe V. que al ojo del amo engorda el caballo, y al lado de la madre se hacen felices las hijas? Vaya, que V. no debe de querer á esa pobre criatura.

Sí la quiero, señor, le decia yo: de fuerza la he de querer, si es mi hija, no nació de las yerbas: sabe Dios lo que lloro cuando me acuerdo de ella sin embargo de que está como en su casa. Entónces me preguntó que donde estaba y cómo se llamaba. Le dije que acá con su padrino, que

ella se llamaba Tulitas, y le di sus señas. El señor se alegró mucho al oirme; y me dijo que ya la conocia, que era de mucho mérito, y era una lástima que careciera de su madre; que si la única causa de esta separacion era la pobreza, que no tuviera yo cuidado, pues él era rico y solo, y no tenia en que gastar su dinero sino en hacer obras de caridad: que sacara yo á mi niña para que me acompañara; que contara todos los dias con dos pesos diarios; que buscara una casita de diez ó doce pesos, y una moza para que nos sirviera. Por lo que hace á la ropa, que él tendrá buen cuidado de que no nos falte nada; y para que yo no pensara que estos eran ofrecimientos de boca, me dejaba dos onzas de oro para que buscara yo la casa, y que en cuanto la hallara le avisara para que comprara los trastos que me faltaran.

Ya ve V., compadre, que de estas fortunas no se hallan todos los dias, y quizá Dios le ha tocado el corazon á este caballero para que nos remedie; y así vengo á darle á V. los agradecimientos por el tiempo que ha tenido á Tulitas en su casa, y á llevármela para que me acompañe, porque ya tengo yo tomada la casa, y está en

ella la moza, que el mismo señor me la buscó. Tiene mil gracias: ayer me llevó dos camas muy buenas y un baulito con dos piezas de bretaña, diez varas de indianilla fina, cuatro pares de medias, dos tápalos, uno de seda y otro de trafalgar, y otras muchas cositas que solo me enseñó, y cerró y se llevó la llave; porque dice que hasta que Tulitas esté en casa me la dará, y le regalará á ella una cajita de halajas que era de su muger y no tiene á quien dársela; y así, compadre, yo vengo por Tulitas, porque esta ocasion no es de perder.

Oyó el coronel todo el razonamiento de la vieja, y luego que acabó le dijo: En verdad, comadre, que ese caballero es demasiado bueno. ¿Conque conoce á Tulitas, la ha visto en el balcon, y dice que tiene mucho mérito, y despues de esto quiere hacerle á V. bien y buena obra? ¡Válgate Dios por caridades! Si V. fuera sola, ó si la hija que tiene fuera fea, yo le apostara mis orejas á que no encontraba un caritativo semejante; pero es cosa muy comun favorecer á las bonitas con exceso, cuando las feas no hallan ni quien les dé los buenos dias.

No sea V. cándida, comadre; esa no es

caridad, es un anzuelo, una red que se tiende para que caiga el inocente pez. Quién sabe si yo juzgaré con temeridad. No conozco al tal señor, acaso será un hombre muy virtuoso, y su corazón estará limpio de malicia. Dígale V. que les haga la caridad que quiera á las dos, pero á V. en su casa y á la muchacha en un convento; y en haciéndolo así, jure V. que es un hombre de bien, y que hace perfectas caridades.

Ya se lo he dicho así, compadre; mas á eso me dice que él no es tonto para tirar su dinero en esas casas; que los conventos y colegios no sirven sino para criar flojas y holgazanas, pues no se entran en ellos las muchachas sino por necesidad y por moda, para que les digan niñas de convento: que allí lo que aprenden son muchas monerías y ridiculeces! que salen mas hipócritas que cristianas, pues acompañándose con muchas viejas supersticiosas, sirvientas necias y niñas forzadas ó que estan allí á fuerza, y que tienen bastante malicia para enseñar sus malas mañas, las aprenden fácilmente sus amigas, y pierden en los conventos la sencillez que conservan en sus casas al lado de sus madres; y por último, dice el señor que es

boberia meter en colegio ó convento á una niña que no tenga vocacion de ser monja, sino que piensa en casarse, pues en una clausura con dificultad se proporcionan novios; y que supuesto que mi hija no ha de ser monja, porque ó no tienen vocacion, ó no tiene dote, que mejor es que se quede en la calle conmigo, pues así se consigue que me asista y acompañe, y que tal vez mañana ú otro dia se case con ventaja; lo que no sucederá si la metemos en conventos, porque santo que no es visto, no es adorado.

Todo esto me dice el señor, y ya ve V., compadre, que dice muy bien; porque yo he visto mucho de lo que me ha dicho, y tengo muchísima experiencia, como que de muchacha estuve en convento, y allí supe muchas cosas, y aprendí mil tonteras y malas mañas; porque lo que era bueno y lícito, lo tenía por pecado, y escrupulizaba de ello; y así se enfadaba el confesor conmigo cuando le decia: Acúsome padre que dije delante de los hombres en reja, que me dohan las piernas, que tenía un tumor en una naga, ó una roncha en el ombligo, que son partes del cuerpo que yo llamaba con unos nombres que aun en los fandangos

hacen reir. Mi confesor, como dije, se incomodaba de esto, y me regañaba muy seguido. Me acuerdo que un día, víspera por cierto de la Ascension, me dijo: Ya le he dicho. . . . Porque mi confesor era muy santo y muy seriote. A nadie hablaba de tú ni platicaba, sino por mucha fuerza, fuera del confesonario, ni recibia ningun regalito de sus hijas, ni queria á unas mas que otras, ni admitia papelitos, ni escribia ningunos, ni servia de empeño, ni hablaba en el confesonario sino de asuntos de conciencia, ni aprobaba virtudes, ni creia revelaciones, éxtasis ni arrobamientos, (*) ni. . . . Déjese V. de tantos nis, comadre, decía el coronel, que yo no quiero saber la vida de su confesor; aunque por lo que me ha dicho conozco que era un buen ministro de Dios; pero eso no viene al caso. Diga V. qué fué lo que le dijo la víspera de la Ascension, y acabe su cuento ántes que se me olvide lo que yo le he de constatar.

(*) La vieja no supo explicarse. El padre quiso decir, que no creia las visiones del sueño histórico, vanidad é hipocresia con que quieren engañar al confesor; pero sí creia los efectos verdaderos y singulares de la gracia divina.

Pues, compadre, decia la vieja, lo que me dijo mi padrecito. . . . ni así queria que le dijéramos sus hijas, sino mi confesor ó mi director. Vea V. qué tal era de serio; pero en fin, me dijo: Era menester un diccionario particular para confesar á las necias de conventos como tú, ó una singular inteligencia para comprender sus fraudes y gazmoñerías. Ya te he dicho que te confieses en castellano y no en esa gerigonza que no entiendo, sino á costa de mil preguntas. Tambien te he dicho que te confieses sin rodeos, y sin buscar frases con que ocultar ó disimular tus faltas, porque este modo de confesarse es efecto de una muy refinada soberbia y tontería, pues crees que Dios, cuyo lugar ocupo, se engañará con el artificio con que tratas de disminuir tu culpa y te perdonará mas fácilmente, ó á lo ménos me quieres engañar para estar bien conceptuada conmigo; lo que es una simpleza, pues el concepto que yo debo formar de tí, y el que tú debes querer que forme, es el que convenga á tu salud espiritual, y no á fomentar tu vanidad ni tu ignorancia.

¿Qué te importa engañar al confesor, ni

que este te tenga por una santa, si el que registra los rincones del corazon sabe que no eres virtuosa, como aparentas, sino una soberbia que vienes á la sagrada piscina de la penitencia, no á purificarte de tus culpas con corazon contrito y humillado, sino á revolcarte en tu mismo cieno, y á salir del baño saludable mas manchada de lo que entraste.

Te he dicho que la verdadera virtud no está reñida con la sinceridad: que los escrúpulos son perjudicialísimos para adelantar en el camino de la perfeccion: que hay escrúpulos de almas timoratas, y escrúpulos de hipócritas, como los tuyos. Te vienes á confesar de que le diste un palo al gato de tu nana (*), y no te confiesas de que se lo diste por vengarte de ella, ni de que te quisiste vengar porque te regañó porque la desobedeciste yéndote al patio á platicar con esa moza que te ha enseñado tantas cosas que nunca debias saber, y porque te ha evitado esa compañía que ha sido tan perjudicial á tu conciencia.

Cuánto trabajo me ha costado sacarte

(*) Ya se dijo quienes se llaman nanas en los conventos.

todas estas cosas, y hacerte confesar las culpas mortales que tú querias ocultar ó con malicia ó con ignorancia culpable, pues tú seguramente no querias confesar otra cosa sino que le diste un palo al gato, lo cual no puede ser culpa grave. Ya verá V. qué tal seria mi confesor.

Era muy bueno, dijo el coronel; pero no sé si me admire mas de la candidez de V. en confesar sus pecados ó de la memoria que conserva de la reprehension de su director, pues la sabe como una relacion; porque ese estilo se echa de ver que no es el de V. sino el de su confesor.

Pero, despues de todo, es necesario que V. advierta que ese señor no dice bien en todo lo que le ha dicho. Es verdad que en los conventos ó colegios de mugeres hay defectos que seria de desear se corrigiesen. Mas en qué parte no los hay en esta vida mortal y miserable? Es tambien verdad que algunas se entran en los conventos, ó por deseo, ó por antojo, ó por necesidad ó por fuerza, y no son estas se- gura-mento las que cumplen mejor con sus obligaciones; pero no es ménos cierto que tales casas no se fundaron para ser hospicios de disipadas, frívolas y holgas-

zanas, sino para ser los planteles de la virtud, y los asilos de la inocencia, como efectivamente lo son. Los confesonarios son crisoles donde esta se prueba, y los púlpitos teatros en que se publica y se panegiriza cada dia. Y si no hubiera sido por los conventos, colegios y casas de enseñanza y clausura, establecidas para defender la virtud y honestidad de muchas, ¿cuántas á esta hora hubieran sido tristes víctimas sacrificadas á su indigencia y al libertinage de una tropa de infames seductores?

La utilidad de semejantes piadosas fundaciones es innegable, por mas que en ellas entren algunas persona díscolas, y no falten defectos que seria muy del caso corregir.

Llamo defectos á muchas preocupaciones que no dejarán de parecer ridículas á los sensatos, por mas que sus patronos las quieran vestir con el traje de la virtud.

Una de ellas es que las niñas que entren en este ó en aquel convento ó colegio, no usen túnico ni tápalo, ni el pelo abierto y caído sobre la frente, como lo usan todas las jóvenes decentes en sus casas, por mas honestas y virtuosas que sean; y aqui te-

nemos una preocupacion no solo extravagante, sino que puede ser perjudicial en algun caso.

Nada difícil es probar lo ridiculo de esta prohibicion, si se advierte que el túnico y el pelo colocado sobre el casco ó sobre la frente es ya en el dia un uso muy comun, y tan honesto en si, que las señoras timoratas lo llevan sin el menor escrúpulo, y con razon; porque el túnico ni la basquiña, el tápalo ó el paño de rebozo no harán ni á una sola muger virtuosa ó prostituida; y aquí se verifica que el hábito no hace al monge.

Ahora se debia advertir por las enemigas de los túnicos y trages del siglo, que no todas las niñas que entran en los conventos llevan designio de quedarse en ellos, ya por falta de vocacion ó ya de dote. Muchas entran por aprender las labores, costuras y curiosidades que aprenden las mugeres hacendosas, muchas por necesidad, muchas por antojo y algunas por fuerza. Todas estas van con la intencion de salirse luego que aprenden lo que quieren, ó cuando mudé su suerte, ó cuando ya no quieran estar, ó no quieran que esten los que las mandan.

¿No es cosa bien extraña que se les prohíba á todas estas su propio trage? Y por último, si el túnico, si el tápalo, si el pelo así ó asado, son escandalosos en los conventos, si se han de ver como retraentes de la virtud, ¿por qué en muchos se permite? ¿Dirémos que en esto son las preladas mas laxas ó ménos preocupadas?

Los perjuicios que acarrea esta preocupacion contra los túnicos, no son ni raros ni remotos. Hay muchachas pobres que desean recogerse en un convento: acaso hallan este ó el otro bienhechor que les ayuda para pagar su colegiatura, ó piso, como llaman vulgarmente; y que sucede? Que no entran, y pierden esa coyuntura, y tal vez se extravían en la calle, porque no tuvieron ó valor para dejar el trage con que las criaron, ó proporciones para variarlo; y he aquí un daño para esa pobre, el que puede acaecer con demasiada frecuencia.

Si yo quisiera que dentro de los conventos ó colegios se admitieran todos los trages que usan las señoras en la calle, sería un temerario; porque esta permission general abriría la puerta al lujo y á la profanidad, opuestos á la moderacion y mo-

destia que debe sobresalir en tales casas; pero, léjos de tal necedad, solo deseara que se permitiera que se vistieran las niñas en las clausuras segun se visten fuera de ellas las jóvenes honestas y timoratas, pues de este modo sin ofensa de la virtud, se corregiria esta preocupacion, que mil veces he oido apellidar ignorancia y ridiculez.

No quisiera hablar de otros defectos que se notan en semejantes comunidades, que si no son tan públicos como el que acabamos de refutar, no son ménos frecuentes ni perjudiciales. Las predilecciones que las *nanas* (1) tienen con esta niña mas que con aquella: las amistades íntimas de unas niñas con otras: las confianzas mútuas entre unas, y la indiferencia con otras: la estimacion y aun distinciones que gozan las ricas sobre las pobres: (2) la acepcion de chismes: los cuentos que libremente se permiten, y aun se fomentan de espantos, de visiones, y aun

(1) Así llaman las niñas á las monjas á cuyo cargo están.

(2) Esto se ve, y fuera mejor que no se viera. Se escribe para que se corrija este defecto donde le haya.

de milagros apócrifos é imaginarios (*) y otras cosillas á este modo, originan zelos, envidias, rencillas, murmuraciones, escrúpulos necios, pensamientos temerarios, supersticiones y un enjambre detestable de vicios, y tanto mas detestables quanto que se provocan y ejercitan entre muchas personas que tienen que vivir juntas, y fiscalizarse muy de cerca. Si el Santo Rey David decia que era bueno y agradable el vivir los hermanos enlazados por la caridad como si fueran todos uno solo, yo digo, y cualquiera dirá, que es malísimo y mas que terrible vivir desunidos y entre chismes y alborotos los hermanos que viven juntos, y si son las hermanas, es peor que peor. ¡Y de qué frase nos valdriamos para ponderar la malicia y gravedad de la culpa de aquellas

(*) Son muy frecuentes semejantes relaciones apócrifas que hacen mas daño del que parece. Se refiere con sencillez que la madre Fulana difunta era una santa: que hacia tal y tal penitencia: que hizo tal y tal milagro &c.; y sin otra confirmacion sino una vulgar, aunque piadosa tradicion, se cree todo. Se encomiendan á la dicha monja, y se veneran sus reliquias como si estuviese declarada por santa. No es este el espíritu de la Iglesia. Esta es una materia en que tan malo es no creer nada como creer mucho.

que se aborrecen de muerte, que se procuran poner en mal con las superiores, que se hacen cuantos daños pueden, que se malquistan mutuamente, y llegan hasta á negarse las comunes saluciones, ó lo que dicen, *quitarse la habla?* Apenas se pudiera creer, *si no se viera*, que entre cristianos prevaleciera tanto el espíritu del odio y la venganza, que llegara hasta á tener por agravio la vista y el eco de la voz del objeto que aborrecen. Teman estos infelices, teman la ira de Dios en el último dia de los siglos. El mismo dice en las sagradas letras: *Aquel que quiera vengarse, sentirá la venganza del Señor, y Dios no olvidará jamas sus pecados. El hombre se encona contra otro hombre, y conserva contra él su enojo: ¿y así se atreve á pedir á Dios misericordia? El no la tiene con sus semejantes, ¿y así pide que se le perdonen sus pecados? Acuérdate, miserable mortal, de tus novísimos, y déjate de enemistades (*).* Así habla un Dios en provecho del prójimo, y el hombre vengativo habla muy al contrario con ofensa de Dios.

¡Pero acaso porque en algunos conventos y casas de comunidad se noten extra-

(*) Eccles. cap. 28.

vagantes, ridículas y viciosas, habremos de hablar con impiedad de semejantes fundaciones? ¿Echarémos á sus institutos la culpa que tienen los vicios? ¿Nos escandalizaremos de ver en ellos lo que no falta en parte alguna? ¿Querremos que las comunidades de las mugeres sean perfectas y limpias de todo individuo discolo y quizá extraviado, cuando no hay una corporacion exenta de esta plaga? ¿Olvidaremos que la congregacion de Jesucristo se compuso de solo doce individuos escogidos por la Suma Sabiduría, y sin embargo, entre solos doce se halló un Pedro infiel y un Júdas pérfido, traidor y criminal hasta el extremo? Pero ¡qué mucho! La primera asociacion que hubo en el mundo fué de dos individuos, Adan y Eva, y ya vemos lo que sucedió. El primer hombre acaso no hubiera prevaricado, si la muger primera no lo hubiera seducido. ¿Y así querrán los falsos virtuosos que en los conventos no haya defecto alguno, ó lo que es lo mismo, que los frailes, monjas y niñas enclaustradas sean impecables? Así seria de desear; pero esto no es dado sino á los habitantes del paraíso celestial, que estan confirmados en la gracia.

Mas por último, señora comadre; lo que no tiene duda es, que cuando ese D. Gervasio su nuevo protector, repugna tanto que entre Tulitas en convento, no lo anima seguramente el espíritu de S. Pablo, ni el de algun otro Apóstol ó Santo Padre, sino la concupiscencia de la carne. Bien claro me explico; pero si V. no lo entiendo, sépase que no la quiere encerrada, porque no puede serle útil dentro de la clausura. Afecta compasion hácia la muchacha, y disuade á V. de que la asegure en un colegio, no por virtud ni por amor que la tiene, sino porque en la calle tiene libertad para seducirla, y esperanza de satisfacer sus apetitos, la que no hallará tan franca en un convento. ¡Malditan sean esas caridades! Oiga V. una fabulita que hice años pasados al asunto; quizá porque está en verso la retendrá V. en la memoria, y servirá de provecho á la madre y á la hija. El apólogo trata de un lobo y un cordero, y dice así:

¡Ay infeliz de tí! me compadeces
tan jóven y metido entre esos palos,
que ni te dejan ver el mundo alegre,
ni gozar de las yerbas y los pastos.
Ven: sal por la rendija que te ofrece

la estaca que aquí falta. Yo no paso á libertarte, amigo, porque tengo un gran cuerpo, no quepo, estoy pesado; pero tú que eres chico, sal ó brinca, y ya verás que vida nos pasamos.

Te llevaré á comer la dulce grama, te pasearé por todos los sembrados: el tomillo y el maiz, alfalfa y trigo te prevendrán un delicioso plato.

Un lobo malicioso y lleno de hambre así le hablaba á un corderillo incauto.

El tonto lo creyó: salió, y al punto el *compasivo* lo hizo mil pedazos. ¡Oh cuántas jovencillas infelices, víctimas son de un seductor tirano! por creer, como el cordero incautamente su fingida promesa y falso halago.

¡Qué tal, comadre, le gusta á V. la fabulita? pues aprovéchese de ella en beneficio de Tulitas. En casa no le falta nada de lo preciso. Si no come en banquetes, no tiene hambre: si no viste con lujo, no está desnuda, y si no la tiene V. á su lado, vive segura de que está en una casa de honor.

Conque vea V. lo que hace, y no la exponga á ser víctima de un lobo seductor; no sea que despues tenga V. y ella que llorar su ligereza y falta de consejo.

¡Ay! no compadre, decia la vieja. V. piensa muy temerariamente del señor D.

Gervasio. ¡Sobre que es tan bueno el pobrecito! tan rezador, tan caritativo; y despues de todo, ya es señor grande, y no se ha de meter en esas cosas.

¡Vaya, comadre! decia el coronel: ó V. es muy cándida, ó quiere parecerlo. Ese señor tan bueno, tan rezador, tan caritativo y tan viejo, es un hombre, y un hombre que quiere beneficiar á V. porque sabe que tiene una hija bonita que le gusta, y no se resuelve á hacer toda la gracia que ha ofrecido, sino hasta que la muchacha esté fuera de mi casa. ¡Eh! no sea V. ignorante: él quiere que le venda V. á su hija, satisfacer su apetito á costa de cuatro pesos, y despues abandonar á las dos.

Deseché V. sus favores, desprecie sus promesas, deje á su hija en mi casa, conformese con su suerte, sirva á Dios en su estado, y viva segura de que no le faltará que comer, porque primero faltará el sol que deje de cumplirse su palabra divina. No se espante V., señora, ni arrugue las cejas al oirme asegurar que no le faltará la subsistencia si teme á Dios, porque yo no lo digo, sino el mismo Señor que no puede engañarse ni engañarnos, porque es infalible en sus pro-

mesas. Atienda V. sus palabras: *Na padecen pobreza los que temen á Dios. Los ricos se vieron necesitados y con hambre; pero los que que buscan al Señor, no les faltará todo bien* [*].

¿Quiere V. mas seguridad que la palabra del Todopoderoso? No es V. la primera madre que expone á sus hijas á la mas vergonzosa prostitucion, queriendo escudarse con la pobreza que padecen; mas V. y cualquiera que lo haga cargan con una terrible responsabilidad ante el tribunal supremo, y no tendrán allí la mas mínima disculpa que les valga; porque estas prostituciones no se efectúan por la pobreza, no, es mentira: á nadie le falta que comer ni lo preciso, trabajando con honra en lo que pueda, y obrando segun el designio de su Criador. Este jamas falta á sus criaturas. Al pajarillo previno el alimento en lo elevado del árbol, al pez en lo profundo del mar y á la despreciable lombriz en el centro de la tierra. Vea V. y cómo le faltará al hombre criado á su imágen, y que es mejor que los pájaros y los peces.

(*) *Psalm. 33 v. 10.*

El ningun temor de Dios y la poca ó ninguna confianza que se tiene en su alta providencia, abren la puerta á las innumerables miserias de que se ven perseguidos los mortales. ¡Cuántas madres y niñas virtuosas conocemos que subsisten sin tocar el extremo de la indigencia, y contando con ménos arbitrios que V. y Tulitas! ¡y cuántas que se han atenido á los criminales auspicios de los hombres, vivieron alegres cuatro dias, y casi subieron á la cumbre de la felicidad temporal, para ser precipitadas en su edad avanzada hasta el horrible abismo del deshonor y la miseria! V. y yo conocemos muchas de una y otra clase, y nos seria fácil hacer un catálogo de sus nombres.

Conque no sea V. boba, conozca el mundo, conozca á los hombres, no fie de sus promesas, cuídese á sí misma, y deje á su hija en mi poder, que esto les importa, y nada mas.

Cuando yo esperaba que la buena vieja agradeciera los saludables consejos del coronel y el interes que tomaba por la felicidad de Tulitas, se levantó de la silla, y con un aire de enfado dijo: V dice muy bien, compadre; pero yo he venido resuelta

á llevar á mi hija; porque lo que no le doy no se lo debo quitar, ni he de echar esta fortuna á puerta agena. A mas de que, quién la ha de querer mas que yo que soy su madre, y sabe Dios lo que me ha costado; y con todo eso, muy bien sé que va segura, porque el señor D. Gervasio Protasio es muy hombre de bien, y muy cristiano, y muy caritativo, y muy liberal, y muy honrado, y muy todo; y por fin, yo no debo juzgar vidas ajenas, ni Tules es chiquita; ya sabe bien donde le aprieta el zapato; y si ella fuere tonta y se dejare engañar, allá se lo haya: su alma y su palma, y Cristo con todos. Y así compadre, yo le agradezco á V. mucho y á mi comadrita los dias que la han tenido en su casa, y con su licencia me la llevo. Anda, niña, recoge tus trapitos, y vámonos.

El coronel se incomodó, como era regular, con la terquedad de la vieja, y así se retiró diciéndole que hiciera lo que quisiera. La niña repugnaba el irse por el amor que tenia á los señores, y porque era naturalmente juiciosa; pero instando su madre mas y mas, tuvo que obedecer contra su gusto.

Recogió su ropa, y abrazando á Doña

Matilde y Pudenciana con la mayor ternura, sin poder articular una palabra, porque el llanto no se lo permitia, se salió de aquella casa que justamente veia como un asilo.

Todos sentimos la ausencia de Tulitas, porque era una muchacha muy amable; pero mas que todos el coronel que preveia sus futuras desgracias.

A pocos dias recibí orden de mi padre para que borrarase colegiatura, y me retirara al pueblo en donde residia, porque estaba enfermo y le era necesaria mi asistencia. Se hizo así, y dispuso el coronel mi marcha, la que verifiqué con no ménos sentimiento que Tulitas.

CAPITULO V.

En el que el coronel discurre sobre lo útil que seria que las mugeres aprendiesen algun arte ú oficio mecánico con que subsistiesen en caso de necesidad.

Al fin de los cinco años de mi ausencia, regresé á esta capital, y luego que llegué á ella, fui á buscar á mi buen amigo el coronel.

Se deja entender que al efecto me diri-

á llevar á mi hija; porque lo que no le doy no se lo debo quitar, ni he de echar esta fortuna á puerta agena. A mas de que, quién la ha de querer mas que yo que soy su madre, y sabe Dios lo que me ha costado; y con todo eso, muy bien sé que va segura, porque el señor D. Gervasio Protasio es muy hombre de bien, y muy cristiano, y muy caritativo, y muy liberal, y muy honrado, y muy todo; y por fin, yo no debo juzgar vidas ajenas, ni Tules es chiquita; ya sabe bien donde le aprieta el zapato; y si ella fuere tonta y se dejare engañar, allá se lo haya: su alma y su palma, y Cristo con todos. Y así compadre, yo le agradezco á V. mucho y á mi comadrita los dias que la han tenido en su casa, y con su licencia me la llevo. Anda, niña, recoge tus trapitos, y vámonos.

El coronel se incomodó, como era regular, con la terquedad de la vieja, y así se retiró diciéndole que hiciera lo que quisiera. La niña repugnaba el irse por el amor que tenia á los señores, y porque era naturalmente juiciosa; pero instando su madre mas y mas, tuvo que obedecer contra su gusto.

Recogió su ropa, y abrazando á Doña

Matilde y Pudenciana con la mayor ternura, sin poder articular una palabra, porque el llanto no se lo permitia, se salió de aquella casa que justamente veia como un asilo.

Todos sentimos la ausencia de Tulitas, porque era una muchacha muy amable; pero mas que todos el coronel que preveia sus futuras desgracias.

A pocos dias recibí orden de mi padre para que borrarase colegiatura, y me retirara al pueblo en donde residia, porque estaba enfermo y le era necesaria mi asistencia. Se hizo así, y dispuso el coronel mi marcha, la que verifiqué con no ménos sentimiento que Tulitas.

CAPITULO V.

En el que el coronel discurre sobre lo útil que seria que las mugeres aprendiesen algun arte ú oficio mecánico con que subsistiesen en caso de necesidad.

Al fin de los cinco años de mi ausencia, regresé á esta capital, y luego que llegué á ella, fui á buscar á mi buen amigo el coronel.

Se deja entender que al efecto me diri-

gí á la casa de D. Dionisio Langaruto, quien con su esposa Doña Eufrosina me recibió con bastantes muestras de cariño: me hicieron mil preguntas y repreguntas acerca de las tierras donde habia estado, á las que yo contesté unas veces con verdad y otras sin ella, seguro de que todo cuanto dijera lo habian de creer, solo porque yo decia que lo hacia visto; bien que en esto no hice mas que mentir con la autoridad de viajero.

Así que estos señores se cansaron de preguntarme, les pedí razon del caballero coronel y su familia, y me dijeron que ya no vivia con ellos; porque habiéndose enfermado Doña Matilde, fué preciso al coronel llevarla al parage que llaman la Tlaspána á que mudase temperamento, y que cuando se restableció su salud, tomó casa frente de la Alameda, por ser mas cómoda que la que ocupaba en su compañía.

Luego que supe esto, les pedí las señas de la casa, me las dieron, y al instante me despedí de aquellos señores, porque ya se me hacian siglos los minutos que tardaba en ver á mi apreciable D. Rodrigo.

Quando entré, estaba Doña Matilde to-

cando en su clave y el coronel leyendo un libro; pero no bien me vieron, quando dejaron ambos los objetos de su diversion, y se levantaron apresuradamente para abrazarme.

Yo correspondí sus cariñosas demostraciones con las palabras y señales que en semejantes casos dicta la urbanidad, el amor y la gratitud. Doña Matilde disparó sobre mi una descarga cerrada de preguntas acerca de las particularidades de mi viaje y de las tierras que habia visto, á las que yo contesté con mas prudencia que en casa de Doña Eufrosina, y procuré quanto pude economizar las mentiras, como que sabia que el coronel no era nada vulgar, y podia sorprenderme quando yo estuviera mintiendo mas alegre.

Mucho sentimiento manifestaron estos dos señores quando supieron que habia fallecido mi padre. Ciertamente que me es muy desagradable la noticia, me dijo el coronel, porque tu padre fué mi amigo verdadero, lo traté mucho, analicé su carácter, y siempre lo advertí virtuoso sin supersticion, sabio sin vanidad, benéfico oculto, buen padre, buen esposo, buen amo, y hombre de bien á toda prueba. Los

que lo conocieron como yo en esta capital, y los que por tantos años lo trataron así dentro como fuera del real colegio de Tepotzotlan, donde fué un médico apreciable, serán perpetuos panegiristas de sus virtudes. Ni dudo que los pobres de aquel pueblo llorarán su falta y acompañarán con lágrimas su entierro. El llanto de los infelices socorridos siempre riega los túmulos de sus benefactores. Procura pues, no olvidar las máximas que te inspiró de religion y de moral cristiana, y de esta manera honrarás su memoria, pues por el fruto se conoce el árbol.

Acabó su discurso el coronel, que se me quedó bastante impreso en la memoria, y despues de haber hablado de otras cosas, le pregunté por la niña Pudenciana. Está allá adentro, me dijo su mamá, y con visita; ¿quieres verla? Sí, deseo verla, le respondí; pero si está con visita cumpliré mi deseo otra ocasion. Vamos ahora, dijo el coronel, pues la visita que tiene es de confianza, y ella misma se alegrará de verte. Diciendo esto, nos levantamos de los asientos y fuimos á ver á Pudenciana.

Entramos á su cuarto, y la hallamos muy divertida bordando un pañuelo. Luego

que me vió, se levantó y me hizo aquel buen recibimiento que yo debia esperar de su cariño y bien dirigida educacion.

Muy diferente fué el tratamiento que recibí de Pomposa que estaba allí de visita, pues embelesada en componerse un rizo, se miraba al espejo con tal atencion, que no la tuvo para saludarme, hasta que Doña Matilde la llamó de su éxtasis diciéndola: Mira, niña, quien está aquí. ¿Qué, ya no lo conoces? Háblale. Eutónces Pomposita volvió la cara, me reconoció un breve rato, y con un aire de proteccion solo me dijo: *Beso á V. la mano.*

Yo no pude ménos que sorprenderme al advertir un estilo tan vano y petulante, que se propasaba á impolítico, porque sin hablarme otra cosa, dirigió la palabra á su tia, diciéndole: Estoy hecha un veneno contra la maldita costurera. Vea V. qué caracoles me hizo tan feos, parecen escaleras arruinadas. Unos mas altos, otros mas bajos: estos de aquí mas grandes, y los de este lado mas chicos, y todos ellos sin proporcion ni simetría, y lo peor es que así he venido por la calle. ¡Voto á mis pecados! ¡que no me lo advirtiera mi mamá! ¡Qué habrán dicho de mí las gen-

tes! El coronel se sonrió, y la dijo: Pues acaba tu obra y vamos á comer, que ya es hora. Con esto, nos fuimos todos á la sala, y la dejamos atareada en su importantísimo negocio.

Pudencianita me contó como ya sabia leer, escribir, contar, coser, bordar, dibujar, y estaba aprendiendo á tocar el clave con su madre. Otra cosa sabes que no le has dicho á Joaquin, dijo el coronel. Es verdad, dijo Pudenciana, se me habia olvidado: ya sé componer relojes. ¡Componer relojes! repetí yo con mucha admiracion. Ese oficio ó arte es propio de los hombres, y por lo mismo en V. será una rara habilidad. Pasará por tal, dijo el coronel; pero solo entre aquellas personas preocupadas que piensan que en la almohadilla se encierra todo lo que necesitan ó lo que pueden saber las mugeres. Aunque yo no encuentro una razon sólida para que sean excluidas del conocimiento de las artes y oficios en que se ejercitan los hombres. De aquellas artes digo que no requieren fuerzas físicas, sino solo una constante aplicacion.

Mucho mas extraño esta exclusion, cuando considero que las mugeres son in-

fatigables en el trabajo que pueden soportar, por prolijo que este sea. ¿Quién tendrá la paciencia que ellas para sacar de un cambrey superfino con mucha cuenta y cuidado, treinta mil hilos, para dar dobles puntadas y lazaditas, y hacer unas filigranas primorosas? ¿Quién no se cansará solamente de verlas ensartar guardando dibujo y proporcion, millares de cuentecillas de chaquira para hacer una trenza, una cigarrera ú otra cosa? Lo mismo digo de todos sus artefactos.

Pero si á proporcion del premio hemos de juzgar del mérito de las obras, ninguno tienen las de las mugeres, porque ningunas hay mas mal pagadas. ¿Y esto de qué proviene, sino de que la aguja, el dedal y las tijeras son los únicos instrumentos que manejan todas? esto es, todas las que son mugeres. Para una camisa hay doscientas costureras, y para una cosita de primor y curiosidad, hay comunidades y congregaciones de curiosas (*). Por esta razon, las que trabajan por necesidad, abaten el precio de sus costuras hasta el ex-

(*) Tules son las Vizcainas, Belen, la Enseñanza, y todos los conventos de religiosas y colegios de niñas.

tremo, para encontrar algo que hacer. Esto consiste en que todas las mugeres que quieren serlo, no saben sino una misma cosa. Si todos los hombres fueran pintores, la miniatura mas preciosa valdria dos reales.

De que sea tan mal pagado el trabajo de las mugeres, resulta que aun las mas laboriosas no pueden sostenerse con la aguja; y si alguna lo consigue, es á costa de su salud, y siempre á las orillas de la miseria.

La viuda que queda pobre y con hijas grandes y bonitas, como no tenga mas arbitrio que la almohadilla para sostenerlas, bien se puede considerar en el camino del precipicio, á no ser que la detenga una virtud muy sólida, pues por una parte la constante seducción que las ofrece mejorar de suerte en un momento, y por otra, la necesidad que urge y oprime sin cesar, son unos alicientes que conducen á la prostitucion con tal vehemencia, que para resistirlos es necesario el poder de la divina gracia. Para prevenir estas fatales consecuencias, seria de desear que todos los padres de familia, especialmente los pobres, enseñasen á sus hijas algun

arte ú ejercicio que fuese compatible con la delicadeza de su sexo. No encuentro yo embarazo para que las mugeres pobres segun su inclinacion se dedicasen á ser sastres, músicas, plateras, relojas, pintoras y aun impresoras (*). Cualquiera de estos seguramente les proporcionaria mas ventajas en los tiempos críticos de la necesidad, que no las costuras mas bien trabajadas.

Mas esto no quiere decir que no se apliquen las mugeres á la aguja, á la cocina y á todos los quehaceres domésticos en su primera edad. Esta fuera una herejía social. Cada miembro del estado debe estar en aptitud de desempeñar aquellos cargos á que ordinariamente se destinan los de su clase, y siendo el primer cargo de la muger cuidar de su marido, de sus hijos y su casa, es de su primera obligacion aprender á cumplir con este cargo, el que no llenará nunca la muger rica ó pobre que ignore á lo ménos cómo se sa-

(*) *Cuantas objeciones generales se pueden oponer á este dictámen son tan débiles, que se destruyen con un soplo. Quitense del mundo las preocupaciones, y serán mas felices los mortales.*

zona un puchero, cómo se hace una camisa, se asiste á un enfermo, y se conserva el órden económico y aseado en una casa.

Por tanto, toda muger desde su niñez debe instruirse en estos pormenores solamente porque es muger, aunque sea rica, porque no sabe si llegará á pobre; pero las que no tengan facultades, despues de saber lo mas preciso, podrian con mejor fruto aprovechar el tiempo que gastan en aprender á bordar, deshilar, labrar, embarcenar, ensartar chaquira y hacer florecitas de seda ó de papel. Yo hablo aquí como en mi casa y como padre de mi hija. cada uno en la suya hará lo que le dicte su prudencia ó su gusto.

A este tiempo entró Pomposita en el comedor hecha una Filis, con los rizos tan bien puestos como si se los hubiera medido á compas, y con la mas exacta geometria.

Nos sentamos á la mesa, y durante la comida se habló de varias cosas. Entre ellas me contó el coronel como Doña Eufrosina habia dado á luz dos niños, que existieron poco en el mundo, porque las chichiguas y pilmmas les dieron prontamente sus pasaportes para el cielo. Doña

Matilde no tuvo mas que á Pudenciana, y acaso se esterilizó por alguna imprudencia con que la trataron en su parto segun el coronel temia.

No dejó de hablar Pomposita; pero con un aire de orgullo y de satisfaccion, que yo no cesaba de admirar, y no tanto por su vanidad, cuanto por su estilo ampollado y pedantesco.

Finalmente, se concluyó la comida, las dos niñas se fueron á divertirse con los pájaros y macetas, y nosotros nos fuimos á la sala á pasar la siesta.

Entónces me dijo el coronel como se habia separado de la casa de su cuñada, por excusar un rompimiento á causa de las frecuentes disputas que se ofrecian, por no ser las dos familias de igual modo de pensar. Yo quiero mucho á Pomposa y á sus padres, añadia el coronel; pero no puedo conformarme con sus costumbres. Una de las cosas que me hacian contrapeso para la educacion de mi hija era el genio de Pomposa y el mal ejemplo que la daba. Ya tú conoces mi carácter y el de Matilde, como que casi te criaste con nosotros, y ya verás qué bien me pareceria que quisieran hacer á Pudenciana an-

dariega, ociosa, bailadora, vana presumida y altiva; pues todo esto y algo mas seria al lado de su buena primita; porque las malas costumbres se contraen muy fácilmente, y mas cuando hay ejemplos que las insinúen y partidarios que las justifiquen ó que pretendan justificarlas.

Yo siempre procuraba irle á la mano á mi cuñada en muchas cosas, pero gastaba en vano mi saliva. Ella es de capricho; y quererla persuadir una verdad que no le acomoda, es lo mismo que querer ablandar una vigornia con la mano.

Reflexionando seriamente en las fatales consecuencias que podía acarrearlos su tan inmediata compañía, la he separado, pretextando primero la enfermedad de Matilde, y despues la comodidad que me proporciona esta casa; y de este modo hemos salido en paz, aunque yo no he conseguido enteramente el fin que me propuse; pues como por una parte nos amamos, y por otra los vínculos de la sangre estrechan nuestra amistad, lo que se ha logrado es alejar las casas y disminuir las ocasiones; pero no cortar estas del todo, que es lo que yo deseara. Todos los domingos viene Pomposita ó envian por Pu-

denciana, y no hay paseo ni frasca á que no nos conviden con instancia; y lo peor es que muchas veces es preciso contemporizar, por no ofender las leyes de la amistad ó de la política, por no parecer ridiculo y misántropo.

Apoyé, como era justo, el discurso del coronel, y por saber qué juicio hacia del afectado estilo de su sobrina, le dije: Entre las nulidades que V. ha observado en la niña Pomposita, luce su instruccion lo mismo que una perla entre muchas piedras falsas. A lo ménos, así me parece, despues que en la mesa la oí explicarse en algunas materias con términos técnicos ó propios de lo que se trataba, lo que me hace creer que está bastante instruida.

Debia estarlo, contestó el coronel, porque tiene bastante capacidad; mas ha llenado su entendimiento de impertinencias y bagatelas, y con esto ha conseguido hacerse una erudita á la violeta, y bachillera perdurable. Los hombres de juicio la compadecen, al mismo tiempo que los tontos la celebran.

Toda la causa de la ignorancia y pederanteria de Pomposa ha sido la indolencia y falta de precaucion de su padre.

Al principio no cuidó de que se instruyera, y despues le permitió leer indistintamente los libros que él habia comprado para adornar su gabinete. Con esto la muchacha ha picado de todos y de cada uno sin el menor discernimiento, y se ha llenado de multitud de ideas heterogéneas ó diferentes entre sí, las que saca á la plaza cuando quiere; y como carece del verdadero conocimiento de las materias que trata al mismo tiempo que de la legítima significacion de los términos con que se expresa, las mas veces habla unos desatinos tremendos; y en verdad que es una lástima que no haya aprovechado sus luces, pues cuando raciocina con juicio se conoce que no es tonta y que ha leído algo.

Y aun eso es una maravilla, dije yo; porque siempre he oido decir que la muger mas hábil no pasa de tonta.... V. dispense, señora Doña Matildita, que yo no digo lo que siento, sino lo que he oido decir, y esto porque el señor coronel me diga si aciertaa ó no los que se profieren de ese modo.

Seguramente no, dijo D. Rodrigo, y tú me has oido decir varias veces que las mu-

geres pueden saber tanto como los hombres mas instruidos. Esto se prueba por la causa y por el efecto. Por la causa, porque siendo la alma el receptáculo de la sabiduría, y no careciendo las mugeres de alma, se sigue que tienen la misma aptitud que los hombres.

Ahora, que esta disposicion sea en unas mayor ó menor que en otras, que las mas no la cultiven, no prueba que no la tengan, ó que no la puedan ejercitar en cosas útiles. Ya adviertes que hablo del entendimiento. A los hombres sucede lo mismo: entre ellos unos tienen mas talento que otros, y unos lo emplean mejor que otros.

La educacion bien ó mal dirigida en ellos, y la clase de vida á que nacen sujetos hace que unos tengan entendimientos ilustrados, y otros vulgares ó incultos; pero así como fuera necedad decir que todo payo, que todo cargador ó cochero es tonto por ser cochero, cargador ó campesino; así lo es persuadirse á que toda muger es tonta solamente porque es muger, pues la que tenga una regular capacidad y aplicacion, podrá aprender lo que la enseñaren y hacerse sabia, como se han hecho innumerables, cuyos ejem-

plares prueban esta verdad por el efecto.

Un gran catálogo se podia escribir de las mugeres que se han distinguido en el mundo por sus sobresalientes luces. Desde el siglo XIII comenzó á brillar el sexo en la carrera de las ciencias. La primera muger que se nota, dice Mr. Tomas en su *Pintura de las mugeres*, es la hija de un caballero Bolonés que cultivó el estudio de la lengua latina y de las leyes. A los veinte y tres años habia ya pronunciado en la iglesia mayor de Bolonia una oracion fúnebre en latin, sin que hubiese menester para ser admirada, ni las gracias de su juventud, ni de los demas hechizos de su sexo. A los veinte y seis recibió el grado de doctor, y leyó públicamente en su casa la Instituta de Justiniano. A los treinta logró por su grande reputacion una cátedra en que enseñó el derecho á un prodigioso concurso de todas las naciones. Reunió en sí las gracias de muger y las ideas de hombre, y cuando hablaba, hacia olvidar el mérito de su belleza.

En el siglo XIV se renovó el mismo ejemplar en dicha ciudad, y se repitió otro semejante en el XV.

Por los años de 72 y 73 del siglo pasa-

do desempeñó una muger una cátedra de fisica en Bolonia.

En el siglo XVI se distinguieron en Venecia dos célebres mugeres: la una (Modesta di Pozzo di Zorzi) compuso muchas obras buenas en verso serio, jocoso, heroico ó tierno, y algunas églogas que fueron representadas en los teatros. La otra (Casandra Fidele) una de las mugeres mas sábias de Italia, escribió con igual suceso en las tres lenguas de Homero, Virgilio y Dante, así en verso como en prosa. Fué muy sabia en la filosofia de su siglo y demas precedentes; cultivó la teología, defendió conclusiones, enseñó públicamente en Padua muchas veces, añadiendo la música á todos estos conocimientos, y ensalzó mucho mas sus talentos por sus buenas costumbres, las cuales le grangearon el aplauso de los Sumos Pontífices y el homenaje de los reyes.

En Mitán hubo una ilustre doncella de la casa de Tribulcio, que pronunció en la lengua antigua de los romanos muchos elocuentes discursos en presencia de algunos soberanos.

En Nápoles, la llamada Sarrochie que compuso un famoso poema, y fué

en su vida comparada con el Taso.

En España lució una Isabel de Foya y Roseres, que habiendo predicado con aplauso en la catedral de Barcelona, fué á Roma en tiempo de Paulo III, donde convirtió muchos judíos con su elocuencia, y comentó con aplauso á Juan Scoto en presencia de l'apas y Cardenales.

Hubó tambien en España una Isabela de Córdoba que supo el latin, el griego y el hebreo, y siendo ya célebre por su hermosura, reputacion y riquezas, recibió el grado de doctor, y despues el de teólogo.

Catalina de Rivera en el mismo siglo compuso varias poesias.

Aloisia Sigea de Toledo, mas célebre que las tres antecedentes, ademas del latin y griego, supo el hebreo, el arábigo y siriaco: escribió una carta en estas cinco lenguas al Papa Paulo III, y fué despues llamada á la corte de Portugal; allí compuso muchas obras, y murió jóven.

Ustedes se cansarian de oír hablar de semejantes mugeres, si yo tratara de compilar sus nombres. Baste saber que en todos tiempos han sobresalido muchas en las ciencias, y en todos los pueblos cultos, á

proporcion que ha reinado en ellos el buen gusto.

En lo antiguo maravillaron á Roma y á Grecia, y en lo moderno á Italia. España. Francia, Inglaterra y la Europa toda han sido teatros en que han lucido los talentos elevados de las mugeres. Aun hoy vive en España la señora Doña María Rosa Galvez, famosa poetiza como lo acreditan sus obras y especialmente sus tragedias.

Ni se ha quedado nuestra América envidiosa de tales glorias. Muchas señoras americanas han sido prueba de esta verdad, y si no fuera por no singularizar, yo nombraria algunas que Méjico conoce.

Todo lo que manifiesta que las mugeres sabrán á proporcion de sus talentos y del cultivo que les dieren, sin que sea su sexo un estorbo para aprender, ni ménos un motivo que justifique su ignorancia.

Esto digo porque se observa frecuentemente que muchos padres y madres no solo no se afanan en cultivar los talentos de sus hijas, sino que se creen exentos de esta obligacion, y tienen por perdida toda la instruccion que pudieran recibir. ¡La niña lee mal, escribe peor, no cono-

ce un número, ignora los fundamentos de su religion, comete al hablar mil barbarismos, está llena de supersticiones, y últimamente, es una criatura la mas ignorante de la familia? No importa, *es muger*, no ha de ser sacerdotiza, ni jurista, ni médica &c. &c., y así nada se pierde con que no sepa ni hablar.

Así se explican muchos padres con su método de educacion, creyendo que porque sus hijas son mugeres quedan á cubierto de la nota de ignorantes y ellos de la que les acarrea su indolencia; pero en realidad ellos siempre pasan por unos descuidados entre los sensatos, y hacen á sus hijas un agravio; pues abandonar á estas por mugeres, es lo mismo que decir: *Mi hija es muger, pus mas que sea una bestia.*

Lo peor es que al tiempo que se descuidan en enseñar á las mugeres lo útil, se pone el mayor esmero en llenarles la fantasia de necedades, y en que aprendan lo que jamas debian saber.

Si son bonitas, desde muy tiernas se les hace conocer su mérito con las repetidas alabanzas que se les tributan: si son de género vivo, se les persuade que tienen gran talento: si son locuaces ó habladorcillas, se

les significa que son sábias; y en una palabra, si bailan, si cantan, si tocan ó tienen alguna mínima habindad, se la encarecen con los mas lisonjeros encomios. Las pobres mugeres creen que no tienen mas que saber y que son en su clase Salomones.

Con semejante método ¿qué hay que extrañar que el comun de las mugeres sea necio, superficial, vano y soberbio? ¿Pueden ser mas cuando no se les enseña otra cosa? ¿Y culparémos al sexo de ignorante é inútil, ó á los padres que lo educan entre las bagatelas é ignorancia?

Los ejemplos de estas mugeres ilustres que he citado, prueban hasta la evidencia que el sexo es capaz de saber y de pensar lo mismo que los hombres enseñados; mas no por esto digo que se dediquen todas las mugeres á los estudios serios y abstractos, ni que todas aspiren á merecer regentar una cátedra, ni pronunciar una oracion en una iglesia. Esto seria pretender que saliesen de su esfera. Las mugeres sábias y varoniles no son comunes; pero se citan para demostrar que el sexo no es embarazo para tener ni saber cultivar un buen talento, como se piensa vulgarmente.

Sin embargo, estas mugeres raras (*) son mas para admiradas que para seguidas, y yo estoy muy léjos de persuadir que se hagan las mugeres estudiantes. A la verdad, que no han nacido sino para ser esposas y madres de familia. En sabiendo cumplir con estas obligaciones, seguramente serán mugeres sábias en su clase, y utilísimas á la sociedad. ¿Pero acaso es muy poco lo que tienen que aprender las que desean desempeñar estos cargos perfectamente? A este tiempo entró el ranchero Pascual, y su visita interrumpió el discurso del coronel, que continúa en el capítulo sexto.

CAPITULO VI.

En el que se da razon del motivo de la visita de Pascual: el coronel finaliza su discurso, y se refieren otras cosas.

Entró Pascual, como se ha dicho, arastrando las espuelas, y quitándose su disforme sombrero, saludó á los señores en

(*) Raras en comparacion de todo el sexo; pero muchas en lo particular, y bastantes á hacer regla para nuestro intento.

estos términos: Ave María, señores amos. ¿Cómo les va? cómo les ido? cómo está su prenda?—No hay novedad, Pascual, dijo el coronel: ¿qué ocurrencia te trac á la ciudad?

—¿Qué me ha de traer, señor amo, sino un asunto de muy gravísima importancia? Y yo espero en que sus mercedes me sacarán del apuro, por vida de la niña Pudenciana. El cuento es que Culás, mi hijo el grande, ha dado en que se quiere poner en gracia de Dios, con Marantona la hija de tio Benino, el marido que fué de la Carranza, aquella que tenia arrendado el molino prieto años pasados, cual molino vendió D. Celidoño á D. Andres el cojo, por la malobra que le hizo á su hija Petrona el mayordomo Juan Blas, cuando hubo aquellas heridas por el amigo de . . .

Bueno está, Pascual, decia el coronel: sigue tu cuento, y déjate ahora de ensartar cosas que no vienen al caso. Estás diciendo que tu hijo se quiere casar con esa hija del tio Benigno: ya esto queda entendido. ¿Cuál es el empeño que traes?—El empeño es que yo, como quera que no soy muy ansina, sino que sé muy bien que tengo mi alma, y me he de morir co-

mo todos se mueren, y sé la doctrina de cuerito á cuerito, y sé que el catecismo dice: Darles estado no contrario á su voluntad, no me quero disponer al gusto del muchacho. Y ansina lo dejo que haga lo que quisiere; y una vez que se quiere casar, que se case muy denhora buena, yo no se lo imido, á bien que ya es grande; y mi compadre el mestro escuelero, dice que no es tonto, sino muy ladino y muy destruido; porque á lo ménos el diantre del muchacho sabe mas que no yo, porque sabe leer, y echa unos retos en las loas sin turbarse, porque es muy memorista, y lo tro dia hizo un diablo en una pastorela, que la gente se quedó con la boca abierta; y yo tuve miedo que no le hicieran daño....

—Como yo te lo voy teniendo á tí, pues segun lo impertinente y cansado que estás, creo que no acabas tu relacion en ocho dias.—Perdone su mercé, señor amo, que yo no estoy cansado. Quedara yo bien de cansarme de Tacubaya acá que no está mas que un paso. Pero el cuento es que Culás se quiere poner en gracia de Dios, y yo quero que su mercé y mi ma sean los padrinos, porque solo así será todo bueno.

—Si así te hubieras explicado desde el principio, se habrian ahorrado tantos episodios importunos. Está muy bien, seremos tus padrinos con mucho gusto; pero dime, ¿cuáles son las circunstancias de la novia?—Ella no es fea, ni muy bonita, respondió Pascual, es pasaderita: tendrá diez y ocho años, y muy trabajadora, y es para cuanto su mercé la busque. Si es para la cocina, ase unas tortillas que parecen un papel de blancas y delgadas, y si sus mercedes comieran de sus manos unos chiles rellenos, un mole de guajolote, una chanfaina y otros guisados como estos, hasta se chuparan los dedos. Si es por lo que hace á cuidar á un hombre, es un reguilete, porque sabe coser, lavar y tejer unos ataderos y ceñidores que es un primor. Y ¿qué le diré á su mercé de cuidar las cosas de la casa, y del campo y los animales? ¡Oh! pareso es una lumbré el diantre de la muchacha, porque ella sabe donde dan quince y el sope, y volverse con el medio: porque sabe cuando está euleca la gallina, cuándo se ha de echar, cuál es el cochino sebon, cuál el de media seba, qué vaca está jorra y cuál no, y hasta para sembrar conoce el tiempo;

y si su merce la viera coger la garrocha y la yunta y sacar veinte sulcos derechos, era mano de que la reventara. En fin, por lo que toca á trabajadora, es la muchacha de lo que hay poco, y yo le digo á Culás que no la topará mas mejor aunque la busque con un cirio pasqual. A fe que no son ansina las señoritas de la ciudá, que no saben hacer nada ni ayudar á sus maridos, sino que todo quieren que se los pongan en las manos; y bueno juera que se contentaran con no saber buscar la torta, lo mas pior es que saben tirar cuanto busca y alquiere el pobre hombre. Por una parte, para todo han de menester mozas: para guisar una olla y un principio, queren cocinera: para remendar sus trapos, queren costurera: para lavar su ropa, queren lavandera: para hacer la cama y barrer la casa, queren recamarera: para hacer los mandados, mandadero: para dar el gasto, ama de llaves: para cerrar la puerta de su casa, portero; y para cada cosa un criado, de manera que yo me espanto de ver cómo su merce y mi ama D.^a Matildita viven con una ó dos mozas cuando mas, y no luego esas señoras que yo no sé de qué les sirven á

sus maridos, pues hasta para criar á sus hijos necesitan alquilar chichis, como si ellas no tuvieran las suyas. Ya se acuerda su mercé del cuento de los perritos. Ya se vé que si no saben hacer nada, saben deshacer los caudales con esos puntos, telarañas, modas, coliseos, tertulias, toros, bailes, paseos, y todas esas cosas en que gastan el dinero de sus maridos y el ageno. ¡Ah! fucha en semejantes mugeres. ¡Qué gusto que mi hijo Culás se va á casar con una pobre ranchera, y no con una señorita de ciudá. Ya se vé que yo cuándo lo hubiera consentido, aunque me hubieran pesado á puro oro al muchacho y me lo hubieran ido á pedir padres descalzos. ¡Gracias á Dios que mi Culás no fué de la ciudá!

Y gracias mil á la eterna Magestad, dijo el coronel, porque has acabado tu narracion imprudente aunque sencilla. Para alabar las virtudes de tu nuera no es preciso murmurar las costumbres de las ciudadanas. Es cierto que hay algunas de estas lo mismo que las has pintado; pero no lo son cuantas te parecen. En todo cabe la reflexion juiciosa, y no debemos aventurarnos á confundir los culpados con los

que tienen solo las apariencias, lo que sucede á cuantos como tú no saben hacer las justas distinciones.

Es una verdad incontestable que hay algunas mugeres de mediana, y aun de escasa fortuna, que olvidándose de su condicion, aspiran á competir en lujo con las señoras de la mas elevada gerarquía, y para realizar sus desordenados deseos, no excusan á sus pobres maridos mil disgustos y continuos empeños, con los que arruinan sus casas, pierden el crédito, se hacen el objeto de la murmuracion de los conocidos, y dejan por último á sus infelices hijos por patrimonio, la holgazaneria y la miseria. Este es el fruto ordinario de la immoderacion y desperdicio.

Peró cuando confesamos que estas mugeres obran con desarreglo y sin cordura, no hemos de asegurar lo mismo de aquellas señoras que por razon de su estado sostienen una decencia sobresaliente al comua de las demas, y mucho ménos si tienen suficientes proporciones para sostenerla. Cada individuo de la sociedad debe portarse como los demas de su clase, cuando puede hacerlo buenamente. Este es el órden, el que se invierte ó por un ex-

ceso de disipacion, ó por un abandono ó mezquindad miserable.

Un mismo mueble puede ser necesario, indiferente y gravoso, segun fuere la persona que lo tenga. El coche, por ejemplo, será necesario á una señora de título, muger de un togado &c.; será indiferente para una señora particular, y será gravoso para una que no tenga lo preciso para mantenerlo. Si todos nos contuviéramos en nuestra esfera, tendríamos ménos necesidades y aflicciones.

Ya se vé, que no porque digo que las señoras principales hacen bien en manejar-se segun su clase, se ha de entender que harán mal cuando por modestia ú otro motivo de virtud cercenen algo de su lujo correspondiente. Algunas ha habido en esta fatal época que con la mayor prudencia han sabido disminuir el gasto de sus casas, y despedir cuantos criados han considerado excusables, substituyendo ellas y sus hijas sus lugares.

Otras hay que manifiestan en quanto pueden la indiferencia con que ven el relumbrón del mundo, y se manejan con una sencillez admirable.

¿Peró qué diremos de aquellas señoras

ricas que han tenido el heroismo necesario para cercenar el lujo en obsequio de los pobres? Raras han sido estas á la verdad, pero no falta una que otra en nuestro siglo corrompido. Ninguna alabanza es igual á su mérito en mi concepto; pero viven seguras de que su caridad queda bien escrita en el libro de las eternas recompensas.

Como Pascual se quedaba en ayunas de las tres partes de lo que el coronel nos decía, no pudo sufrir mas; y así á este tiempo, que le pareció oportuno, le dijo: Pos señor amo, ya me voy: á bien que ya voy contando con el favor de sus mercedes para el apadrinamiento de Culás; y agora solo quero que su mercé me preste veinte y cinco pesos que me pueden faltar para el completo de los derechos del señor cura, y otras cosas.

El coronel le dió el dinero, y le previno que volviese á avisar la víspera de la boda. Con esto se fué Pascual muy contento, dejándonos harto que reir con sus simplezas.

Apénas había salido el ranchero, cuando entraron las niñas Pomposita y Pudenciana, y se sentaron con nosotros.

A mí no se me habia olvidado que el coronel cortó el discurso á la entrada de Pascual, y como deseaba oirlo hablar, le supliqué acabase de decir qué cosas debian saber las niñas que se criaban para ser algun dia madres de familia.

D. Rodrigo condescendió con mi gusto, y nos dijo: No es poco lo que tiene que aprender una niña que probablemente se haya de sujetar al matrimonio, porque tiene que instruirse en muchas cosas que deberá despues enseñar.

„Es indispensable, dice un autor respetable (*), que una niña de estas aprenda á leer y escribir correctamente. Es una vergüenza, pero cosa muy comun, el ver que mugeres dotadas de entendimiento y de civilidad, no saben pronunciar lo que leen: ellas ó se paran donde no deben, ó leen cantando, cuando debieran pronunciar simple y naturalmente, con firmeza y arreglo á la puntuacion. En ó den á escribir cometen frecuentemente muchos errores notables, ó en el modo de formar

(*) El Illmo. Sr. D. Francisco de Salignac de la Motte Fenelon, arzobispo de Cambray, en su librito titulado: Educacion de las hijas.

los caracteres, ó en el modo de juntarlos. Enséñeseles, pues, á las niñas, cuando ménos, á hacer las líneas derechas, y á formar los caracteres limpios y legibles."

„Tambien es necesario que las niñas sepan la gramática de su lengua. No es esto decir que la aprendan por reglas, como los gramáticos aprenden la lengua latina, sino que se les acostumbre sin aire de leccion, á no tomar un tiempo por otro, á servirse de términos propios y puros, y á explicar sus pensamientos con orden, con limpieza y de un modo corto y preciso. Por este medio se les pondrá en estado de que puedan enseñar algun dia á sus hijas á hablar bien sin ningún estudio. Se sabe que en la antigua Roma, la madre de Gracco contribuyó mucho con su educacion á formar la grande elocuencia de sus hijos."

„La ciencia de la aritmética y su uso es indispensable á las niñas. No ignoro que esta ciencia es espinosa para muchas gentes; pero el hábito tomado desde la infancia de hacer varias especies de cuentas con el socorro de las reglas, facilitará la exactitud, y dulcificará la amargura. Todos saben que el buen uso de esta ciencia es tan necesaria para el gobierno de las

casas, que apenas se hallará familia de algunos intereses que esté bien gobernada sin ella."

„No será fuera de propósito que tengan aquellas noticias de la jurisprudencia que pueden necesitar en el discurso de su vida. Por ejemplo, que sepan la diferencia que hay entre un *testamento* y una *donacion*: qué cosa sea *contrato*, *substitucion*, *division de herencia*, las principales reglas del derecho y costumbres de su pais que son necesarias para hacer dichos actos válidos. Deberian asimismo saber qué cosa sea *propio*, *comunidad*, bienes *muebles é inmuebles*; y en fin, algunas otras cosas que se juzguen necesarias para el buen gobierno de una madre de familia. No solo cuando lleguen á casarse, sino cuando en un convento se vean encargadas del gobierno económico, experimentarán la necesidad de estos conocimientos para manejarse y para no ser engañadas."

„Si ha de ser casada, dénsese reglas para la economía doméstica, para criar bien los hijos, para conducirse con la familia; y finalmente, enséñesele el modo de gobernar bien todas aquellas cosas que segun las apariencias ha de manejar."

Todo esto y mas, quiere el señor Fnelon que sepan las hijas que han de ser madres; y aunque todo es útil y necesario, ya nos contentariamos con ménos. Mucho sabrá en nuestros tiempos una señora que sepa ser muger, cuidar lo que el marido adquiriera, asistir en su casa, y no desentenderse de la educacion de sus hijos, sin prescindir de estas forzosas tareas, fiada tal vez en que tiene dinero, pues este suele faltar, y entónces los hombres echan de ver al instante todos los defectos de las mugeres.

Las riquezas miéntras duran, suplen la inhabilidad de las mugeres; pero luego que faltan se hace mas intolerable su ignorancia. Por esta razon se puede decir que en cierto modo el dinero es perjudicial á aquellas personas que naciendo con él, no tuvieron la fortuna de lograr unos padres activos y prudentes que dirigieran bien su educacion. Esto es comun en hombres y mugeres. El pobre instruido y laborioso padece sus cuitas, pero jamas pisa los umbrales de la miseria; ántes mil veces se labra su fortuna con su industria; pero el rico inútil, vano y perezoso, luego que lo desamparan los doblones, cae de

plomo en la mendicidad mas vergonzosa.

No es esta plaga poco comun. ¿Cuántos ricos hay que no saben, no digo adquirir un peso, pero ni conservar los que heredaron, y que si los gobiernos no los pusieran en clase de pupilos bajo la tutela de las leyes, disiparian en dos dias los mas pingües capitales. Ricos he conocido que no saben leer una carta, y cuyas firmas apenas las entenderá el boticario mas hábil, y ricos que no saben echar un punto en una media, ni un dobladillo en un pañuelo. ¿Pero qué se puede esperar de unas personas criadas entre la adulacion, la holgazaneria y la ignorancia? ¡Felices son sin duda aquellos niños, cuyos buenos padres aprovechan su dinero gastándolo en hacerlos útiles á sí y á sus semejantes! Estos hijos no sentirán el peso de la miseria en el mas ingrato reves de la fortuna.

Cuando decia esto el coronel, paró un coche á la puerta de la casa, se asomó Pomposita al balcon, y entró luego luego diciendo: Mi mamá, mi mamá, y viene con la señora Jacobita y con Labin. ¿Qué Labin es ese? preguntó el coronel. Y la niña respondió: D. Enrique Labin, tio, el mayor de Ungria.—¡Oh! bien: yo pensé que era

algun criado de tu casa. El caballero Labin es un hombre muy circunspecto, y por su edad podia ser tu padre.

En esto entraron las visitas, y pasados los primeros cumplimientos, dijo Eufrosina: Hermano, no perdamos tiempo. Jacobita tiene un baile esta noche con motivo del casamiento de su hermana Teodora. Le he merecido que ella misma haya ido en persona á convidarnos; pero quiere que V. le haga la gracia de asistir á su diversion con Matildita y Pudenciana. Yo le he dado mi palabra de que V. no la desairará: conque asi vístete, hermana, y que se vista mi sobrina.

El coronel accedió, dando gracias á su cuñada y á la señorita Jacobita por su expresion, y entrándose las señoras á la recámara á vestirse de gala, nos quedamos los hombres en conversacion.

El señor Labin era antiguo amigo del coronel, y tenia buen talento, bastante madurez y mucha gracia: con esto fácil es inferir que confrontaba con D. Rodrigo, y que se trataban con una amistosa familiaridad.

El primero que habló fué el Señor Labin quien dijo al coronel: ¿Qué le parece

á V. compañero? ¿no se admira de verme de cortejante de una moza tan gallarda como su cuñada? Vaya, que V. no me juzgaba tan adelantado. En verdad que no, respondió el coronel, cada dia hay nuevas cosas que observar; pero ya se vé, que todos los maridos quisieran que los que cortejan á sus mugeres, fueran tan honrados como el señor Labin, con quien mi cuñada está demasiado segura de toda seduccion. Yo apostaré á que estaba V. de visita en su casa cuando fué la señora Jacobita á convidarla para el baile, y ella le suplicó á V. que la acompañara á casa. Así fué, dijo el oficial: las dos me instaron á que viniera, y me han comprometido á asistir á las bodas, de las que juzgo serán tan tristes sus fines, como son alegres sus principios.—¿Y por qué?— Porque la novia tendrá diez y siete años, y el novio no pasa de diez y ocho. Ya V. verá, compañero, qué resultados podrá esperar una muchacha que se casa con un hombre muchacho. En esta edad agita la sangre en los dos todo el fomes de la lascivia, se entregan á sus placeres á rienda suelta, debilitan su salud y se anticipan la vejez. La muger, ó por su cons-

titucion mas débil ó por los efectos de la concepcion, parto y lactancia, lleva siempre la peor parte: se enferma mas, se avejenta mas pronto, y cuando el marido tiene treinta años, se halla con que tiene por muger una vieja achacosa. Entónces abre los ojos, y se arrepiente de verse atado á una estantigua, que tal le parece su muger. A este arrepentimiento se sigue la aversion del objeto que la causa, y á este un odio que suele durar hasta la muerte. Tales son los efectos de los casamientos muy tempranos, especialmente por parte de los hombres. Yo, la verdad, siempre los reprobaré. Y con razon, dijo el coronel; porque los efectos que V. ha dicho son consiguientes á las causas. Los antiguos debieron de observar los mismos funestos resultados que se notan en el dia en semejantes matrimonios. Aristóteles es de sentir que el hombre debe tener doble edad que la muger con quien se case: de modo que el hombre de treinta años y la muger de quince, harán un enlace proporcionado en razon de la edad, pues cuando él sea de cincuenta, ella será de treinta y cinco, y todavía no le parecerá vieja. Bien que aquellos que no son llamados

para el celibato, y cuya continencia corra peligro en tal estado, deben casarse muy jóvenes, conforme al consejo del Apóstol.

A este tiempo salieron las señoras y las niñas muy compuestas, y habiendo dejado Doña Matilde prevenido todo lo necesario, y encargada su casa al cuidado de una señora vieja que la acompañaba, se fueron para la de Doña Jacobita, donde los esperaban los novios con una porcion de convidados.

Era muy cerca de anoecer cuando llegaron ó llegamos, que yo tambien gocé de esa funcion. La sala estaba completamente iluminada y surtida de señores y señoritas jóvenes, sin faltar algunos viejos y viejas, de aquellos que no se cansan de divertirse en toda la vida, ó que van á estas frascas solo por comer de valde. Los ojos se les iban hácia las mesas del refresco que se dejaban ver en uno de los cuartos inmediatos; pero aun no era llegada la hora del combate, y así se contentaban los mas golosos con lamerse los bigotes, como el gato cuando ve el jamon que no puede atrapar entre sus uñas.

Mas dejando á un lado á estos hambrien-

tos, se hace preciso decir como todos los de la casa de Doña Jacobita y los deudos del novio cumplimentaron á porfia á las señoras Doña Matilde, Doña Eufrosina y sus niñas. Estas en la edad de trece años tenian unos cuerpos muy gallardos, y á mas de esto estaban bien adornadas, con lo que se llevaron luego luego las atenciones de todos los petimetres de la sala, quienes se apresuraban á obsequiarlas, especialmente á Pomposita; ya porque sus padres no se espantaban de sus obsequios, ya porque ella era mas bonita y mas familiar que Pudenciana.

A pocos minutos entró el ministro de la religion, y como si aquel acto fuera un mal paso, trataron los padrinos de darle prisa. Efectivamente, se procedió á las solemnes ceremonias, y se enlazó ante Dios y los hombres aquel nudo que hace las delicias de la vida cuando lo aprietan las voluntades de los contrayentes.

Concluido lo principal de la funcion, y pasados los abrazos y parabienes que en tales ocasiones se prodigan, entramos con los novios, padrinos, convidados y entremetidos, á la sala del refresco.

Allí competia la profusion con la cu-

riosidad. Habia dos mesas: una surtida de todo género de dulces y helados, y otra de masas de bizcocho, buen queso, jamones en vino, aceitunas, y cuanto podia provocar el apetito de los exquisitos licores que abundaban. Mil arcos de flores y ramos de carturina hacian la mas agradable perspectiva.

Colocados los circunstantes en forma de batalla, se dió por los padres y padrinos de los desposados la señal de ataque, y al instante acometieron á los dulces y demas golosinas con la mayor intrepidez, de modo que en pocos minutos fueron todas derrotadas y desaparecidas por la glotonería mas decidida.

Yo me divertí aquel rato, observando los genios y educaciones de todos, y decia para mi sayo: No hay duda sino que en una concurrencia de estas, cada uno manifiesta sin querer sus principios; porque ví que los hombres que los habian tenido finos, solo se ocupaban en servir á las señoras con el mayor comedimiento, cuando á otros todo se les iba en aprovecharse de lo mejor, despedazar sin órden, y embaular desaforadamente. Muchos haciéndose corrientes, no solo comian ó de-

voraban cuanto podian, sino que llenaban las bolsas y pañuelos de lo mas exquisito, sin perdonar las botellitas de licor. Yo creí que alguno se habria guardado una fuente de plata, si se la hubiera podido acomodar en el bolsón de la levita. En fin, el refresco se concluyó sin quedar ni migajas para los sirvientes.

Ya con los estómagos habilitados, pasaron á la sala, y se comenzó el baile que acompañaba una completa orquesta. A los principios se bailaron unas boleras, cuadrillas y avalsado; pero los mocitos, cansados de bailar estas piezas, comenzaron á bailar wals y contradanza. Entónces todo se volvió bulla y alegría en los dos sexos.

En breve pasaron revista y manoseo con todas las jóvenes de la sala. Pomposita se llevó las atenciones y los primeros aplausos, no sé si por su cara, por su habilidad ó por su desenfado en el bailar, aunque seria por todo seguramente. Tuvo la gloria de cansar en el wals á cuatro señoritos y á los músicos; que ya daban al diablo la perseverancia de la infatigable bailadora.

Pudenciana no dejó de hacer su deber

ni ocupó el asiento en valde, porque con permiso de sus padres bailó dos versos de boleras diestramente. Querian los curiosos probarla en el wals; pero ella bien enseñada por su padre, se excusó con que no sabia, y todos se quedaron deseando verla bailar este son favorito del dia, sin embargo del esfuerzo que hacia por su parte su tia Doña Eufrosina y el cándido de D. Dionisio, quienes no dejaron de incomodarse con su tenaz resistencia.

Se continuó bailando, y como á las once de la noche, fatigados de valsar y contradanzar, comenzaron á bailar sonecitos del pais; pero luego que bailaron uno que llaman *el dormido*, se levantó el coronel y se despidió con su familia, pretextando enfermedad y muchas ocupaciones al dia siguiente.

Bastante hicieron por detenerlo; mas todo fué en vano, él se retiró; y á otro dia fué Eufrosina y su marido á verlo con achaque de saber si habian tenido novedad; pero la verdadera causa que los llevó fué la que se dirá en el capítulo siete.

CAPITULO VII.

En el que se descubre la causa de la visita de Eufrosina, que fué un sentimiento que tenia de su cuñado, y la satisfaccion que este le dió.

Almorzando estábamos, cuando Doña Eufrosina entró con su marido, muy cuidadosa, al parecer, por la salud del coronel; pero á poco rato no pudo disimular el motivo verdadero de su visita; y así le dijo: Muy bien conocí, hermano, que V. anoche no tenia otra enfermedad que su maldito genio hipocondriaco y escrupuloso. ¡Caramba, que es V. fatal! me hizo V. desesperar, y me desairó como acostumbra, no consintiendo que bailara Pudenciana un valcesito, y esto, solo porque era empeño mio y se habian interesado al efecto aquellos caballeros. Sí, por eso fué, por eso; porque decir que no sabe bailar wals Pudenciana, es negar la luz del dia; y á mas de eso, que semejante muela se les podia encajar á los demas; pero no á mi que estoy cansada de verla bailar con Pomposita. Pero ya se vé que V. lo hará porque se crie su hi-

ja recatada; aunque en esto de buena crianza nada le va á deber á la mia; porque yo y su padre tambien sabemos lo que se hace, y al fin es una grosería que una muger no sepa bailar cuanto se usa, ni que por ser zonzas desaire á los que en una concurrencia la conviden. Yo por mí, hermano, ya me guardaré de suplicarle á V. nada en una publicidad, pues ya tengo mucha experiencia de que siempre se empeña en que quede mal.

No es para tanto, hermana, dijo el coronel; V. no debe sentirse porque no bailara wals Pudenciana. En verdad que se lo tengo prohibido, y me parece que con razon. Soy su padre, y tengo cuanta autoridad necesito para impedirle todo aquello que me parezca mal.

No por eso pretendo que la educacion que yo le doy á mi hija sea norma por la que se sigan los demas. Cada uno es dueño de su casa y padre de sus hijos, y obrará como le pareciere. El mundo se compone de opiniones.

Vaya, vaya, eso es tirar la piedra y esconder la mano, decia Doña Eufrosina: á V. no le acomodan los bailes, porque ya es viejo. . . . sí, por eso, y no quisiera que

ninguno bailara; pues ya he oído decir que los bailes son buenos y en todo el mundo se baila, y yo y Pomposa hemos de bailar sobre el diablo. Quedábamos bien con meternos á récoletas tan temprano. Mi hija está en la flor de su edad; y cuando yo no pueda bailar por vieja, no he de embarazar que baile la muchacha, que eso fuera ser como el perro del hortelano. A mas de que hasta en los conventos de frailes y monjas bailan de cuando en cuando, vea V. por qué no hemos de bailar nosotras que estamos en el mundo y todavía se nos menea un pié.

Dice V. muy bien, hermana, prosiguió el coronel; pero no ha dicho sino lo que yo, esto es, que todos piensan con su cabeza, y cada uno hará en su casa lo que le pareciere.

No por esto crea V. que aborrezco toda clase de bailes por mi humor tétrico ni por mi edad madura: mas viejo que yo era Sócrates cuando comenzó á tomar las primeras lecciones del baile, y no perdió nada de su filosofía por esta afición.

No ignoro que el origen del baile casi se pierde en su misma antigüedad, y esta diversion ha sido universal en todo el

mundo, aun entre las naciones bárbaras. Ella ha tenido parte en los cultos religiosos, en los enlaces de bodas, y en las particulares festividades de la paz, y hasta entre los horrores mismos de la guerra.

Por tanto, pretender desterrar una diversion tan generalmente recibida, seria un absurdo antisocial; porque el baile en sí es indiferente, y solo malo ó bueno, segun el uso que de él se haga, y conforme el espíritu con que se baile. Santo fué el baile de David delante de la Arca, y maldito el de los Israelitas al rededor del becerro; pero ¡cuán diverso fué el espíritu de estos bailadores.

Bailar por alegría, bailar conservando las leyes del honor y la modestia, es buen bailar, no hay quien lo condene. Los reyes, los hombres mas juiciosos y timoratos han autorizado esta diversion, no solo asistiendo, sino dando ellos mismos unos bailes suntuosísimos. Tales fueron los que dió Catalina de Médicis á los reyes de España, el memorable que dieron los padres del concilio de Trento en esta ciudad á Felipe II, año de 1562, y el muy distinguido que dió Luis XII en la de Milan, rompiendo el mismo monarca,

y danzando en él los cardenales de San Severino y de Varbona.

Estos bailes y todos los que sean arreglados son loables y pueden frecuentarse sin riesgo; pero no son todos así seguramente. Yo asistiré y llevaré á mi hija á los que me parezcan tales, acordándome que el sabio Blanchard dice: „Que en cuanto á saber bailar es un ornamento que es bueno procurarse, porque seria llevar el rigorismo muy léjos, impedir absolutamente el baile á las personas de mundo, y no se puede condenar sino el abuso de él.” Pero en virtud del parecer de este autor y por las obligaciones que me impone la religion sé que no debo llevarla á ciertos bailes que comienzan con ceremonia y etiqueta, y acaban en manoseo y retozo. Esto haré yo; pero no me opondré á que V. y los demas hagan lo que quisieren. Calló el coronel, y Doña Eufrosina, no pudiendo sufrir mas esta reprension, varió de plática, y á poco rato se despidió con su marido.

A pocos dias encontré á Tulitas la ahijada del coronel, pero en un estado tan infeliz que no la conocia; porque estaba muy sucia trapienta, descolorida, flaca y

enmarañada. La pobre me habló y en un instante me contó sus desgracias, y cómo habia estado en la cárcel y acababa de salir del hospital; y estaba arrimada en casa de una vieja que habia sido amiga de su madre. Yo me compadecí de ella, la socorrí con lo que pude y me despedí.

Le conté este pasage al coronel delante de Doña Matilde y de su niña, y me dijo: No te admires: tal es, casi siempre, el paradero de las jóvenes bonitas que no se saben apreciar ni conservar su honor con constancia. El mundo las seduce, las halaga y las lisonjea por unos dias; pero al fin las abandona con infamia en los brazos de la miseria y de una vejez harto infeliz.

Despues que corren alegremente un poco de tiempo pisando flores por el camino de la prostitucion, despues que marchitan su juventud con los placeres, bailes, fiestas y bureos, cuando ménos lo piensan se hallan despreciadas de sus adoradores, hechas el juguete de todos, y encuentran en el hospital ó la cárcel los mejores lugares en que llorar el fruto de su mal apreciada libertad. Gertrudis me compadece, pero tiene mil compañeras dignas de la misma compasión. Ya se vé que es-

ta muchacha no se hubiera perdido si no hubiera sido por su madre.—¿Le preguntaste por ella?

Si le pregunté. Me dijo que habia muerto, y añadió muchos sentimientos de su conducta. Dios la haya perdonado, me dijo: ¡ojalá no me hubiera concebido en sus entrañas! Ella me hizo existir en el mundo; pero tambien me hizo infeliz en él. ¿Qué gana tenia yo de haber perdido mi crédito, ni haber pasado lo que solo Dios sabe? Muy bien estaba yo en casa de mi padrino tu tutor: nada me faltaba á su lado, y sobre todo, estaba yo con honra y frecuentando los santos sacramentos, como tú lo veias. Tal vez alli me hubiera yo casado, y no que mi madre, Dios se lo perdone, por la maldita codicia me vendió al infame D. Gervasio, y de allí se originó toda mi ruina, de la que no me repararé en la vida. Diciendo esto, comenzo á llorar amargamente; yo me constringí lo bastante, le di alguna cosilla, y me despedí como ya dije.

Repito, continuó el coronel, que es digna de mucha lástima Gertrudis. La frase con que ella culpa á su madre es bien adecuada. Por la codicia venden muchas

á sus hijas y las hacen desgraciadas toda su vida; con razon estas les hacen despues semejantes honras. Si las muchachas que se abandonan por su gusto, se hacen acreedoras al desprecio universal, ¿de qué execraciones no serán dignas las madres impías que trafican vilmente con sus hijas?

En esto estábamos cuando entró el rancho Pascual muy contento á avisar al coronel como para el inmediato domingo estaba prevenida la boda de Culás. D. Rodrigo recibió la noticia con agrado, y le dijo que el sábado estuviese en Méjico con ocho caballos buenos, porque queria ir la familia de su cuñado. Pascual ofreció hacerlo así, y dejando muchas memorias á su ama, se fué para su rancho.

Me gusta este Pascual, decia el coronel, por hombre de bien y candoroso. Sin embargo de que la malicia ha extendido su imperio por todas partes, se encuentran entre estos pobres rústicos algunas almas tan sencillas y algunos corazones tan limpios, que es preciso amarlos luego que se tratan. Por lo comun no conocen el disimulo, la mentira, ni la vanidad, y esto los hace recomendables para toda gente sensata. Ellos es verdad que ignoran la

finura, cumplimientos y faramallas de las ciudades; pero en cambio poseen muchas virtudes morales y cristianas con las que pasan en su estado una vida feliz, y al fin aseguran la eterna. Por esto dice S. Agustín que los indoctos arrebatan el cielo. Es una lástima que se eduquen tan groseramente, y que se instruyan tan poco en su religion. Si muchos de estos tuvieran mejores conocimientos de Dios, de sus atributos y perfecciones, de la naturaleza en comun y de la suya propia, serian ménos idiotas, mejores padres y maridos, y darian á sus virtudes mas brillo y elevacion, conservando las que poseen y adquiriendo las que no conocen.

¿Pero en que está, dije yo, que á pesar de la natural buena inclinacion de estas pobres gentes, las vemos algunas veces cometer unos delitos enormísimos, y los advertimos incurrir en unas boberias casi increíbles, especialmente los indios, en los que se notan unos defectos tan comunes y generales, que no parece sino que pasan por herencia de padres á hijos? porque los indios son mezquinos, rudos, embusteros, supersticiosos, desconfiados, y muchos borrachos y ladrones. ¿En qué estará es-

to, quisiera yo saber? porque no comprendo por qué en cada clase de gentes sobresale cierta clase de vicios que parece que le son privativos. En los ciudadanos veo resaltar la intriga, la falsedad, la adulacion, la vanidad, la soberbia y el orgullo, si son ricos; (*) si son pobres, los veo holgazanes, descuidados, atrevidos, sinvergüenzas, necios y abandonados á los vicios mas torpes. En los payos ó gente rústica veo que sobresale la barbarie, el despilfarro, la grosería, y la supersticion; en los indios lo que ya tengo dicho, y asi discurrendo por las demas clases del estado.

Hijo mio, tu duda es curiosa é interesante, dijo el coronel: yo no sé si te la podré satisfacer. El clima, las costumbres, las leyes y la religion del pais donde se nace, influyen poderosamente para formar el carácter de los hombres. Entiendo por carácter aquel apego y entusiasmo con que cada nacion conserva los modales que

(*) *Todo esto se entiende con la respectiva restriccion, pues no se puede hablar generalmente. Muchos ricos habrá con estos vicios y mas, y muchos pobres con otros, y alguno sin vicio notable &c. En todo cabe la excepcion.*

le enseñaron sus mayores, ó que ha ido adquiriendo en el discurso de los tiempos. La primera educacion que recibimos tambien influye mucho para formarnos el espíritu y para diferenciar nuestro carácter de aquellos que no la recibieron igual.

Concebida la verdad de estos principios, naturalmente se viene en conocimiento del motivo por que son tan varios los caracteres de los hombres, no solo considerados de nacion á nacion, sino tambien de provincia á provincia dentro de un mismo reino.

En esta inteligencia, no es extraño que los payos, los pobres y los indios tengan un carácter diferente ó unas diferentes inclinaciones respecto de los ciudadanos ricos é instruidos. La educacion y los principios de estos son diversos de los de aquellos: por consiguiente, debe ser diverso el carácter de unos y otros. Esto nada tiene de raro.

Busquemos en la educacion el origen de los vicios y de las virtudes de los hombres, y no nos será difícil encontrarlo. Mientras la educacion sea burda y abandonada, los hombres serán groseros y se inclinarán á los vicios mas torpes. En el

estado natural, cuando el hombre abandonado á sus pasiones, sin religion, sin leyes ni gobierno, sin seguridad y sin cultura, vagaba por los montes ya oprimiendo al desvalido, ó huyendo del mas fuerte, ¿qué eran sino unos bárbaros que tan pronto se engreian con el mas criminal despotismo, como se encorvaban bajo la esclavitud mas vil? De cualquier modo deshonoraban la humanidad, ya tiranizando á los infelices, y ya sirviendo de infames instrumentos para que los poderosos satisficieran su caprichos.

En medio de estos casos progresivamente apareció la religion, se reunieron en sociedades, se juraron las leyes, se establecieron los gobiernos; y mira aquí al hombre convertido de asesino en filántropo; de ladron en custodio de los intereses de sus semejantes; de holgazan en laborioso; y últimamente, de salvage temible en ciudadano provechoso.

Tal ha sido la suerte de los pueblos, y tal es y será la de todos los individuos de la especie humana. Segun la idea que se formaren de la religion y del gobierno, segun la sociedad en que se crien, la educacion que reciban y las costumbres que

vean practicar, así saldrán ellos como he dicho.

El pobre rancharo, el infeliz indio, el plebeyo abandonado, que ignora la religion que dice profesa, que no conoce la justicia de las leyes, ni advierte la gravedad de los delitos que comete, y á mas de esto, se ha criado en medio de una familia soez, educado con los pésimos ejemplos de unos padres viciosos é ignorantes, ¿qué podrá ser sino un inculto barbajan, y acaso un vicioso perdurable? Sin advertir la mútua conveniencia que nos resulta de sujetarnos á las leyes civiles, sin saber cuánto nos obligan las eternas, sin probar jamas los dulces frutos de las ciencias, y sin noticia de lo que es probidad, honor y vergüenza; ¿qué puede ser, repito, un hombre de estos, sino un necio, un mal padre, un peor marido, y un pésimo individuo de la especie humana?

Tú me preguntarás que á quién le toca poner el remedio sobre estas cosas y velar acerca de la buena educacion de estas gentes, y yo no me detendré para decirte que al gobierno. Los reyes en primer lugar, y en segundo los que tienen sus veces, son los que tienen esta sagrada obli-

gacion conforme el sagrado texto: ¿Te ha constituido Dios, dice el Eclesiástico, (*) superior de estos individuos? Pues ten cuidado de ellos.

Nuestros soberanos, penetrados bien de este principio, han querido siempre desempeñar este divino precepto. Las repetidas y piadosas órdenes que en todos tiempos han expedido para que se establecan escuelas en todos los pueblos, las academias que han erigido en este y en el otro continente, los colegios que han recibido bajo su patronato real, los premios que han querido se consagren al mérito &c. &c., son pruebas nada equívocas de que han tratado de desterrar de entre sus vasallos la holgazanería y la ignorancia, y de consiguiente la miseria y el vicio, detestando como reyes católicos aquel inicuo axioma del falso político Maquiavelo, que decia ser conveniente á las metrópolis mantener sus colonias pobres y estúpidas, como si la indigencia y la barbarie fueran mas poderosas para sujetar á los hombres á la razon, que no la mediocridad y la doctrina ó enseñanza.

Los excelentísimos señores vireyes han

(*) *Ecclesiast.* 31. 1 y 2.

cumplido por su parte las disposiciones de los reyes, publicando sus órdenes y haciéndolas valer en lo posible. Pues si esto ha sido así, dirás: ¿En qué consiste que en el reino haya tanto holgazan, ignorante y vicioso como se ve? No sé si atinaré con la respuesta; pero escucha. No siempre depende de las primeras voluntades el que se cumplan sus benéficas intenciones. Ni los reyes, ni los vireyes, ni los magistrados, ni cualesquiera superiores son como Dios, que con un solo acto hace cumplir su voluntad por sí, sin necesidad de ageno auxilio. Todos los hombres somos muy miserables y limitados: siempre estamos dependientes unos de otros, y necesitamos valernos de los demas para verificar muchas veces nuestros designios. He aquí la resolución del problema.

Los reyes han querido que sus vasallos se instruyan y se eduquen rectamente: para esto han mandado se establezcan y fomenten escuelas en todas partes: sus vireyes han comunicado las reales órdenes á los jueces y curas de los pueblos, como que estos son los agentes inmediatos y á quienes corresponde llenar las be-

néficas intenciones del Soberano. Y bien: ¿se cumplen en todas sus partes y como debía ser? Los resultados dicen que no, por mas que los subdelegados y párrocos digan que hacen cuanto pueden.

No ignoro que algunos de estos se desvelan y se afanan porque los indios de sus pueblos reciban la instruccion mas conveniente y proporcionada á su capacidad; pero tambien sé que no son los mas, y por esta verdad responde la estupidez de los indios de casi todas las provincias del reino.

No solamente en los pueblos se lamenta este descuido en la primera educacion de los pobres. En las ciudades y en la capital misma no se observa mejor con corta diferencia. ¿No ves la multitud de muchachos trapientos y haraganes que vagan todo el dia por las calles? ¿no te encuentras á cada paso con una tropa de vagamundos que andan jugando á los clavitos y al picado en las esquinas y plazuelas sin mas aparente ocupacion que vender billetes? ¿no te ha escandalizado el ver pedir limosna unas criaturas de cuatro y de cinco años? ¿Pues esto qué prueba sino que tienen unos padres indo-

lentes, y unos curas que tal vez ignoran que tienen semejante clase infeliz de feligreses?

Después que yo veo la abundancia de muchos perdularios que sobrecargan con su peso la sociedad, no me hace fuerza ver unos hombres borrachos tirados en las calles como unas bestias, ni me admira que haya tantos ladrones y viciosos arrastrando una cadena, sufriendo unos azotes afrentosos ó pagando en el último suplicio sus delitos. Nada de esto me admira, porque es consiguiente á la abandonada educacion que recibieron; y seria un delirio esperar frutos sazonados de semillas ruines.

Ya ves aquí descubierto el origen de los vicios que especialmente notas entre la gente pobre é ignorante, y ves como no basta á impedirlo las mas sanas providencias de los reyes ni las eficaces diligencias de los que gobiernan en su nombre. Los ojos que miran de cerca á sus pueblos y las manos que estan destinadas para repartirles el pan de la doctrina, son los que deben cooperar á esta grande obra.

Para ella no basta que haya escuelas en los pueblos ni en las feligresías; se nece-

sitan indispensablemente dos cosas, y faltando una de ellas, las escuelas valdrán tanto como nada. Es pues preciso que haya escuelas, pero que esten encargadas á maestros idóneos, no solo para enseñar el catecismo y las primeras letras á los muchachos, sino tambien buenas costumbres. ¿Mas, qué se podrá esperar de unos maestros, como yo los he visto, no solo ignorantes, sino tambien viciosos? Alguno he conocido que desde la mañana hasta la tarde estaba enviando por aguardiente. Todo el dia borracho, ¿qué podria enseñar á sus discípulos? y ¿qué aprovechados saldrian estos con un ejemplo semejante?

No es raro hallar en los pueblos esta clase de individuos, ni es difícil encontrar sujetos de probidad é instruccion que desempeñen el título de maestros á satisfaccion de los curas; pero dotándolos regularmente. Mas querer hallar hombres instruidos y á propósito que se sujeten á esta fastidiosa tarea por veinte ó catorce reales semanarios, es imposible.

Dótense bien esas plazas, y sobrará quien las ocupe dignamente. Si se me preguntara ¿que de qué fondos debian salir es-

tas dotaciones? Yo dijera, que de las cajas de comunidad de los indios y de las particulares de los comerciantes y hacendados de sus pueblos, pues á todos alcanzaba el beneficio de la buena educacion de los muchachos.

No es esto tan difícil como parece. Si los señores párrocos persuadieran á los indios las ventajas que resultarían á ellos y á sus hijos de la buena educacion que estos les dieran, si les hicieran ver que era mas grato á Dios y provechoso á ellos que educasen bien á sus hijos que no que gastasen su dinero en fiestecitas, ni en vestidos de soldados en la semana santa, en comedias, loas, retos y otras frioleras inútiles, cuando no perniciosas á ellos mismos, seguramente recibirían los paternales consejos de sus curas; porque el indio en concibiendo que le interesa alguna cosa, se presta á ella á costa de los mayores sacrificios, y abrazada por ellos esta idea, franquearían sus arcas, y se hallaría con que dotar maestros hábiles, que gobernasen sus escuelas, que es la primera condicion que se requiere para la buena educacion de los pueblos.

La segunda no es ménos importante, y

consiste en celar que los muchachos vayan á ellas; porque si no, ¿de qué servirán los buenos maestros? Esto me parece ménos difícil que lo primero, en queriendo que lo sea los que mandan en los pueblos. ¿Qué dificultad hay para saber cuántos muchachos hay en un pueblo? ¿por qué no se podrán llamar por lista todos los días como se hace con los soldados? Faltando alguno, ¿qué teología se necesita para averiguar en quién consistió la falta, si en el muchacho, ó en su padre, ni para castigar irremisiblemente al culpado? y por último, ¿qué no pudieran hacer el maestro y el gobernador, auxiliados por el subdelegado y el cura? Seguramente se conseguiría el fin, y se llenarían muy en breve las intenciones de nuestros benéficos monarcas.

Lo mismo y con mas facilidad se podría hacer en las ciudades; y ves aqui, segun me parece, realizado el plan de educacion general en dos palabras que hasta hoy tenemos en un pié lamentable: *Buenos maestros que enseñen, y mucho cuidado para que los muchachos aprendan.* Si por fortuna á este cuidado se juntara algun amor del bien público de parte de los pár-

rocos y jueces, y procuraran animar á la juventud con algunos premios y cariñosas distinciones, entónces yo aseguro que no muy léjos, dentro de diez años, se harian demasiado perceptibles las ventajas.

Pero yo me he distraído mucho en esta conversacion, que quizá te habrá enfadado por prolija; aunque tú has tenido la culpa por haberme tocado en un punto que siempre he visto con el mayor interes y compasion. Son ya las doce, y se me habia olvidado que tengo que ir á casa del marques.

Yo le dí las gracias por la confianza que me dispensaba, asegurándole que léjos de fastidiarme su conversacion, siempre me era demasiado agradable por la instruccion que en ella recibia. Con esto se despidió el coronel, yo entré á hablar un rato con Doña Matildita y su niña, y á poco me despedi tambien.

CAPITULO VIII.

En el que se cuenta la desgraciada aventura de Pomposita, y el casamiento de Culás y Marantoña.

Al dia siguiente pasé mi catre, mi baul y mi corto ajuar á la casa del coronel, y el inmediato sábado llegó Pascual con los caballos. Sin pérdida de tiempo se avisó á Doña Eufrosina para que dispusiera el paseo por su parte, y ella contestó que por estar enferma iria en coche con unas amigas suyas; pero que D. Dionisio y Pomposita irian á caballo.

En esa noche se dispuso todo lo necesario en las dos casas. A otro dia oimos misa temprano, y cuando volvimos de la iglesia ya estaba prevenida Doña Eufrosina y sus amigas, D. Dionisio, el anciano eclesiástico, el señor Labin, el Licenciado Narices y algunos otros.

¡Santa Bárbara sea conmigo! dijo Pascual al ver tan grande y lucida comitiva. Todos oimos su desaforado grito, y lo vimos coser la barba con el pecho; pero á ninguno le ocurió preguntarle la causa: tal estábamos de entretenidos.

rocos y jueces, y procuraran animar á la juventud con algunos premios y cariñosas distinciones, entónces yo aseguro que no muy léjos, dentro de diez años, se harian demasiado perceptibles las ventajas.

Pero yo me he distraído mucho en esta conversacion, que quizá te habrá enfadado por prolija; aunque tú has tenido la culpa por haberme tocado en un punto que siempre he visto con el mayor interes y compasion. Son ya las doce, y se me habia olvidado que tengo que ir á casa del marques.

Yo le dí las gracias por la confianza que me dispensaba, asegurándole que léjos de fastidiarme su conversacion, siempre me era demasiado agradable por la instruccion que en ella recibia. Con esto se despidió el coronel, yo entré á hablar un rato con Doña Matildita y su niña, y á poco me despedi tambien.

CAPITULO VIII.

En el que se cuenta la desgraciada aventura de Pomposita, y el casamiento de Culás y Marantoña.

Al dia siguiente pasé mi catre, mi baul y mi corto ajuar á la casa del coronel, y el inmediato sábado llegó Pascual con los caballos. Sin pérdida de tiempo se avisó á Doña Eufrosina para que dispusiera el paseo por su parte, y ella contestó que por estar enferma iria en coche con unas amigas suyas; pero que D. Dionisio y Pomposita irian á caballo.

En esa noche se dispuso todo lo necesario en las dos casas. A otro dia oimos misa temprano, y cuando volvimos de la iglesia ya estaba prevenida Doña Eufrosina y sus amigas, D. Dionisio, el anciano eclesiástico, el señor Labin, el Licenciado Narices y algunos otros.

¡Santa Bárbara sea conmigo! dijo Pascual al ver tan grande y lucida comitiva. Todos oimos su desaforado grito, y lo vimos coser la barba con el pecho; pero á ninguno le ocurió preguntarle la causa: tal estábamos de entretenidos.

Se ensillaron los caballos, y el de Pomposita se adornó con un famoso sillón: cada uno fué montando en el que le tocaba. Pero ¡cuál fué mi admiración y la de muchos cuando vimos salir á la niña Pudenciana y á su mamá vestidas con sus túnicas de montar, calzadas con sus zapatos de botín, con acicates de plata, y adornadas sus cabezas con unos gorros muy preciosos!

Inmediatamente que llegaron adonde estaban sus caballos, montaron en ellos con bastante ligereza, y comenzamos nuestra agradable caminata.

El acompañamiento era tan grande y tan lucido, que traía sobre sí la curiosidad de las gentes que encontrábamos por las calles, siendo Matilde y su hija los objetos que mas se llevaban la atención.

Los caballeros que nos acompañaban se deshacían en elogios á Pudenciana, cuyo garbo les era demasiado agradable. Unos decían que parecía una Pálas, otros una amazona; estos, la emperatriz de las Rusias cuando fué al frente de sus ejércitos á atacar á la Puerta Otomana; y todos á porfí la colmaban de alabanzas y le dirigian sus comparaciones mas ó ménos adecuadas, pero segun podían.

Tan repetidas alabanzas lastimaban fuertemente los oídos de Pomposita, quien no pudiendo ya sufrir que ensalzasen tanto á su prima en su presencia, dijo: ¡Qué te parece, niña? Cierto que has caído en gracia á estos señores. ¡Qué bien ha hecho mi tío en enseñarte á andar á caballo como los hombres! Yo la verdad, estoy envidiosa de esa tu rara habilidad, y desde ahora prometo que voy á empeñarme con papá para que Lailson (*) me instruya en el arte de la equitación, por si algun dia me viere en necesidad de hacer maromas en el circo; aunque tú estás muy adelantada, y podrás hacerme el favor de enseñarme.

Pudenciana se puso colorada por la burla de su prima; pero no se atrevió á responderle una palabra. Sus padres iban á tal distancia, que no pudieron oír nada de esto; mas el caballero Labin se encargó de defenderla de este insulto, enfadado por la altanería de Pomposa, á quien dijo: Señorita, tiene V. mucha razón para envidiar la habilidad de esta niña, pues lo es en efecto saber montar á caballo y llevar el cuerpo con la gracia que ella lo lleva. Na-

(*) Felipe Lailson, conocido en la Europa y en esta América por su grande habilidad en el arte de Equitación.

da hemos puesto de nuestra bolsa en alabarla: si V. anduviera así, merecería nuestros elogios igualmente.—¡Ay! yo, ni pensarlo. Dios me libre de ser tan ridícula ni tan machorra que montara á caballo como hombre. Mi papá y mi mamá dicen muy bien, que eso es una indecencia en una muger, y es querer hacerse muy singulares entrar por semejantes monerías.

—Sus padres de V. dirán lo que quisieren; pero pienso que segurament se equivocan. Yo he andado por diferentes partes de la Europa, donde he visto que casi todas las señoras no montan de otra manera. Aquí en Méjico hemos visto seguir esta costumbre á algunas extrangeras y españolas. Pero prescindiendo de los ejemplos, la razon y la experiencia nos manifiestan la bondad y la inocencia de este uso (*). El nada tiene de nocivo á la sa-

(*) *El señor Labín tal vez no ignoraría que Dios en el capítulo XXII del Deuteronomio, prohibió expresamente que el hombre se vistiera como muger y la muger como hombre; pero sabía que un caso de necesidad indulta de esta observancia. y el caminar puede ser este caso; por eso defendió la costumbre solo con esta ocasion, dejando á los teólogos la resolucion decisiva de la materia.*

lud, cualidad que no falta á estos sillones (*). Yo aseguro que con el movimiento del caballo, ya no lleva V. la cintura muy á gusto, y no hemos andado media legua, ¿qué sería en un camino largo?

Tampoco tiene nada de indecente usándose con las precauciones que esta niña. Ya V. habrá visto que apénas se apea, cuando, si quiere, con abrochase los botones de otro modo, ya está con túnico y enteramente en trage de muger.

Careciendo este uso de las malas cualidades de indecente y nocivo á la salud, tiene las ventajas de facilitar á una muger el cabalgar, de hacerla ménos pesada á los hombres que la acompañan, de proporcionarle la carrera sin riesgo, de librarla por consiguiente de un peligro; y de precaver, aun en el caso de que caiga, que se ofenda su honestidad.

Que me señalen iguales ventajas en el uso de los sillones; y si no las pueden señalar, sujetémonos á la razon, y cuando mas, que no admitan la moda; pero tampo-

(*) *Las propensas á hemorragias ó flujos de sangre y las grávidas, pueden resentir el montar á caballo de cualquier modo que sea.*

co se burle nadie de quien la sigue, pues en esto acreditará su necedad. Tan malo es seguir las modas malas por capricho, como no seguir las buenas por preocupación, y mas cuando la razon nos convence de su utilidad.

Tanto se embobó Pomposita oyendo al señor Labin, que se le cayó el paragua sobre las orejas del caballo. Este, sin embargo de su mansedumbre, se espantó al verse con aquel embarazo delante de los ojos; y sin esperar razones, dió la estampida, y á poco trecho cayó en tierra mi señora D.^a Pomposa, mal de su grado; pero en tan indecente postura, que cuando ménos, nadie dudó de qué color eran sus ligas. Los mozos corrieron á atajar el caballo, y nosotros fuimos apriesa á socorrer á la desventurada.

Inmediatamente la levantamos y la metimos en el coche. Por fortuna no recibí mas daño que una ligera contusion. Su vanidad sí quedó bien abatida, y mas cuando el señor Labin le dijo: Senorita, siento mucho este accidente, y para que no lo vuelva á experimentar, le aconsejo que aborrezca los sillones, y se acostumbre á cabalgar como su prima, pues así irá

siempre mas segura en los caballos.

Dejámosla con el coche, y continuamos nuestro paseo. El coronel y su esposa se juntaron con nosotros, y fuimos andando y conversando todos alegremente, ménos Pascual, que iba en su mulaca bizbajo y pensativo sin hablar una palabra, manifestando que alguna pesadumbre oprimia su corazon.

El coronel reparó en su tristeza, y acordándose de la fervorosa exclamacion que acababa de hacer en Méjico á Santa Bárbara, no pudo ménos sino preguntarle con el mayor empeño la causa de su afliccion. ¿Qué tienes, Pascual, le decia, estás enfermo?—No, señor.—Te has arrepentido de que se case Culás?—¡Ojalá fuera ese mi cuidado!—¿Te falta dinero para alguna cosa precisa?—Aunque me falte y aunque lo tenga, de nada me sirve agora.—¿Pues qué tienes, hombre? ensánchate, á ver si podemos consolarte.—Apurarme mas podrán sus mercedes por ora; pero eso de consolarme, ¿cuándo?—¿Conque nosotros podemos afligirte? ¿De qué modo? Vamos, explícate, no nos tengas en duda de ese enigma.

—Pues señor amo, si no se ha de eno-

jar su mercé, voy á confesarle la purísima verdad, aunque me cueste harto trabajo decirlo, pero por eso se dice que mas vale vergüenza en cara, que rencilla en corazón: y que es mas mejor ponerse una vez colorado que ciento descolorido, pues al buen pagador no le duelen prendas....

—Vamos, hombre, acaba con tantos refranes, que te nos vas volviendo Sancho Panza entre las manos. Despacha, ¿qué es lo que tienes? ¿qué te aflige?

—¿Qué me ha de apurar, señor! ya sabe su mercé como el diablo que no duerme hizo que mi muchacho Culás viera de buen ojo á Marantóna, esa que va á ser su muger agora mismo; y luego que me lo dijo, le dije yo: Hijo, yo estoy opuesto á cuanto tú quieres porque la muchacha es buena; y mas mejor es que te cases que no te quedes ansina; y yo luego luego dí traza para pedírsela á su padre el tío Benino, quien no se hizo mucho de rogar, y como ya todo estaba de punto, quije que no quise fué menester buscar dinero, porque para todo quieren dinero en esta triste vida, y por el dinero baila el perro, como su mercé sabe....

Estimo tus favores, dijo el coronel; pe-

ro sigue tu cuento sin rodear tanto, pues segun vas pienso que no lo acabas en ocho dias....

El eclesiástico y los demas señores suplicaron á D. Rodrigo que dejase hablar á su criado quanto quisiera, y que se explicara conforme fuera su gusto, porque ellos no lo recibian ménos al escucharlo. El coronel dijo á Pascual que continuara, y este con la misma sencillez que comenzó, prosiguió su cuento de esta manera: Pos señor, como era menester dinero, ¿que hago? Cojo y vendo un burro mestro, con perdon de sus mercedes, y dos vacas paridas, que por todo me dieron treinta pesos; á juera de esto, empuñé las tierritas de Culás en veinte pesos, que hacen treinta.... cuarenta.... cincuenta pesos; y como no alcanzaba para los gastos, se acordará su mercé que le pedí veinticinco pesos prestados, que son cincuenta.... sesenta.... setenta.... setenta y uno, setenta y dos, setenta y tres, setenta y cuatro, setenta y cinco pesos cabalitos, sin medio mas ni medio ménos; y de este dinero gasté diez y seis pesos que le dí al señor cura por el casamiento; seis varas de indianilla para la novia, que costaron á once reales y medio ca-

da vara: que son . . . seis pesos por un lado, y seis pesetas . . . ¡Válgame Dios! seis pesetas, y luego seis reales y seis medios . . . En fin, señor amo, agora no puedo ajustar la cuenta; pero allan casa con mis frijoles y mis habas se las ajustaré en un brinco, porque los frijoles son reales y las habas pesos: y ansina se cuentan ocho frijoles y se aparta una haba, se cuenta otros ocho y se aparta otra haba, y en una carrera se ajusta cualquier cuenta.

No pudo ménos Pudenciana que reirse grandemente del modo de contar de Pascual, y se acordaba con agra decimientto de las reflexiones que su papá le habia hecho cuando la enseñó á valerse de los números.

Pascual que no entendia lo que hablaban, y que ya rabiaba por contar el motivo de su afliccion, dijo: Perdone su mercé que la encuarto; pero yo he gastado todo ese dineral, pensando quedar bien debajo de ser un pobre; pero como no hay gusto cumplido en esta triste vida, de una hora otra se me cayó el gozo en el pozo, porque la verdad, yo pensé que vinieran solo sus mercedes y la señora D.^a Frosina y su niña; y me voy jallando esta mañana

con todo el patio lleno de gente, y estoy que se me qué la cara de vergüenza, al ver que agora vamos entrando en Tacubaya con coche y tantos caballos, y señores y señoras tan decentes, que parece que van al casamiento de la vireina, y todo el pueblo se alborotará; y yo quijiera quedar bien, y en esto que no alcanza la comida, pues cuando mas y mucho habrá para veinte almas, y solo aquí vamos mas de los veinte, ajuera de los parientes y conocidos que estan allán casa, que no sé como nos vendrá la gurupera. Vea su mercé si mi apuracion es moco de pavo, y si tengo razon no digo para ir triste, sino para llorar lágrimas de sangre; porque será bravo dolor que despues de despulsarme por quedar bien, no tenga agora ni que darles que comer á estos señores, que para su mercé no faltará.

Rieron todos á carcajada suelta luego que Pascual acabó su relacion, porque al concluirla miró á todos, suspiró y puso una cara de jugador cuando se le arranca el último peso, y no tiene á quien pedirle.

La bulla y algazara que armaron fué tal, que la oyó Eufrosina, quien hizo parar el coche para informarse del motivo. Se lo

contó el señor Labin en dos palabras, y todas las niñas que iban en el coche alteraron en la risa con los hombres.

Pascual no dejó de ciscarse, y no quisiera verlos tan alegres á su costa. El coronel advirtió la incomodidad de Pascual, y para sosegar un poco la risa general, llamó la atención de todos, diciendo: Señores, la candidez del pobre Pascual me trae á la memoria el cuentecillo de aquel rey que habiendo salido á caza, le anocheció, y perdido sin encontrar el camino real, no tuvo otro arbitrio que hospedarse en un cortijo ó rancho miserable, donde los monteros, soldados y criados acabaron con cuanto habia para dar de cenar al rey y su corte, y cenar ellos. Pasó la noche, y el día siguiente al despedirse el rey del pobre viejo, dueño del rancho, le dijo que le pidiese alguna merced. El entonces con las lágrimas en los ojos le dijo: Señor, el mayor favor que pido á vuestra Magestad, es que en la vida me vuelva á hacer otra visita, porque si en una noche han destruido sus criados todo el fruto de mi trabajo de muchos años, en asegurando otra visita, me echará vuestra Magestad á pedir limosna con mi familia.

Al rey le cayó en gracia la ingenuidad y sencillez de aquel labrador, y le dejó consolado, resarciéndole sus pérdidas generosamente. Tú, Pascual, consuélate también, y está seguro no solo de que alcanza la comida que has dispuesto, sino que sobra; porque todos estos señores son de muy poco comer. No calmó mucho esta esperanza la tristeza de Pascual; y así continuó en silencio y con su cara de hierro, hasta que llegamos á Tacubaya.

Poco ántes de las nueve de la mañana serian cuando entramos en aquel ameno pueblecito, y al instante comenzaron á repicar en la parroquia. Muchos creyeron que el repique era por nosotros; mas se engañaron, pues fué el primero para llamar á la misa mayor, y estaban avisados los campaneros para que luego que entrásemos repicaran.

Pascual queria que los cocheros se dirigiesen á su casa; pero el coronel mandó que fuesen á las casas curales. El párroco, que habia sido condiscípulo del coronel, y era muy su amigo, le recibió con la familiaridad mas cariñosa, y con mucha atención á los demes señores.

D. Rodrigo advirtiendo que ya se acer-

caba el tiempo de la misa, trató de que fuésemos á la casa de la novia para conducirla á la iglesia.

Ya estaban esperándonos los novios, sus padres, amigos y parientes. Culás estaba de gala con sus calzones de pana azul galoneados y bien surtidos de botones de plata: unas buenas botas picadas y bordadas de oro y azul: sus zapatos abotinados de cordovan, de los que llaman de boca de cántaro: una muy curiosa cotona de indianilla verde guarnecida de listoncito de color de rosa: su mascada del mismo color: su sombrerito redondo, pardo y con toquilla y galon de plata, concluyendo este lujo con una famosa manga de paño azul con dragona carmesí y galones y flecos de oro.

La novia no estaba ménos decente en su clase, porque tenia un traje de india fina de fondo lacre: su mascada de las que llamaban de arcoiris: sus aretes de piedra inga muy relumbrantes: unos tres ó cuatro hilos de perlas finas, aunque menudas, sus cintillos de iguales piedras que los aretes: una porcion de listones en la cabeza que sujetaba una peineta de carey; y remataba su compostura con unas medias de seda nueva de primera, y unos zapatos de

raso color de rosa bordados de plata.

Culás era un moceton alto y bien formado, rubio y como de veinte y seis años de edad; y Marantoña, como le decia Pascual, seria como de diez y ocho ó diez y nueve, gordita, no muy alta, pero sí blanca, güera, colorada y con unos ojos grandes y negros, los que juntos á una buena tez de cara y á una boca pequeña, encarnada y habilitada de buenos dientes, hacian una figura agradable.

Luego que pasaron las humildes saluciones de todos aquellos pobres, sacó D.^a Eufrosina un túnico negro, una mantilla y un abanico: todo muy bueno, como que era de gala, y queria que lo luciera la ahijada de su hermana; pero esta luego que entendió que la iban á vestir con aquella ropa, poniéndose mas colorada de lo que era, le dijo: ¡Ay! no señora; yo con su licencia no me pongo esos sacos prietos. Esos se quedan para las señoras como su mercé; pero ¡para mí que soy una pobre paya! En mi vida me he puesto eso: ¡qué dirán mis amigas si me lo ven puesto? Ya parece que las oigo. Dirán: Mire la ranchera motivosa: ayer andaba arreando vacas con sus naguas de gerguetilla, y agora sa-

le izque con túnico negro, como una marquesa ó una conda. Así dirán, y otras cosas mas peores. Conque no señora: yo iré á la iglesia con mi rebozo de seda que me ha comprado mi señor padre, y que se queden esos vestidos para los ricos, ó para los pobres que quieran ser ridículos.... ¿Pero esto como se tré? Preguntaba por el manejo del abanico. Se lo enseñó Eufrosina, y ella abriéndolo con las dos manos, se soplabá con mucha gracia, y decía: *Pos mire, este sí que es un bonito aventador.* ¡Ay! cuánto muñequito tiene! cuántas florecitas! y qué varitas tan doradas! Este sí lo llevaré para soplarme en la iglesia ansina que me apure la calor.

Todas se reían por la sencillez de María Antonia, quien hubiera llevado el abanico como decía, si se lo hubieran dejado; pero Da Matilde le dijo: Hijita, esto no lo puedes llevar si no te pones el túnico negro y la mantilla; y á mas de esto era menester que lo supieras manejar con garbo y con una mano, porque si no, te harían burla cuantos te vieran—¡Oh! pos en siendo ansina, masque nunca lo lleve: que se quede ahí, que á bien que si me apurare la calor, me soplaré con la punta de mi rebo-



Este sí que es un bonito aventador.

zo, que esa sí la sé menear bien con una mano y sin miedo de que se quebre, como puede suceder al aventador pintado.

El coronel dió prisa á las señoras para que nos fuéramos á la iglesia porque ya se habia dado el tercer repique para la misa, y así, poniéndose Marantoña su rebozo, se dirigió la comitiva para la iglesia.

En el camino decia el coronel á Doña Matilde: ¿Has de creer que me gusta la novia?—¡Hola! ¿te gusta? pues cástate con ella.... No es eso lo que te digo: me agrada en ella su carácter sencillo y su juicioso modo de pensar. ¿No oiste que oportuna leccion de conformidad dió á mas de cuatro que la escuchaban cuando rehusó ponerse el túnico negro? Esta es mucha humildad y moderacion en una payita jóven, de quien se debia esperar que estuviera deseosa de parecer bien y de componerse, aunque fuera de prestado, como lo hacen tantas aunque no estén de boda; pero Maria Antonia ha conocido la vanidad de este deseo, y no quiere exponerse á que sus iguales, envidiosas de su decencia, se la murmuren llamándola rota y motivosa, como ella misma dice.

Como la iglesia estaba inmediata á la casa de donde salimos, no tuvo tiempo el coronel para hablar mas sobre esto, y mucho ménos, porque luego que de la torre nos vieron ir, hicieron señas de dejar. Con esto nos apresuramos.

Estaba ya el cura revestido, y luego que entraron los novios y padrinos, procedió á las sagradas ceremonias del matrimonio, y cantó la misa despues de ellas. Concluida, salió de la sacristía y nos condujo á todos á su casa.

Pascual estaba entreverado, unas veces alegre y otras triste, acordándose de que no alcanzaba su comida para tantos, y mas triste se ponía al acercarse la hora de almorzar.

¡Pero cuál fué su sorpresa y su alegría cuando oyó decir al cura: Señores, vamos á la huerta á tomar alguna cosita, porque ustedes ya lo han de menester, como que madrugaron y han caminado aunque poco! Diciendo esto, se levantó el cura de su asiento, hicimos todos lo mismo, y nos dirigimos á la huerta.

Al entrar en ella se acabaron de transformar Pascual, los novios, sus parientes, y poco faltó para que á nosotros sucedie-

ra lo mismo, al ver la magnífica sencillez con que estaba todo prevenido.

La naturaleza por una parte, y por otra la curiosidad del cura, habian formado en aquel frondoso sitio una huerta útil y un pensil ameno y delicioso. Las varias frutas que matizaban el alegre verde de los árboles, colocados en bien dispuestas calles; las diferentes flores que adornaban una multitud de arreates y tiestos curiosos; los agradables aromas que las yerbas y rosas exhalaban; el gorgceo de mil hermosos pajarillos que trinaban alegres saltando de rama en rama; el suave murmullo de las cristalinas aguas que se deslizaban por los caños para regar las plantas y las flores, y el conjunto de todas estas cosas, halagaban los sentidos y suspendian el espíritu dulcemente.

En medio de la huerta estaba una graciosa fuente, y á su lado se formaba una hermosa galería en las que estaban colocadas las mesas en donde se habia de servir el almuerzo.

Mil lazos de amapolas, súchiles, claveles y rosas se entretrejian con el mejor orden de un árbol á otro, fingiendo las paredes del salon, y haciendo un tapiz tan

alegre como natural. Los rayos del sol no penetraban en aquel lugar delicioso, porque sobre las copas de los árboles estaba formado un magestuoso pabellon de damasco carmesí con cordones de seda verde y oro, y el pavimento estaba entarimado y cubierto con unas muy buenas alfombras para que la humedad no molestase á los que debian permanecer allí por largo rato.

La repentina vista de este ameno y florido vergel, me hizo creer que estaba yo en los pensiles de Semíramis ó en los prados y bosques de la Arcadia. No solo yo fuí de este parecer, á todos sorprendió tan alhagüena perspectiva, y á porfia alababan el buen gusto del señor cura, que tan á poca costa habia dispuesto un salon tan cómodo y alegre.

Luego que estuvimos en él, hizo el párroco que se sentasen todas las personas decentes en la primera mesa, y en ella tambien los novios y sus padres. Pascual estaba atónito y elevado; pero aun no deponia el temor que lo acosaba de que su prevencion era escasa. Por todas partes volvía la cara, y como no veía disposicion alguna de comida, se ponía muy fruncido,

pensando, segun despues nos dijo, que esperaban el alimento de su casa.

El señor cura dispuso que el padre vicario fuera á cumplimentar á los parientes y convidados de los novios en otra mesa que tenían prevenida no muy léjos de la nuestra.

Ya todos sentados en sus correspondientes lugares, tiró el cura de un cordon, sonó una campanilla, y al momento se presentaron cuatro graciosas inditas ricamente vestidas segun su trage, y comenzaron á servir los platos y las copas.

El primer brindis se dirigió á la salud de la novia, y á seguida comenzamos á escuchar un agradable concierto de música; aunque no veimos la orquesta, porque el cura la ocultó sagazmente tras de un emparrado para que nos cogiera mas de nuevo.

Lo opíparo del almuerzo, lo divertido del lugar, el golpe de la música y el trato dulce y cortes del coronel, del cura y otros señores, contribuía á aumentar en todos la alegría mas inocente. No se hablaba en la mesa de cosa que no entendieran bien los novios y sus padres. El campo, las siembras, las semillas, las co-

sechas, los carneros, los toros y las vacas dieron asunto para toda la conversacion, que manejaron muy bien los entendidos, haciendo hablar sobre todo á Pascual, á su hijo y aun á la novia; y como que se les hablaba sobre materias que entendian, estaban contentos, ménos vergonzosos y muchas veces satisfechos, porque quinaban en asunto de campo al coronel, al cura y á otros, como que hablaban con instruccion y con experiencia. ¡Qué cierto es que cada uno es voto en su profesion.

El señor Labin y el otro eclesiástico excitaban aun mas nuestra alegría con sus chistes salados y corteses. A todos hacian reir de cuando en cuando, especialmente á la novia, á quien dirigian sus chanzas sazonadas dejándola contenta. Dos cosas aprendí con la ocasion de asistir aquellos señores á la mesa: la primera, que así como en cualquier concurrencia decente se hace despreciable el face-to que á cada instante quiere á costa suya y de avergonzar á otros, arrancar la risa á los que lo oyen; así se hace apetecible un hombre de talento que sin hacer profesion de hazme reir ó de bufon.

sabe mantener en todos la alegría sin ofensa de ninguno. Esto fué lo primero que aprendí; y lo segundo, que la chanza para que agrade es necesario que tenga cuatro circunstancias: *jovial, inocente, oportuna y discreta*; de suerte que en careciendo de cualquiera de ellas, ó degenera en sátira picante, ó en una insulsez fria y sin gracia. Por lo cual no es tan fácil desempeñar con aire el papel de chancero en una funcion pública, y no debe meterse á ello el que no se considere dotado del talento y gracia particular que se requiere, para no pasar la plaza de ridículo ó desatento.

Finalmente, con general complacencia y satisfaccion se concluyó el almuerzo: despues nos levantamos todos, y nos fuimos á pasear por la huerta.

INDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE SEGUNDO TOMO.

	Páginas.
CAPITULO. I. <i>En el que se refiere la disputa que trabó el coronel con el licenciado Narices, y la defensa que hizo de las mugeres.....</i>	3
Cap. II. <i>Repite el cura los versos, y se trata sobre la profanidad de las mugeres, y el modo con que puede ser lícito en ellas el adorno.....</i>	29
Cap. III. <i>En el que se cuenta la caritativa conferencia que tuvieron estas señoras acerca de sus maridos, y la célebre aventura que por una de ellas sufrió un viejo enamorado.....</i>	54
Cap. IV. <i>Que trata de la primera educación de los niños, y de otras cosas que no disgustarán al lector.....</i>	86
Cap. V. <i>En el que el coronel discurre sobre lo útil que seria que las mugeres aprendiesen algun arte ú oficio mecánico con que subsistiesen en caso de necesidad.....</i>	119
Cap. VI. <i>En el que se da razon del</i>	

<i>motivo de la visita de Pascual: el coronel finaliza su discurso, y se refieren otras cosas.....</i>	140
Cap. VII. <i>En el que se descubre la causa de la visita de Eufrosina, que fué un sentimiento que tenia de su cuñado, y la satisfaccion que este le dió.</i>	162
Cap. VIII. <i>En el que se cuenta la desgraciada aventura de Pomposita, y el casamiento de Culás y Marantoña.</i>	183

WUEY
OTE